

MORUENA ESTRÍNGANA
LA
TENTACIÓN
— DE —
MIRABELLA

Sangre y paraíso 2



Índice

Portada

Portadilla

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Epílogo

Biografía

Créditos

Click Ediciones

LA TENTACIÓN DE MIRABELLA

Sangre y paraíso 2

Moruena Estríngana



Nota de la autora

Estás ante un libro de mafia que, para mí, es suave, porque no hay ni torturas ni descuartizamientos. No hay nada tan sanguinario que te ponga los pelos de punta o te den ganas de vomitar. Si eso te gusta, este no es tu libro.

Aquí sí se habla de violaciones. Hay intentos de estas, puñetazos, disparos y mucho macho alfa... Escenas de sexo de alto voltaje y mucho *enemies to lovers*. También se hablará sobre violaciones, sin ser muy explícito. El sexo entre los protagonistas es consentido en todo momento.

No es algo real. No es un *fantasy*, pero para mí es como si lo fuera. Voy a crear un mundo dentro del nuestro que no existe. Los datos aquí expuestos no son reales y todo es inventado. El barrio donde están instalados no existe. Por eso, abre tu mente, disfruta y no busques realidad en esta novela, porque no la vas a encontrar. Es todo ficción.

Prólogo



—¿Lo dejamos ya, señor? —Gennazo Giordano observó a su hijo de ocho años, destrozado en el suelo.

Salvatore alzó sus ojos verde azulados y lo miró desafiante.

—No, no ha tenido suficiente.

Se alejó de allí mientras a su hijo le daban una paliza. Así aprendería ese mocoso quién tenía el control.

Al salir, vio a Andres, que era dos años mayor que Salvatore, con los puños apretados por estar lastimando a su hermano pequeño. Lo tuvo con una de sus putas, antes de casarse. Se parecía mucho a él.

«Lástima que solo sea un bastardo», pensó, ya que este sí se le parecía y no el mocoso de Salvatore.

Subió a su cuarto y los lloros de Gineva lo alteraron. Esa niña no dejaba de lloriquear. Le habían tocado un atajo de inútiles como hijos.

Vio a la niñera correr para atender a su hija y la detuvo en seco.

—Que aprenda desde niña que la vida no será fácil, pero que nadie se entere. La gente debe pensar que adoro a esa mocosa del demonio.

La mujer no lo miró a los ojos por miedo.

Solo asintió y se quedó en la puerta, escuchando los lloros de la niña.

Gennazo se marchó a tomar algo a uno de sus bares, porque en su casa todo era un caos. Cogió una copa y se sentó al fondo del local.

Todos lo miraban, porque sabían quién era y que podría mandar matarlos con solo hacer una señal a uno de sus hombres.

Era poderoso.

—Será maravilloso presenciar el día que caigas a manos de tus hijos.

Miró a la mujer que echaba las cartas y se rio por su descaro.

—Eso es imposible.

—¿De verdad?

Gennazo la observó con furia y alzó la mano para que la mataran.

Lo hicieron sin dudarlo, mientras él no dejaba de mirar.

Luego, los camareros lo limpiaron todo y siguió tomando su copa como si nada.

Pero las palabras de esa mujer no dejaban de repetirse en su cabeza. Debía tener cuidado con Salvatore, que era el único que, si lo mataba, podría hacerse con todo.

Y Gineva... No, a ella ni la tenía en cuenta. Las mujeres solo servían para dar hijos y follar. Su hija nunca podría matarlo.

Aunque estaba convencido, por culpa del miedo a que existiera la posibilidad de que uno de sus hijos lo matara decidió no casarse de nuevo tras la muerte de su esposa en un cruce de balas.

Era mejor no perder de vista a Salvatore y, si se le presentaba la oportunidad de matarlo sin una rebelión, lo haría.

* * *

—Mi madre le dijo a tu padre que uno de sus hijos lo mataría. — Salvatore miró a la joven antes de marcharse a preparar las cosas para alistarse en el ejército—. Ojalá seas tú.

—Ojalá. —Salvatore sacó unas monedas para darle.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

Se mordió el labio, temerosa de su reacción.

—He visto algo de tu futuro, algo sobre el amor... —Salvatore la observó inquieto—. Un día amarás a la hija de tu enemigo y eso iniciará una guerra sangrienta.

—¿Acaso no estamos ya en guerra? —terció el joven.

—Sí, pero...

—Tranquila, mi padre ha matado cada parte de mi alma... Dudo que un día mis pedazos puedan hacerme amar a alguien.

—El amor tiene la fuerza de recomponer un alma rota.

—No creo en el amor. —Le dio un par de monedas más—. Me marchó. Un día acabaré con mi padre y todo irá mejor.

—Eso espero.

La joven se fue corriendo y Salvatore anduvo hasta la casa.

Él, enamorado..., imposible. Su padre lo había llenado de tanto odio, que solo podía sentir destrucción dentro de su pecho. No hizo de él un hombre, sino un monstruo.

Capítulo 1



Salvatore

—¡Tienes que irte!! Es una trampa!

—No me iré sin mis hombres.

—Lo siento, jefe..., pero te necesitamos vivo...

Me pegó una patada que me lanzó fuera del edificio, hacia el río, pero antes de llegar y caer al agua, llenaron mi cuerpo de metralla...

Despierto agitado, tras un horrible sueño, recordando los últimos minutos antes de la explosión. Me salvaron porque mi misión era más importante que su vida, pero todos murieron por mi culpa.

Tomo aire y voy hasta la ducha.

Me miro desnudo las cicatrices de esa noche en mi fibroso torso. Me salvé, pero perdí la memoria por el impacto y la sangre.

Cuando recuperaré todos mis recuerdos, vine a matar a mi padre.

Lo que menos esperaba era encontrarme con que mi hermana pequeña ya lo había matado.

La busqué por la casa. Al verme, lloró y luego corrió a mis brazos.

Mi hermana pequeña se había salvado. Había matado al desgraciado de mi padre y sabía que todo era obra de Renzo, mi mejor amigo.

Salgo de la ducha y bajo hasta donde espero que esté Gineva, desayunando.

Esta noche iremos a la fiesta, para poner en marcha nuestro plan. Ayer nos pasamos casi todo el tiempo hablando y planeando.

Mi hermana es toda una mujer y ya no tenemos a nuestro padre cerca para jodernos la existencia. La vi sonreír infinitas veces al pensar en su marido. Lo ama y espero que se curen el uno al otro.

Andrés estaba cerca con su mujer.

Ahora que ha caído nuestro padre, no oculta que fue un hijo bastardo y que es leal a sus hermanos.

Gineva me lo cedió todo. O no, porque siempre dijo que todo era para mí cuando regresara.

Nunca llegó a creer del todo que estuviera muerto. Aunque lo aceptó, una parte de ella era reticente a creerlo y, cuando le arrebató todo a nuestro padre, dejó estipulado que sería mío si un día volvía.

Esto provocó que muchos la miraran con lástima, por no aceptar lo evidente, pero Gineva sentía que seguía vivo. Nuestro lazo es muy fuerte y por eso mi padre no me dejaba estar a su lado. Odiaba que nos lleváramos bien.

Entro al salón y Gineva me sonríe.

—¿Qué tal estás?

—Bien, pero tenemos una misión.

—Sí, dudo que el señor Marchetti te deje casarte con su hija, pero esta noche no hará nada cuando la pretendas.

—Sé que él estuvo detrás de todo lo que me pasó. Papá no tenía tantos amigos fuera de aquí y pienso descubrir la verdad para luego matarlo. Quien mandó acabar con mi vida tenía la forma de hacerlo fuera del país y eso solo nos conduce a Marchetti.

Gineva asiente, aunque está nerviosa.

Mi padre odiaba a muerte a los Marchetti. Eran sus enemigos acérrimos y, de golpe, se quiso casar con la hija pequeña del capo. Algo en esta historia huele a podrido y tenemos que descubrir qué es.

—Te prometí que tu hermana no sufriría —me dice Andrés.

Gineva sonríe algo más tranquila.

Mi padre se casó con mi madre y, cuando se cansó de ella, murió... Según mi padre, por un accidente, pero todos sabemos que

el accidente fue que él ya estaba cansado de ella y de sus continuos lloros. Era joven y odiaba a mi padre. Luego, contrajo matrimonio con la madre de Gineva y, pasado un tiempo, la secuestraron los Marchetti. Su jefe la violó y se quedó embarazada de la pequeña Mirabella, a la que han criado como si fuera una Marchetti del todo y no una bastarda. Desconocemos la razón.

—¿Nerviosa por reencontrarte con tu marido?

—No... Bueno, sí. ¿Crees que me ama?

—Hace tiempo que no lo veo, pero te ha dejado ir... Si no lucha por ti, para mí no merece mi respeto.

Cojo algo de café y un poco de tostada.

No tengo hambre, pero como porque necesito sobrevivir: desde hace tiempo nada en la vida me motiva. Me muevo por inercia, como si fuera una máquina.

Me fui a la guerra y me convertí en un mercenario. Mis misiones y el ser más fuerte que mi padre para matarlo me motivaban, pero ahora que no está, solo me anima a continuar la idea de destruir a todos los que estuvieron involucrados en la explosión que me llevó al hospital. Nada más...

Cuando los destruya, quizás ya no quede nada de mí. Ni la venganza.

—Salvatore... —miro a Gineva—, ¿estarás bien cuando regrese a mi casa?

—Tengo a Andres y a su mujer. Dudo que me dejen solo.

Andres se casó y al parecer fue un flechazo.

Me alegro por él, porque ha podido encontrar el amor, a pesar de todo lo que vivió desde niño. Si este fuera un mundo justo, él sería el heredero de todo esto y no yo. Es el mayor de los tres.

Pero en este lugar podrido no se permite heredar a los bastardos, a menos que las personas que hacen que se respeten las leyes realicen un cambio a su favor.

Algo que no harán, porque eso provocaría una rebelión y, supuestamente, respetan el orden de las cosas.

Yo no creo que estén tan limpios como dicen; que vivan en este lugar apestado y no estén corrompidos. Solo alguien podrido puede vivir entre la mierda sin que le horrorice su olor pestilente.

Pero, hasta la fecha, nunca ha salido nada malo de ellos y sabemos que las reglas las cumplen a rajatabla.

—Lo dudo... —responde—. Aunque vendré a menudo. Por cierto, he cambiado muchas cosas por aquí y espero que no te importe.

—No me importa, Gineva.

Mi hermana sonrío y verla hacerlo me hace bien. Al menos, uno de los dos es feliz y me alegro mucho de que sea ella.

Salgo del salón y voy hasta mi despacho para ponerme al día de todo con Andres. Hay varios hombres que están aquí, pero, por lo que sé, Gineva tuvo que poner orden este año. Sus manos se llenaron de sangre mientras hacía entender que aquí mandaba ella, y ahora yo.

En este lugar no soy querido, porque mi padre me odiaba y no va a ser fácil lograr el apoyo de los hombres. Los necesito a todos para poder luchar contra los Marchetti, porque, aunque sepa cómo acercarme a Mirabella, tener algo con ella será el inicio de una guerra.

Busco en las revistas de sociedad a Mirabella en mi ordenador.

Se da un aire a Gineva, pero mi hermana, a pesar de todo lo vivido, siempre sonrío. Mirabella, en cambio, parece tener la tristeza instalada en sus ojos azules. Son tan oscuros, que casi parecen negros. Tiene el pelo castaño largo en ondas.

A pesar del color de su cabello y de los ojos, nadie se ha dado cuenta de quién es hermana. Tal vez ni ella misma.

Pero yo recuerdo a la madre de Gineva, con sus grandes ojos azul oscuro. Era cariñosa y buena. Demasiado buena para este mundo y demasiado ingenua. Creía en el amor y odiaba a mi padre por arrebatarme la posibilidad de encontrarlo.

La diferencia con su hija pequeña es solo que esta tenía el pelo rubio, como Gineva.

Pocos recordarán sus ojos azul oscuro como piedras preciosas.

Murió tan joven que casi no tuvo tiempo de disfrutar de este mundo. Solo tenía dieciocho años. Su padre la vendió al mío con dieciséis.

Cierro el ordenador y me preparo para llegar a tiempo a la fiesta. Más de uno no se espera que haya resurgido de los muertos. Casi

hasta me divierte pensar en verles las caras.
Casi...

Capítulo 2



Mirabella

—Espero que esta noche no me la lées. —Mi padre me aprieta el brazo con fuerza—. No te mato porque te pareces a tu madre... Si no, ya estarías muerta. No lo olvides. Te casarás con quien yo diga y hará de tu vida un infierno.

No comento nada. No puedo hablar, porque no tengo su permiso, pero dudo que haya un infierno peor que vivir para el hombre más sanguinario y horrible de este mundo.

—Si la aprietas muy fuerte se le notará el moratón y esta noche tienes que aparentar que no eres un desgraciado —indica mi madre al entrar en el salón.

La miro y sé que no me parezco a ella... Mi padre la odia.

Por eso, nunca he entendido que si mi padre no me mata sea por ella. Cuando mi madre nunca me ha querido. Si dice lo del moratón es solo porque le gusta guardar las apariencias. Como si nuestra horrible vida fuera perfecta. Si yo le importara, haría por mí algo más de lo que ha hecho hasta ahora.

Mi padre suelta mi brazo y me mira de una forma que siempre me perturba. Lo hace antes de acercar su boca a mis labios, muy cerca, y besarme.

Odio su contacto. Me quema. Me da asco.

—Mi bella hija.

Salgo de la habitación agitada y nerviosa para ir a cambiarme para esta noche.

Cualquier cosa será mejor que vivir en este lugar.

Las mujeres agachan la cabeza al verme pasar. Soy la princesa del capo. Soy su única hija.

Mis hermanos mayores son igual de despiadados que mi padre y solo se espera de mí que me case bien y que llegue casta y pura, pero hay formas de que te violen sin dejar de ser virgen... Y lo sé bien.

Entro a mi dormitorio y me lavan con pétalos de flores antes de ponerme un vestido elegido por mi padre.

Este entra cuando estoy a medio cambiar y posa sus ojos en mis senos desnudos.

El asco me sube por la garganta y lo reprimo.

—Seguid —ordena y aparto la mirada, por el asco que siento al tenerlo delante, mirándome con deseo.

Un padre nunca debería contemplar así a su hija.

Al acabar, se acerca y pasa su afilada navaja por mi barbilla.

—Mírame a los ojos, hija. —Hago lo que me pide, pero no ve nada. Hace tiempo que aprendí a no sentir emoción alguna, para poder sobrevivir—. Muy bien.

De nuevo, se me acerca y me deja un beso en la mejilla.

No hago nada, porque tiene una navaja cerca.

Mira mi vestido y asiente. Luego, se marcha y me quedo un segundo sola con mis pensamientos.

Estoy segura de que el hombre que elija para mí será despiadado y cruel; que le pedirá que no me mate porque para mí vivir es más carga que la muerte.

Estoy segura de que el hombre que seleccione dejará que mi padre siga dominando mi vida.

* * *

Salimos hacia la fiesta.

Al entrar en el salón, la gente nos mira curiosa. Sobre todo, porque el año pasado, en mi puesta de largo, no elegí a nadie,

porque mi padre no regresó conmigo tras la muerte anticipada de Gennazo.

No me puedo creer que Gineva Romano fuera capaz de plantarle cara a su padre.

Ojalá yo fuera tan fuerte, pero nunca me han dejado ser algo más que una prisionera.

Escucho un fuerte murmullo. La gente habla de un fantasma e incluso alguna se desmaya.

Mi padre se tensa cuando una sombra se cierne sobre nosotros.

Alzo la cabeza y me quedo petrificada al ver a Salvatore Giordano.

No nos hemos conocido nunca en persona, pero he visto algunas fotos de él en las revistas de sociedad.

Nada de lo que he visto le hacía justicia.

Las últimas fueron de hace muchos años y no mostraban la dureza de su mirada. Ya era guapo entonces, pero ahora su belleza corta los suspiros lanzados al aire.

Le dice a mi padre algo al oído y este, tras ponerse rojo de ira, me mira.

Ambos lo hacen.

Siento los ojos verde azulados de Salvatore sobre mí y noto una descarga recorrer todo mi cuerpo. Su pelo, negro como la noche, cae sobre su frente, dejando claro que poco le importan las normas de etiqueta. Ni tan siquiera lleva bien atada la pajarita.

Tomo aire, porque, aunque no esté muerto, parece de verdad un fantasma.

Es frío, mortal, implacable... Está carente de vida y es jodidamente atractivo.

No recuerdo la última vez que mi mirada se cruzara con la de un hombre tan apuesto, capaz de cortar el aliento con solo su presencia.

Solo es un hombre...

Solo es un mafioso cruel y horrible, como mi padre.

Todos los son.

—Señorita Mirabella, será para mí un placer bailar con usted la siguiente pieza.

El corazón se me encoge y observo su mano tendida, lista para que acepte.

Miro a mi padre y este asiente.

Lo conozco lo suficiente para saber que, si permite esto, es por alguna razón en concreto. Mi padre odia a Salvatore y, si quería casarme con el padre de este, fue para castigarme. Deseaba que ese hombre me destruyera.

O por algo más que nunca descubrí, porque había algo raro tras esa unión.

Mi progenitor no quiere matarme, pero desea hacer de mi vida un infierno.

Si ha aceptado a Salvatore, tal vez sea porque sepa que es peor que su padre. Al fin y al cabo, la sangre de los Giordano corre por sus venas.

Pongo mi mano en la de Salvatore y me sorprendo al sentir algo parecido a las chispas.

Pero no es igual. Es más intenso y me recorre el cuerpo como una sacudida que acelera mis latidos.

Lo miro inquieta.

Él no muestra emoción alguna mientras coloca mi mano en su brazo y nos conduce hasta la pista de baile. Es muy alto y, gracias a los tacones, puedo seguir el paso a sus grandes zancadas.

Cuando empiezan los primeros acordes de la siguiente canción, agarra mi mano y me coloca frente a él para que bailemos juntos. Entonces, sus ojos verde azulados se posan en mí.

Su mirada me corta el aliento, pero no por el miedo. He conocido el miedo toda mi vida y esto que siento al mirarlo es diferente. Es como si me perdiera en un bosque y encontrara una cascada oculta al mundo, llena de luz y secretos.

No puedo apartar la mirada. Tampoco hablar. Es como si estuviera atrapada, pero de una forma extraña.

Nos movemos con la música, como el resto de las parejas.

Salvatore destaca entre todos los hombres. Solo Renzo Romano iguala su belleza y, para mí, teniendo a Salvatore delante, veo a este más atractivo y peligroso.

No sé si gritar o tomar aliento. Me desconcierta lo que siento ahora mismo. Sus manos queman mi piel. Su cuerpo está lo suficientemente cerca del mío para que me llegue su calor.

Los fantasmas no deberían transmitir tanto calor... y yo no debería sentirlo, cuando mi padre mató toda la calidez desde hace años. Debería estar aterrada por su contacto, como siempre me pasa...

Con cada nuevo acorde de la música, mis latidos se aceleran más y mi respiración se agita. Al acabar, estoy jadeante y nerviosa.

Mi padre me espera y, cuando llego a su lado, me toma la mano y me la aprieta hasta que casi me rompe los dedos. Un claro mensaje de que no lo desafíe más.

Salvatore se aleja y siento el frío instalarse en mi pecho. Camina hasta donde está su hermana con su marido. Los rumores decían que estaban separados, pero al verlos juntos te das cuenta de que solo eran eso: rumores. Un amor así no se puede ocultar.

Siento envidia, porque yo nunca viviré eso.

—Nos vamos a casa —anuncia mi padre a mi madre y esta pone cara molesta, antes de acabar su copa de un solo trago para seguirnos a continuación.

Andamos hasta el coche, que ya nos espera.

Cuando llegamos al vehículo y entramos, me cruza la cara.

—Si lo eliges, te mataré.

—Dime algo que no sepa —le replico, y me pregunto de dónde ha salido mi desafío.

Me cruza la cara de nuevo.

—Te mataré delante de él, pero nunca dejaré que seas feliz. Eres mía y para ti solo quiero un infierno. Esta noche te quiero en el ático.

—¡No! —Me cruza la cara otra vez.

Llegamos a casa y, cuando entro en mi dormitorio, ya tengo lista la ropa que quiere que luzca en el ático. No sé por qué lo llama así, si el edificio entero está lleno de obscenidades. Es una casa de tres pisos donde mi padre lleva a cabo sus perversiones sexuales. Ninguna de las mujeres que están allí es por voluntad propia.

Yo tampoco.

Capítulo 3



Salvatore

Cuenta lo que quieras, pero mi hija nunca será tu esposa. Antes la mato que dejarla en tus manos..., fantasma.

Arrugo la nota y llamo a Andres para que informe a mi hermana y vea que no podemos hacer más.

Llamo a las revistas para contar lo que sé, aunque eso joda la vida de Mirabella, pero en el último momento no lo hago.

Pienso en ella con el teléfono en la mano. En sus grandes y tristes ojos azules. En el dolor de su mirada. He visto esa misma mirada en personas que han vivido un infierno. La he visto en mí cada día...

Aún recuerdo su mano sobre la mía. No tembló y quizás sea porque hace tiempo que descubrió que el miedo no le serviría de nada. Es jodidamente preciosa. Más de lo que parecía en fotos.

Y está muy rota.

Algo en su mirada conmovió mi insensible corazón mientras me perdía en sus grandes ojos, carentes de vida.

Bailé con ella queriendo odiar cada instante, pero sintiéndome cómodo entre sus brazos y los acordes de la música.

Cuelgo y tomo aire.

Mirabella es una tentación con la que no contaba.

Mi hermana Gineva no tarda en venir, seguida por su esposo. Tira la nota a la mesa, enfadada, mientras Renzo cierra la puerta,

sabiendo que su mujer está muy molesta.

—Os hacía follando, por el tiempo que habéis perdido.

—¡Vete a la mierda, Salvatore! ¿Ya no piensas hacer nada más?

—Su padre lo ha dejado claro.

—Bien, pues mueve ficha y cuenta la verdad. Que todos sepan que crio a una bastarda. Eso le hará tener menos apoyos en este mundo, donde se critica y se mofan de los hombres que dan privilegios a los bastardos.

—Eso expondría a Mirabella.

—La verdad duele, pero más le dolerá seguir con ese demonio.

Miro a Renzo, que observa con admiración a su esposa.

—¿Qué narices has hecho con mi dulce hermana?

—¿Dulce? Nunca fue dulce. Siempre fue una guerrera y todos sabemos lo que debemos hacer.

Descuelgo el teléfono y muevo ficha.

Mando las pruebas y aceptan la noticia. Se va a publicar en el baile. En las redes. Va a ser un golpe de efecto.

Miro a Renzo, que pasa la mano por la cintura de mi hermana y deposita un beso en su cuello. Nunca he visto a mi amigo tan en paz. Ni a mi hermana tan fuerte. Juntos se complementan.

Siento envidia, porque nunca viviré algo así.

—Por cierto, para todos, ahora eres el fantasma —comenta Renzo.

—Que me llamen como quieran, porque este fantasma nunca ha estado tan vivo.

—Lo que me recuerda que debes contarme toda la historia. — Miro a mi amigo. Nuestra amistad nació en tiempos de guerra y luchamos juntos por ideales comunes.

Este lugar no va a desaparecer, pero, si somos solo nosotros los que llevamos el mando, existirá, pero sin tanta corrupción e injusticias.

Juntos podemos cambiar esta oscuridad.

—Nuestro padre me quería muerto. —Miro a Gineva y asiente, porque esta parte ya la saben—. Sabía que yo volvería para matarlo y reclamar el mando. Por eso, ordenó que hicieran explotar el sitio donde habíamos ido de misión. Antes de que saltara por los aires,

uno de los nuestros me dio una patada y caí al agua. Eso me salvó, pero... fui herido, lo que me provocó que perdiera la memoria. Recordaba trozos de mi vida, pero no conseguía unirlos.

Toco la nuca, donde recibí el golpe más importante, que provocó mi amnesia. A veces el dolor de cabeza es intenso. También tengo miles de trozos de metralla por todo el cuerpo, pero nadie debe saberlo.

—En cuanto recuperé la memoria, regresé y me encontré con que Gineva estaba aquí para cederme el puesto.

—Siempre supe que estabas vivo.

Renzo me mira y compartimos una mirada cómplice.

Cuando Gineva se marcha con Erminia, cierra la puerta y espera que le cuente lo que no quise explicar delante de mi hermana.

—Tenemos un traidor en nuestras filas y puede ser cualquiera —le anuncio a las claras.

—¿Por qué lo sospechas?

—Porque mi padre iba a matarme, pero antes de que eso sucediera, me salvaron... Si sabían del ataque, es porque estaban infiltrados o porque la información del interrogatorio era mentira. Alguien nos vendió y, en el último momento, se arrepintió. Por esa razón me salvé. O porque el traidor tenía aliados que, a la hora de la verdad, no le hicieron caso.

—Joder, pues tenemos muchos frentes abiertos.

—Es uno de los nuestros, Renzo. Uno al que llamamos amigo, y lo va a poner todo más complicado. He venido a por lo que es mío. A destruir este lugar y cambiar las cosas. Quiero descubrir quién me vendió, porque, si lo hizo una vez...

—Puede hacerlo más. ¡Joder! —Cansado, se pasa la mano por el pelo negro—. Daremos con él y lo mataremos.

—No tenemos otra opción.

—A los traidores se les da pólvora y muerte.

—Sí.

Nos miramos a los ojos, sabiendo que haremos lo imposible por descubrirlo. Alguien ha firmado su sentencia de muerte.

Capítulo 4



Mirabella

Entro donde será la fiesta.

Mi padre ya me ha dicho con quién debo casarme. Es más, anoche yo también lo vi en el «ático»...

Tomo aire. Un corazón muerto no puede sentir nada.

Escucho mis zapatos de tacón resonar en el mármol antes de pisar las alfombras de un color rojo sangre.

Vamos hasta el fondo y la gente nos observa. Por respeto, por miedo o por curiosidad. Sea como sea, siento cientos de miradas posadas en mí.

Hasta la de él.

Busco a Salvatore entre la gente y lo veo acercarse a mi padre. Su sonrisa es tan siniestra como su fiera mirada.

A su lado va Renzo Romano, dejando claro que en esta alianza están más unidos que nunca. Algo que preocupa a mi padre, porque son jóvenes y pueden conseguir el apoyo de los otros dos capos, con tal de que no vayan contra ellos. Cosa que mi padre no admitirá nunca.

Se acercan y Salvatore le dice algo al oído. Mi padre se pone rojo de ira.

—Si lo haces, será tu condena de muerte —murmura.

—No tengo miedo a la muerte y, por si no lo sabes, a esta no le atraigo en absoluto. Por eso soy un puto fantasma, vagando por este

mundo podrido de vivos. Última oportunidad. Ella o tu reputación. — Saca el móvil y le muestra unas imágenes.

No puedo verlas, porque el teléfono de Salvatore solo se ve si lo tienes de frente.

Cuando voy a moverme, mi padre hace señas a uno de sus hombres para que me lleven lejos.

Para mi padre, yo no tengo ni voz ni voto en esta vida.

Me llevan hasta el que será mi prometido. Aún siento sus manos en mi cuerpo y mis gritos atascados en la garganta.

Este tira de mí hacia la pista de baile.

Mi padre nunca me dejará casarme con otro que no sea el que elija y este hombre es muy rico. Además de un empresario corrupto y amigo de mi padre.

—Estoy deseando que llegue la noche de bodas —me susurra y lame mi oreja.

En cuanto acaba el baile, me marchó al aseo.

Antes de llegar, subo las escaleras hasta el último piso.

No quiero esta vida. Tal vez, si muero, en la siguiente no seré una prisionera.

Me subo al borde de la cornisa y el aire golpea mi vestido.

—¿Qué haces, hija? —me pregunta mi padre, que me ha seguido.

—Un paso más y me mato. Así seré libre de ti.

Se acerca y me voy hacia delante.

Alza las manos.

—Vale, hagamos un trato.

—Un trato contigo significa la muerte.

—Lo será, pero no para ti, si juegas bien tus cartas. ¿Me dejas hablar?

Lo escucho, sabiendo que hacer esto cambiará mi vida para siempre.

Pero es mi única salida.

Miro hacia el vacío, pero mi padre me agarra, impidiendo que me mate.

En realidad, no tengo elección...

Capítulo 5



Salvatore

Espero a Mirabella y a su padre.

Cuando aparecen en la sala, ella tiene la cabeza baja y un reguero de lágrimas corre por sus mejillas.

—Aquí la tienes —me anuncia su padre. Tal y como me prometió. He paralizado las publicaciones a cambio de ella.

Cuando Mirabella llega a mi lado, se queda quieta. Su padre la empuja, por lo que acaba en mis brazos. La cojo y lo miro con ira.

—Le debes un respeto. —La furia se trasluce en mis palabras.

—Aún es mía. —Mirabella emite un escalofrío, algo casi imperceptible, pero para una mujer que no muestra sus emociones, es un mundo—. Todavía te tiene que elegir mañana y lo mismo acabas muerto antes de la boda.

—Estamos en un alto el fuego...

—¿Acaso tu hermana no mató a tu padre hace un año?

—Lo hizo fuera de estos dominios y por eso no ha sido sancionada. —Le aguanto la mirada—. Además, no te atrevas a poner el nombre de mi hermana en tu boca.

—Dios me libre de tu ira. —Mira a su hija y se marcha—. Un único paseo antes de irnos.

Paso la mano por la espalda de Mirabella antes de comenzar a andar.

Vamos hasta una zona donde hay caminos de flores, como si este lugar no fuera un tremendo engaño.

—No tienes por qué elegirme, pero te prometo que nunca te forzaré a nada. —Me mira de reojo, pero no dice nada—. ¿Acaso no hablas? —Toma aire—. Vale, no quieres hablar. Mejor, porque odio las charlas incesantes. —La miro desesperado, porque, si esta va a ser mi vida con ella, mejor me pego un tiro.

—¿Y los hijos? Necesitas herederos.

Tenso la mandíbula.

—Mi hermana quiere tener hijos y yo no pienso forzarte a nada. Si te metes en mi cama, será porque lo deseas.

—¿Y tú? No soy tonta para no saber que estoy lejos de ser perfecta.

La miro, pensando que solo usa su falsa modestia para que la halague. Odio a la gente que necesita constantemente que le digan lo hermosa que es. Mirabella es jodidamente preciosa y no seré yo el idiota que le regale los oídos.

—Si quieres follar, follaremos —indico brusco—. Regresa con tu padre. Mañana nos espera una noche larga.

Asiente sumisa y empieza a irse.

—No entiendo por qué quieres meter a la hija de tu enemigo en tu propia casa... —Se queda callada—. No te creí un estúpido, pero tal vez me equivoqué.

—Créeme, si fuera un estúpido no haría nada de esto. Tengo mis propios motivos. Como todos, supongo.

Su cuerpo sufre un fuerte escalofrío y le hago señas para que se marche.

Su padre la espera y, cuando la toca, tiembla. Hay rumores de que tiene un club de putas donde las mujeres están en cabinas para ser observadas. Luego, los hombres eligen con quién se quieren ir. Esos rumores dicen que ninguna de esas mujeres quiere ser parte de eso.

Pero Mirabella es su hija y sería enfermizo que la utilizara para eso, hasta para él.

Aunque no puedo olvidar que ese hombre es el demonio. ¿La llevará allí? Quiero pensar que no, pero mi padre no fue mejor

conmigo.

Capítulo 6



Mirabella

—Sabes lo que tienes que hacer —me recuerda mi padre antes de salir del coche.

Asiento, porque no tengo opción.

Solo la esperanza de pensar un plan que me lleve lejos de aquí, para empezar de cero y ser otra persona, me permite respirar con normalidad.

Salimos y, al entrar, Salvatore nos espera.

Se nos acerca y me tiende una mano.

Cuando la acepto, me aleja de mi padre, como si no soportara que lo tenga cerca.

Entramos en la sala y la tensión no me deja caminar.

Lo observo, con esa mirada fría, el traje que le queda como un guante, a pesar de que tiene ese aire de despreocupado, y hay que admitir que la idea de que una persona deba seguir las normas no va con él. El pelo negro le cae sobre las cejas y, cuando se gira, sus ojos parecen verlo todo de mí.

Si fuera así, me acabaría matando. Lo sé, pero mi única salvación es poder escapar.

Miro la rosa negra en su solapa. La que debo aceptar esta noche para que todo se inicie.

Sé los motivos de mi padre para esta unión, pero no los de Salvatore.

Esto no va de amor. Solo de intereses. Salvatore debe de tener una razón para esto y no creo que sea que busque una alianza con mi padre, porque este no va a hacer tal cosa.

Tiene que haber algo más.

Tomo aire y me llega su perfume. No huele como el resto de los hombres. Su olor es masculino y sexi... Lo miro de reojo. Salvatore podría tener a la mujer que quisiera, sin necesidad de recurrir a pactos. Su interés debe de ser importante y mi padre desea que descubra todos sus secretos...

* * *

—Si lo espías para mí, te daré mi permiso para que te cases con él. Si no lo haces, te casarás con quien tú ya sabes... Se quedó con ganas de desvirgarte.

Sentí el asco recorrerme el cuerpo y miré hacia abajo.

—Si Salvatore me descubre, me matará.

—Y si a mí me das información falsa, te mataré a ti y a todos.

Miré el vacío y fui hacia él. No soy una traidora. No podría vender a nadie para que mi padre lo destruyera.

Hice amago de tirarme, pero mi padre y sus hombres me cogieron, dejando claro que no tenía opciones.

Sentí el peso de las lágrimas y tracé un plan: tal vez, de la casa de Salvatore podría escaparme.

* * *

—Si fueras listo, no te casarías conmigo —murmuro, mientras vamos hasta la zona de paseo.

—¿Algo que deba saber?

—Nada, salvo que somos enemigos.

—Vas a ser una Giordano.

—¿Y crees que eso cambiará mis orígenes? Deberías elegir a otra.

—Miro al resto de las jóvenes—. Cualquiera, menos yo.

—Te quiero a ti —sentencia y me recorre un escalofrío de los pies a la cabeza—. Si no eres tonta, me elegirás al acabar la noche y la

boda se celebrará después. Mejor no retrasar todo esto.

—¿Cómo?

Se aleja y me quedo parada sin saber cómo salir de esta. En verdad, sé que no tengo opción.

—Mi hermano es un gran hombre. —Gineva Romano se me acerca. Su marido no anda lejos, cuidando de ella.

—Todos los hombres de este lugar tienen un fin. Yo solo soy un objetivo.

—Su fin no es tan cruel como los que pudiera tener tu padre. — Sonríe y mira a su esposo. Este niega de forma imperceptible con la cabeza—. Confía en mí... Estarás a salvo.

Toca mi mano y la aprieta. Su calor me traspasa y veo como sus ojos se llenan de lágrimas.

Gineva me salvó hace un año, cuando mató a su padre. Aunque no lo hizo por ese motivo, me ahorró esa boda. Una parte de mí quiere creerla. Pero ahora mismo no confío ni en mi propia sombra. Por eso, solo la miro mientras sonríe y la envidio porque pueda ser tan dulce en un mundo tan gris. Es como una flor colorida tras el paso de la tormenta.

Va con su marido y este le da un tierno beso en la mejilla.

La gente los mira con envidia, porque el amor es escaso en este lugar. Poca gente se casa por amor.

Miro hacia Salvatore, que no deja de observarme desde la barra, donde está tomando algo tranquilamente.

Si fuera listo, elegiría a otra.

Me voy a casar con un idiota.

* * *

Salvatore no se me acerca antes de la elección.

Mi padre ya sabe lo de la boda y ha pedido que pasemos la noche en este mismo lugar para que pueda confirmar que me convierto en la mujer de Salvatore, con sus hombres en la puerta.

Me extrañaría si mi padre no fuera un perverso que solo ha conservado mi virtud para casarme con un buen postor.

Las jóvenes van eligiendo y, cuando llega mi turno, dudo.

La mirada de Salvatore es fría. Parece que me amenazara si le llevo la contraria.

Miro a mi padre y sé que, si no hago lo que quiere, a pesar de lo mucho que siempre ha jurado no poder matarme, lo hará.

Los dos caminos me llevan a una muerte segura, porque cuando Salvatore sepa mis intenciones, me matará por traidora.

Pero, al menos, tal vez pueda escapar antes de que eso suceda.

Ando hasta Salvatore.

El corazón late con fuerza en mi pecho, haciéndome sentir por primera vez en años. No sé si es miedo, angustia o algo más que no sé cómo descifrar. Solo sé que, cuando llego a su lado y coge mi mano, antes de colocarme la rosa con su nombre en mi vestido tengo ganas de llorar.

«¿Dónde me estoy metiendo?».

En casa de mi padre todo era horrible, pero, al menos, allí sabía cómo eran las cosas y cómo tener un remanso de paz si seguía todas las normas al dedillo. Ahora soy una extraña dentro del mundo de los Giordano.

—Que comience la boda —dice mi prometido.

Mi madre se acerca hasta mí y me lleva con ella para prepararme.

Todo está pasando demasiado rápido.

Me siento como si esa noche hubiera saltado y me precipitara hacia el vacío, esperando el golpe definitivo.

Capítulo 7



Mirabella

Mi madre solo me ha dado un ramo de flores que ha cogido de una de las mesas.

Nos esperaban en la sala de notaría y no han puesto pegas para esta boda.

Entro y miro hacia el suelo, aunque siento la presencia de Salvatore.

Quiero que me rechace. Que no siga con esto. Que no me meta en su casa...

Coge mi cara con uno de sus largos dedos y la alza, para que mi mirada se encuentre con la suya.

—No olvides con quién te casas. Hoy dejarás de ser una Marchetti. Ahora serás mía.

—Siempre supe que, para un hombre, solo sería una posesión más... —Aparto la mirada y observo los papeles de la mesa. Los firmo y tiro el boli—. Listo, es mejor no fingir que esta boda es por amor. Solo es una mera transacción.

Salvatore me observa frío y mi padre se ríe. Luego, me pone la mano en el cuello y aprieta.

—Ahora soy tu dueño, por lo que intenta no faltarme al respeto.

Esto hace que la mirada de mi padre se oscurezca y sé que está disfrutando.

Salvatore no me hace daño. Su agarre no es fuerte, sino una advertencia. O tal vez es su forma de no dejar que mi padre crea que es un ser débil.

Aparta la mano y firma. Tira de mi mano y me pone un anillo. Él mismo se pone el suyo.

«Mi marido... Todo esto me da vértigo».

—Falta una cosa —añade mi padre—. Quiero que esta unión se cierre del todo, aquí y ahora. Deseo que la hagas chillar. —El notario tose—. De placer, claro.

«Cerdo. Mi padre es un puto cerdo».

Vamos hasta un dormitorio y, en cuanto se cierra la puerta, Salvatore saca una navaja para cortarse.

—No te lo tomes a mal, pero no se lo va a creer.

—No me pongas a prueba.

Voy hasta la mesa y me alzo la falda para tirar de mis bragas. Las dejo en el suelo antes de subirme a la mesa y abrir las piernas para él.

Su mirada se oscurece al ver mi rasurado sexo.

Tiemblo por su mirada y por estar así, pero no es la primera vez. Por eso, oculto todo el dolor. Si quiere que mi padre se crea esto, tiene que hacerlo real.

—Hazlo rápido o entrará.

Lo hará y no dudará en mirar como otro me folla...

—Te prometí no forzarte. Nunca he violado a nadie —su comentario me pilló por sorpresa.

Mi padre golpea la puerta, impaciente.

—Si no me follas, seguiré siendo de él —lo apremio.

Mi padre no dejará que salga de este lugar siendo virgen. Quiere que Salvatore me viole y que yo sufra. Que no haya forma de romper esta unión.

—No pienso violarte y, lo siento, pero para mí, hacerlo así lo es.

—Si no lo haces, me llevará con él. —Y se escaparán mis oportunidades de huir—. Por favor —los ojos se me llenan de lágrimas, que reprimo—, fóllame.

Se acerca hasta una bolsa y saca un vibrador negro nuevo.

—Regalo de mi hermana, por si esto pasaba. Gineva siempre va un paso por delante. Prometo no mirar...

—¿De verdad, Salvatore?

—De verdad, Mirabella, no me gusta el sexo sin placer. Y lo siento, pero no te deseo.

Sus palabras no me deberían doler, pero lo hacen.

Me tiende el juguete y siento las lágrimas caer, por el rechazo, y no sé bien la razón. Me está dando la libertad de no forzarme a nada, pero duele que no me desee, y eso que estoy cansada de hombres que me han deseado desde que era muy pequeña. De ser solo un juguete para ellos.

Mi padre golpea la puerta y cojo el juguete.

Lo abro y no lo pienso antes de meterlo en mi sexo.

Salvatore se ha dado la vuelta y, cuando gimo por el dolor, se tensa.

Se lo tiendo y veo la sangre en él.

Lo guarda justo cuando la puerta se abre. Salvatore se pone ante mí para protegerme mientras hace como que se está subiendo la cremallera.

—¿Ya?

—No me gusta follar con vírgenes —indica Salvatore y mi padre hace señas a mi madre para que compruebe que ya no soy virgen.

Salvatore la deja pasar tras él, sin que nadie más pueda ver nada.

Mi madre ve la sangre en mis muslos y se lo cuenta a mi padre.

—Perfecto, ya es tuya... Ya ha dejado de ser una Marchetti y de ser virgen.

Su última afirmación hace que tiemble de miedo. ¿Qué tiene pensado este cerdo? Lo peor es que lo sé.

Me bajo de la mesa y me pongo tras mi esposo.

Mi padre me observa de una forma que me dan ganas de vomitar.

Si Salvatore no me mata y me devuelve con mi familia, esto no será tan humillante como lo que mi progenitor tiene pensado para mí.

Mi padre se marcha y yo me encierro en el aseo.

Me meto bajo la ducha y me quito la humillación con el agua.

Salvatore llama a la puerta cuando llevo mucho rato.

—Lo siento, Mirabella, pero no puedo tener sexo así. Siento que tu primera vez haya sido tan horrible. Lo siento de verdad.

Sus disculpas se cuelan con el sonido del agua.

Es raro que un jefe de la mafia pida perdón y que lo haga me hunde, porque tengo que traicionarlo.

Todo sería más fácil si fuera un ser horrible y despreciable, como mi padre.

Tal vez lo mejor que pueda hacer sea no conocer a mi marido, para no sentirme culpable al traicionarlo.

Capítulo 8



Salvatore

Mirabella sale con la bata puesta y se mete en la cama sin mirarme.

Yo estoy tomando una copa, cerca de la chimenea encendida.

La veo taparse y hacerse un ovillo.

La he humillado. Lo sé, pero cuando has crecido en una casa donde la violación era parte de tu vida, cuando negarte a violar a alguien era motivo para darte palizas y te han forzado a tener sexo sin deseo alguno..., no eres capaz de conseguir que se te levante en estas circunstancias. O en otras. El sexo me da asco. Me repugna y solo puedo hacerlo con mi mano, imaginando un mundo donde nadie me forzó a follar.

Sé follar. Sé todo lo que le gusta a una mujer o lo que mi padre creía que le gustaba, pero, tras escaparme a la guerra, fui incapaz de tener nada con nadie.

A Renzo le pasaba lo mismo, pero este encontraba alivio con el sexo sin verles la cara.

Yo, ni eso.

Lo he intentado, pero siempre veo a mi padre delante de mí, dándome lecciones de cómo follar mejor a sus putas.

El vibrador no fue cosa de mi hermana. Fue de Renzo, porque sabía que no podría.

El resto no saben que soy más capaz de matar que de follar. Muchos de estos cabrones creen que, si no follas a destajo, no eres

bueno. Es como si el sexo se hubiera inventado para hacer más machos a los hombres.

Simples excusas para forzar a la gente a hacer lo que no quiere.

El padre de Mirabella ya me avisó de que su mujer lo comprobaría y ella debía de saberlo, porque no me deseaba. Su mirada era fría y se abrió de piernas sin pudor, sin vergüenza alguna. Como si hacerlo no le costara nada, o como si lo hubiera hecho más veces.

Por eso me sorprendió que fuera virgen y que tuviera su sexo depilado.

Hay muchas cosas de esta mujer que no me encajan y ahora he jurado protegerla, hasta mi muerte... o hasta que le pida el divorcio. Cosa que no haré, porque es mi responsabilidad.

A medianoche, las pesadillas la asaltan.

—¡No me toques! No quiero tus manos en mi piel... No me mires... Nunca seré tuya.

Se remueve inquieta y grita tan fuerte, con tanto terror, que no me acerco a ella, porque sé que, si la toco ahora, será peor. La veo llorar y retorcerse de dolor.

«¿Qué narices han hecho con ella?».

Cuando se despierta a la mañana siguiente, me mira con terror, hasta que se percata de que soy yo.

Ya estoy listo para irme.

—He mandado que te compraran algo de ropa. Tu padre no quiso que te llevaras nada de tu vida pasada, salvo el móvil. —Lo señalo y le da un escalofrío—. Te doy quince minutos para que te arregles. Te espero en el coche. Mis hombres te escoltarán hasta allí.

Asiente. Ahora, sin maquillaje, parece mucho más joven.

Por lo que sé, tiene veinte años, para veintiuno. Gineva es un año y pico mayor que ella. Yo le saco casi nueve años, pero, por su mirada, no siento que le saque tanto. Ha vivido demasiados horrores para su tierna y corta edad. Siempre creí que el que mi padre llevara a Gineva lejos era mala idea, porque no la podría proteger, pero estar lejos de todo la salvó.

Bajo hasta el coche y tengo varias llamadas de Renzo.

Eso solo puede significar problemas. Me informa de un percance con nuestras mercancías y seguro que tras eso se encuentra

Marchetti. Aunque habrá enviado a los Vani o a los Abatio, para que no parezca que va contra nosotros.

Espero a Mirabella y no tarda en llegar, seguida de mis hombres, con la ropa nueva. Sigue sin maquillaje.

No me mira cuando se abrocha el cinturón.

Toma aire y mira por la ventana. Su porte es recto, está alerta. Es como si esperara que me abalanzara sobre ella y, lo que es peor, como si, de hacerlo, me lo permitiera, porque es su deber.

Para cerciorarme de que tengo razón, saco la pistola y reviso que esté cargada, por si sufrimos una emboscada.

Me observa de reojo, pero cuando apunto hacia ella, no hace nada. No se mueve y no me pide clemencia. Esto solo lo haría alguien que, o confía ciegamente en la otra persona, o está tan roto que no es capaz de pelear por su vida.

Aparto la pistola y se la tiendo.

—¿Y esto?

—¿Sabes disparar?

—No.

—Te enseñaré.

—¿Para que pueda matarte? Ahora sí que está claro que me he casado con un estúpido.

Evito sonreír por sus palabras.

Cojo su mano y la pongo en el arma. Su piel es suave, caliente, y siento un escalofrío de placer que no debería estar ahí.

La miro, pero no parece que haya sentido nada. Mejor.

—No puedo protegerte a todas horas. Me gusta pensar que puedes hacerlo sola.

—¿Acaso mi deber no es solo ser tu esposa y madre de tus hijos?

—No en mi plan. —Suelto su mano.

El coche se ha puesto en marcha.

Mirabella observa la pistola extrañada. Lleva el seguro puesto, pero cuando la mira, veo anhelo en sus ojos.

Entonces, la agarra fuerte, quita el seguro y me apunta con ella.

La dejo hacer para comprobar hasta dónde llega, pero termina haciendo algo que no espero: la acerca a su boca.

Aparto el arma con un golpe, haciendo que el disparo estalle contra el techo.

—¿Acaso estás loca?!

—Tengo derecho a elegir algo en mi vida, aunque sea la muerte.

La miro, creyendo que me encuentro con mi reflejo en un espejo.

Yo también traté de quitarme la vida, porque no tenía razones para vivir, pero no lo hice por Gineva. Salvarla me salvó y mi amistad con Renzo también me ayudó.

—Si dentro de seis meses quieres quitarte la vida..., te dejaré mi arma, pero antes déjame que te dé una razón para vivir.

—¿Acaso existe alguna? Tu vida estaría mejor sin mí. No sabes nada de mí.

Cojo su cara entre mis manos y veo la verdad en sus ojos azules.

Hace esto para salvarme. Su padre no la ha metido aquí sin ninguna razón. Su padre quiere algo de ella... y Mirabella desea salvarme.

Aun a costa de su vida.

«Mía, joder. Ella es mía y no pienso dejar que ni la muerte me la quite».

Una parte de mí me pone alerta y me dice que todo esto puede ser parte de un plan. Pero dudo, porque nadie trataría de matarse si no tiene un plan mayor. A menos que sepa con seguridad que le quitaría el arma... No. Demasiado rocambolesco.

Pero no bajo la guardia del todo.

Solo le concedo la duda.

—Seis meses —indico, aunque sé que fallaré a mi palabra y le pediré más tiempo. Quizás, toda la vida.

—Seis meses.

Capítulo 9



Mirabella

Una razón para vivir en este mundo es como pedir al sol que no caliente en un día de verano.

Llegamos a la casa de Salvatore y el suelo es lo que más llama mi atención. Tal vez porque no tengo interés alguno en apreciar el sitio. Solo soy una esclava que debe cumplir las órdenes de su marido. No me voy a dejar engañar por su atractivo ni por sus palabras dulces o su promesa. Solo es mi carcelero y ayer ya lo dejó claro.

—En esta casa no queremos putas, pero el jefe se casa con la puta de los Marchetti —comenta uno de los hombres de Salvatore.

No tengo tiempo ni de mirarlo antes de que un disparo surque el aire y le dé de lleno en la cabeza.

Cae muerto al suelo.

—Si alguien insulta a mi esposa, acabará muerto, ¿entendido? —Asienten a su jefe y se marchan—. Limpiad este puto desastre y que no quede ni una sola gota de sangre en la alfombra.

Subo las escaleras y, al ver que no me sigue, me giro.

—El ama de llaves te enseñará tus dependencias. Nos vemos en la cena.

Ni le respondo.

Continúo subiendo y una mujer se me acerca para conducirme a mi cuarto, donde dormiré a partir de ahora. Enfrente del de mi

esposo. Estaremos separados por la escalera de la entrada y por una gran lámpara de cristales.

Al parecer, cada uno tendrá su propio dormitorio y es lo mejor.

—Este cuarto era el de la madre de Gineva. No lo ha usado nadie desde que ella murió. —Aparta la mirada—. El señor Giordano lo mandó preparar para usted. Nos dijo que no quitáramos nada de su madrastra, por si algo de aquí le gustaba.

—Gineva debería ser la que hiciera eso. La que decida qué cosas de su madre desea quedarse.

—Ella ya se llevó algunas cosas y está al tanto de todo. —Abre la puerta y veo una preciosa habitación, con aire antiguo. Lo observa con tristeza en la mirada—. La decoró la señora. Lástima que no pudiera usarla tanto como le hubiera gustado.

Por lo que sé, murió por un cruce de balas.

No hay fotos de ella. Nada.

Es como si nunca hubiera existido para la prensa.

Me dice dónde está mi nueva ropa y a qué hora se servirá la comida, en la salita que tengo al lado.

Asiento y la veo irse.

Me quedo sola.

Observo el lugar y dejo que caiga el peso de los hombros. Llora en silencio, por todo. Por mi vida, por mis miedos y por el dolor que no quiero que nadie vea.

Aunque a veces se me escapa de los dedos.

Camino por el dormitorio y me subo a la cama. No me quito la ropa.

Al final, me quedo dormida entre sollozos.

No saber qué se espera de mí me altera tanto como saber lo que mi padre desea.

* * *

—Hola. —Abro los ojos y veo a Gineva sentada en mi cama, sonriéndome—. Siento haberte despertado..., pero la comida se enfría y pensé que podríamos comer juntas.

Parece muy emocionada con tenerme aquí.

Parpadeo y asimilo su presencia, junto al peso de todo lo que ha ocurrido en las últimas horas.

—Voy a cambiarme y no tardo.

—Vale. Te espero. Estaremos solas. Nuestros maridos tenían problemas... Ya sabes.

Noto que su mirada se entristece.

—Supongo que sí.

Recuerdo que tengo que estar aquí para informar a mi padre, pero descarto la idea de indagar más.

Salgo de la cama y me doy una rápida ducha.

Busco algo de ropa. Es toda muy bonita y me gusta.

Elijo unos vaqueros y un jersey, en un tono azul clarito. También unas deportivas. Nunca he tenido unas. Mi madre las odiaba y mi padre, igual. Quería que siempre vistiera de forma elegante y con tacones.

Me dirijo adonde me espera Gineva, que, al verme, me sonríe.

Estamos solas y ella misma sirve la comida. ¡Qué mujer más rara!

—Esta sopa está deliciosa. La casa de mi padre era horrible, pero tenía los mejores cocineros. Claro que, si no aprendían a cocinar bien, mi padre los mataba. —Se muerde la boca—. Salvatore no es así...

—Lo he visto matar a un hombre por llamarme puta.

—Ojalá todo fuera diferente, pero en este lugar, o demuestras que eres el que está al mando, o lo pierdes todo. Pero Salvatore es...

—No me importa saber cómo es mi marido. No te lo tomes a mal, pero no estoy aquí por elección propia.

—Podrías no haberlo elegido y tu padre te habría casado con alguien peor. Al menos, aquí eres libre.

—¿Libre? No me hagas reír, Gineva. No te tengo por una tonta.

Miramos hacia las ventanas, que tienen barrotes.

—También es para protegerte.

Miro la sopa y la aparto.

—Si no te importa, estoy cansada...

—Tengo algo que mostrarte...

—Tal vez en otro momento.

Duda, pero asiente.

Veo la tristeza en sus ojos y odio sentirme tan despreciable, pero este último año no ha sido fácil para mí. Tras la muerte del padre de Gineva, mi progenitor se volvió loco y lo pagó conmigo.

Necesito dormir... y olvidar.

Capítulo 10



Salvatore

Regreso a mi casa, tras un viaje exprés, y me comentan que mi esposa —qué raro suena decir eso— no sale de su habitación y no quiere ver a nadie. Lleva así una semana, en la que apenas come.

Voy a darme una ducha antes de ir a su dormitorio.

Entro sin llamar, porque dudo que me deje pasar.

La encuentro sentada en el alféizar de la ventana, con las rodillas abrazadas, observando el exterior con la mirada perdida.

—Me han comentado que no sales de tu cuarto y que apenas quieres comer.

—Buenas tardes a ti también, esposo. Veo que no pudiste venir a cenar la noche de nuestro primer día en casa. Supongo que estarías muy ocupado para cancelar la cena. —Mira hacia fuera de nuevo—. No hagas ahora como que te importo. Yo solo soy un acuerdo comercial para ti.

—Mirabella, deberías saber que no tengo paciencia.

—Pues ordéname de una vez lo que esperas de mí. —Me mira y veo el dolor en sus ojos—. No me gusta esta espera, sin saber qué quieres que haga en este sitio desconocido.

La miro y veo lo que le pasa: lleva toda la vida recibiendo órdenes, sin poder elegir qué tipo de vida quería llevar. Sin poder ser libre para tener un segundo para ella, para pensar qué deseaba hacer... Al contrario que Gineva, Mirabella siempre ha vivido en el

barrio de su padre. Ha estudiado allí, porque su padre no quiso que fuera a la universidad. Desde entonces, ha estado en su casa, recibiendo órdenes de lo que debía hacer cada día. Ha tenido cada puto día marcado en una agenda, porque no se merecía elegir.

—Quiero que esta tarde vayas con mi hermana para ayudarla con las mujeres y esta noche, a las ocho, cenaremos en mi saloncito. Ponte ropa cómoda.

—¿Y nada más?

La miro desconcertado.

—¿Qué más quieres hacer?

Agacha la cabeza y se mira las manos.

Camino hasta ella y la cojo de la barbilla, para levantarle la cara.

Tiene los ojos hinchados de llorar, pero me mira con furia. Parece tan joven a mi lado, tan frágil... No sé qué narices hacer con ella y todo es culpa de Gineva.

—Que descubras lo que quieres hacer tú, en este sitio. Ahora eres la señora de la casa. Descubre tu camino, Mirabella.

—¿Acaso estás loco? —Veo miedo en sus ojos—. Si no tienes mano dura con la gente que te rodea, seré viuda antes de hacer un año juntos.

Bajo la mano por su cuello y lo aprieto. Agranda los ojos y su respiración se agita.

—Que no sea despiadado no me convierte en alguien menos letal —se lo susurro al oído y veo como su respiración se acelera. El latido de sus venas aumenta.

No le asusta mi agarre. La excita y la verdad es que su perfume me atrae. Su cremosidad...

Aparto la mano y me marchó.

Ahora ya sabe lo que tiene que hacer. Ya tiene una misión y, mientras no nos crucemos mucho, las cosas nos irán muy bien.

Voy a mi despacho y veo a Umberto, uno de los amigos más fieles de Renzo.

—He dejado a los hombres que hemos atrapado destrozando la mercancía en los sótanos. Renzo dice que ya sabes lo que debes hacer.

—Lo sé. Puedes irte. —Sonríe y se marcha.

Miro mi mesa un segundo. Está llena de papeles. Aunque llevemos una vida corrupta, fuera de aquí somos hombres de negocios. Nos relacionamos con otras personas de dinero y a escondidas hacemos negocios. Mi padre lo hacía así y yo sigo el legado con sus negocios.

Gineva no quiso asistir y yo debo acudir a las fiestas y reunirme con esa gente, a la que necesito para mis negocios corruptos.

Tal vez debería ir con Mirabella, pero antes debe dejar de parecer una muerta viviente o lo joderá todo. Fuera de aquí se mira todo con lupa.

Bajo al sótano y me arremango, sabiendo que no saldré de aquí hasta que tenga una confesión de este par de cerdos. Me toca hacerles lamentar el día que decidieron ir contra mí.

Mirabella

Mi móvil suena y me saca de mi letargo.

Miro la comida que han traído y que se mantiene en el plato sin que la haya probado.

Camino hasta el teléfono y veo que es una llamada de mi padre.

Descuelgo temblando, porque odio escuchar su voz.

—Querida, hija... —Muerdo mi boca para no gritar del asco—. ¿Pretendes descubrir algo importante de tu marido estando encerrada todo el día en tu dormitorio?

—¿Cómo lo sabes? —Agrandando los ojos cuando me doy cuenta de lo que implica que posea esa información—. Tienes a alguien de los tuyos aquí dentro, ¿verdad?

—Por supuesto, y si no me das algo importante..., mataré a tu marido. No me traiciones, porque lo sabré y os mataré a todos. De ti depende que esa gente viva. —Cuelga.

Claro que mi padre tiene a alguien aquí. No me dejará en paz hasta que muera. Mi padre está obsesionado conmigo, pero sin él

saberlo, me ha dado una razón para vivir: pienso descubrir al traidor... mientras traiciono a mi marido.

Elija el camino que elija, mi muerte está sellada.

Capítulo 11



Mirabella

He comido algo y me he dado una larga ducha. Luego, he esperado a Gineva tras dar una vuelta por la casa.

Varios hombres han salido a saludarme. Algunos me han observado de malos modos, pero Erminia, mi guardaespaldas, los ha mirado como si quisiera descuartizarlos y se lo han pensado dos veces. Ella será quien venga conmigo cuando esté fuera de la casa, para protegerme.

Gineva entra en la casa seguida de su marido.

Estoy cerca de la escalera y veo como este, antes de irse, la besa. Le acaricia la mejilla con ternura antes de guiñarle un ojo. De nuevo, la trata con tanto amor que duele el pecho de verlos y saber que nunca tendré eso.

Renzo debe de ser un loco por expresar así lo que siente, sin miedo.

Claro que Gineva mató a su padre con sus propias piernas. Dudo que alguien se atreva a ir contra ella. El rumor circuló como la pólvora y al ser la primera mujer en vencer a un capo de la mafia, más. La gente la teme y ella sonríe como si fuera la mujer más dulce y cariñosa del mundo.

—Ahí estás. Vamos, que llegamos tarde.

Sonríe como si no estuviéramos rodeados de hombres despiadados. De hecho, saluda a varios, de camino hacia mí. Luego,

me coge del brazo y tira de mí hacia fuera.

Temo que no puedo escaparme de esta loca.

—Me alegro mucho de que hayas decidido acompañarme al fin —
lo dice ya fuera de la casa.

—Tu hermano me ha obligado.

Se ríe.

—A veces necesitamos un empujón que nos saque de nuestro
agujero. —Aprieta mi brazo con cariño.

Yo creo que a esta mujer los puñetazos le han frito el cerebro. Es
hija de uno de los peores mafiosos de este sitio y se pasea como si
la gente fueran simples ciudadanos que no llevan armas bajo sus
chaquetas.

Vamos hasta una frutería y pide el libro de cuentas. Lo revisa
mientras me sirven unas fresas.

—Coge una. Están lavadas —me dice la dependienta—. Son las
mejores.

Cojo una y la pruebo.

Si les dijera que nunca he probado fresas, me mirarían raro. Mi
padre odiaba la fruta y por eso en mi casa no había ninguna.
Verduras, sí, para las comidas, pero él odiaba que en los platos solo
hubiera verde.

Cuando íbamos a eventos, mi madre insistía en que no comiera,
porque daba mala imagen. No quería que pareciera que en casa no
me daban de comer y estuviera mendigando comida.

Así que no he probado ni dulces ni fruta, porque siempre he
vivido bajo sus órdenes.

Degusto la fruta disfrutando de esta explosión de sabor. Al final,
se me escapa un gemido que reprimo, pero cuando las miro, noto
que se han dado cuenta.

—Mandaré a la casa. —La mujer me guiña un ojo y asiento.

Ahora puedo pedir fruta, dulces... Puedo experimentar cosas
nuevas. Tal vez hasta pueda bailar sin miedo... No, eso sería soñar
demasiado alto. Mejor tener los pies en el suelo mientras espero a
que mi esposo saque su verdadera cara y me toque reprimir todos
mis nuevos deseos. Me da miedo creer que puedo ser feliz, para que
luego ese sea el objetivo de Salvatore: quitarme cada rayito de

felicidad. Es lo que hacía mi padre cuando era niña. Me compraba el juguete que pedía para quemarlo después en la chimenea. Según él, así aprendía que la vida es dura.

—No —indico, volviendo al presente—. Mejor no.

Salgo de la tienda y al poco lo hace Gineva.

Vamos a más locales y me cuenta que las mujeres están muy felices por poder hacer algo más que abrirse de piernas.

—¿Eran prostitutas?

—No por elección, te lo aseguro. Ellas necesitaban alguien que las guiara. Cuando llevas mucho tiempo con los mismos patrones, te resignas y luego te cuesta mucho encontrarte. Me alegra hacer esto por ellas. —Sonríe con cariño y me coge del brazo para ir a la siguiente.

La miro sin saber cómo definirla. Parece dulce y amable, pero esconde una fuerza increíble. Una fuerza capaz de matar a un hombre.

—¿Podría aprender también a defenderme?

—Puedes hacer lo que quieras. Habla con Erminia. —Se gira y mira a mi guardaespaldas.

Esta va tras nosotras, comiendo una manzana.

—Para que pueda entrenarla debería comer y tal vez no esté por la labor.

—Puedo empezar a comer si así puedo tener la fuerza para matar a un hombre.

—Si estás pensando en matar a tu padre, como esta, sácate esa idea de la cabeza...

—Lo puedo retar a muerte. —Ambas comparten una mirada y sé que me ocultan algo—. ¿Qué pasa?

—Mi padre tenía más de setenta años. Tu padre está en mejor forma, pero puedes aprender a defenderte. Eso sí. —Gineva sonríe con cariño.

Las miro, pensando que no me han dicho la verdad del todo y tal vez nunca lo hagan.

Vamos hasta el barrio de Gineva, que ahora está unido al de los Giordano y no separado por un muro, como los otros tres del este. El de mi padre está en medio de los otros, que están vigilados.

Entramos a una tienda de lencería y la dependienta me observa de arriba abajo.

—¿Y esta escuálida quién es?

—La mujer de mi hermano y trata de no faltarle al respeto, Diletta.

—Yo nunca falto al respeto.

—¿Sois amigas? —pregunto a Gineva y Diletta se ríe.

—No, solo me soporta. Yo soy la amante de su marido...

—Examante —apunta Gineva.

—¿Y la tienes aquí trabajando, cerca de tu casa?

—Como si tu padre fuera fiel a tu madre —indica Diletta—. Que todos sabemos lo que hace en ese club de perversión.

Se me acelera la respiración al pensar en ese sitio.

—Es amiga de mi marido y solo amiga. Confío en él y si hace algo con ella..., pues los mataré a los dos —indica Gineva, como si tal cosa—. Me llevaré este conjunto.

«Madre mía, mi cuñada está de verdad mal de la cabeza. ¿Cómo puede amenazar y la vez comprar un conjunto de ropa casi transparente? Si no llego pronto a mi casa, este mundo tan irreal me va a volver loca».

En el barrio de mi padre todo el mundo agacha la cabeza. No hay mujeres trabajando. Solo son madres o prostitutas.

Mi padre odia que las mujeres levanten la voz. Es como vivir años atrás, pero aquí no es así y no sé cómo asimilar todo esto.

Gineva le pide las cuentas a Diletta y esta se las da, con varios pedidos.

Las revisan y nos vamos a otra tienda.

—Nos vemos mañana. Tengo que hacer lista de los pedidos para traer un camión con todo. Gracias por esta maravillosa tarde. — Gineva me da un abrazo.

Se marcha y me quedo contrariada con todo esto.

—¿Me han echado algo en la comida y me he vuelto loca?

Marta, que ha sustituido a Erminia para protegerme cuando esta se ha ido a hacer una cosa, me mira divertida.

—¿Y eso por qué?

—Porque esto no parece un barrio de la mafia... Parece algo irreal y ella... —Miramos a Gineva alejarse—. Ella solo sonríe.

—Gineva es especial y muy fuerte. Solo alguien muy fuerte vuelve a sonreír tras la tormenta. Creo que tú también puedes lograrlo.

—No creo que pueda.

—Si no lo intentas, no. —Hay algo en su mirada que me da fuerza, pero me recuerdo que por este lugar hay traidores.

Descarto a las mujeres, porque mi padre solo las quiere para una cosa y nunca confiaría en ellas para una misión.

Vamos hasta la casa y al llegar me informan de que la cena es a las ocho.

Les digo que vale y decido cambiarme para la cena.

Si quiero entrenar, tengo que estar fuerte. Quizás no sea para matar a mi padre, pero sí para estar fuerte mientras encuentro al traidor.

Capítulo 12



Salvatore

Espero a mi esposa para la cena... Mi esposa. No me acostumbro a esto. A querer proteger a alguien que solo es una extraña para mí. Esto me pasa por hacerle prometer a Renzo que se casara con mi hermana. Es la forma retorcida que tiene el destino de devolverme la jugada.

Mirabella llega al poco y me mira altiva, o a la espera de algo en concreto. No tengo ni idea de lo que espera de mí. Demasiado tengo con mantenerla con vida.

Gineva me contó lo de su paseo y que estaba alerta todo el tiempo. No sé qué clase de vida ha llevado con su padre, pero está claro que nada bueno ha podido vivir con ese hombre.

Aparto la silla de mi lado y, dudando, se acerca para sentarse.

—Gracias —dice sin mirarme.

—De nada.

Voy a mi asiento y, tras acomodarme, nos sirven la cena.

Les pido que se marchen y me quedo solo con Mirabella, observando cómo le cuesta comer o cómo, cada vez que levanto la mano, hace un pequeño gesto imperceptible con uno de sus ojos. Es algo de lo que no me di cuenta antes. Parece que no se inmuta, pero en realidad lo hace. Está esperando que le pegue, le grite o le haga algo peor.

Seguimos cenando y, cuando traen el postre, fresas con nata, porque mi hermana me contó lo mucho que le gustaron, noto que se pone alerta con cada bocado.

Me mira de reojo y tiembla, como si anticipara un bofetón.

—¿Te han gustado las fresas con nata? —La he visto disfrutar y como se le ha acelerado la respiración por el placer.

Se gira y me mira, a la espera de algo.

—Sí. —Su mirada es fría, dura y, a la vez, tan carente de vida que asusta.

Les digo a todos que se marchen de nuevo y que dejen de recoger.

Veo como se pone recta. Aprieta la mandíbula y su respiración se agita.

—¿Qué esperas de mí?

—Soy tu esclava, por lo que cualquier cosa.

«Vale. Esa es su idea del matrimonio».

Me paso la mano por el pelo y se sobresalta.

«Esta mujer está muy muy jodida y yo no tengo tiempo para todo esto. Ya es demasiado lidiar con mis mierdas...».

La miro y la veo tan perdida, que no puedo desentenderme.

—No soy un desgraciado.

—Entonces, te matarán pronto —insiste de nuevo y casi sonrío.

—Te aseguro que no.

Tiembla y me observa agitada.

—¿Puedes acabar ya con esta espera? Me está matando.

—¿Qué esperas, Mirabella?

—Cualquier cosa. —Se levanta y se quita el vestido que lleva. Toma aire, se sube a la mesa en ropa interior y abre las piernas—. Estoy lista, señor.

Agrando los ojos y mi puta polla da una sacudida por su sumisión. Al contemplar lo tentadora y preciosa que es. Su cuerpo es una tentación para mi vista, pero no aparece la excitación en su mirada. Solo hay obligación.

«No, esto no me gusta».

Me levanto y voy hasta ella para devolverle el vestido.

No es que no sea preciosa, que no sea deseable... Es que no pienso violarla solo porque sea mi esposa.

—¿Qué mierdas te pasa?!

Se encoge sin ponerse el vestido. Espera a que le pegue. Joder..., espera que la viole y que le pegue.

—Me mata esperar... ¿Puedes hacerlo cuanto antes? —Me mira con cientos de lágrimas en sus ojos—. Esperar me está matando. ¡Acaba ya con esto! ¡Haz conmigo lo que quieras de una puta vez!

Las lágrimas caen por sus mejillas. Está aterrada, pero no huye y sé que no luchará, porque sabe que debe agachar la cabeza y aceptar su «castigo» por ser mi mujer.

«Joder..., está rota. Muy rota».

—Vístete, Mirabella. Ve a tu dormitorio y ponte ropa de deporte. Te espero aquí en cinco minutos.

Alza la mirada y no reacciona. Se queda bloqueada. No hace nada. Necesita una puta orden.

—Te lo ordeno.

Entonces asiente y se marcha.

Joder, esto es un contratiempo con el que no contaba.

Me paso la mano por el pelo mientras la espero.

Me doy cuenta de que ha salido del cuarto sin el vestido. Se ha ido medio desnuda. Sin vergüenza alguna. No paro de dar vueltas al hecho de que, en nuestra primera noche juntos, se expuso sin reparos a mí y sin embargo era virgen. ¿Qué narices vivió allí? Una mujer puede seguir siendo virgen, pero hay mil formas de violar sin penetración.

Aprieto los puños por la rabia y el deseo de acabar con su padre.

Al poco, llega con la cabeza agachada y espera órdenes.

Siento que podría hacer con ella lo que deseara y no se quejaría. No lucharía por su vida ni por sus deseos. Con seguridad su padre se encargó de aniquilar sus sueños y sus deseos.

—Sígueme.

Bajamos hasta las salas de entrenamiento.

A estas horas no hay nadie.

Cuando me marché de aquí y me alisté en el ejército con Renzo, la disciplina, el entrenamiento duro y la mano firme de nuestro

superior nos mantuvieron cuerdos. Evitaron que nos perdiéramos en nosotros mismos.

Los dos teníamos una meta: hacernos tan fuertes que la gente nos temiera, para que así nadie más tratara de destruirnos.

—Quiero que me pegues.

Me quedo quieto en medio de la sala. El suelo es acolchado, al igual que las paredes. La puerta está cerrada y si le hiciera algo, nadie se enteraría.

Ella lo mira todo y tomo aire.

—¿Y luego?

—¿Luego? Primero intenta darme y después ya veremos.

—No sé pelear.

—No te he pedido que me des con destreza. Solo que me golpees.

—¿Y cuál es el truco?

—¿Aparte de que me saques de quicio? Nada. No hay truco.

—No te creo.

—Bien, pues golpéame por todo lo que piensas que te haré después.

Duda, pero asiente.

Me quedo quieto y viene hacia mí.

Sus golpes dan risa. No tiene fuerza. Solo rabia contenida, que saca y expulsa en forma de manotazos sin sentido y puñetazos sin fuerza.

Me da una y otra vez y la dejo. El dolor no me asusta. Al contrario, me relaja. Por eso, sus manos y sus puñetazos son como plumas cayendo sobre mi piel.

Como esperaba, acaba llorando y gritando. Saca toda su rabia y su frustración.

No hago nada hasta que veo que se ahoga con sus lágrimas, con sus sollozos... Se pone casi morada por la ansiedad y la angustia.

Le doy una bofetada y se queda más calmada.

Noto en sus ojos que la bofetada la ha tranquilizado. Es como yo: el dolor la relaja. ¡Qué mierda más grande! Porque saberlo me atrae.

—Gracias —me dice y tomo aire—. Estoy lista.

—No lo estás. Peleas de pena. Mañana te entrenarás con Erminia, como querías. A ver si, poco a poco, consigues golpearme con fuerza.

—¿Y luego?

—No te voy a pegar... A menos que sea porque te estés ahogando y necesitas justamente eso. No soy un puto monstruo.

—Eres un capo.

—No por elección, Mirabella, pero si no soy yo, será peor otro.

—No deberías darme esa información. No deberías dejar que te conozca...

Cojo su cara entre mis manos. Su tacto es muy suave y sus labios se quedan cerca de mis dedos. Siento deseos de acariciarlos, pero es algo que no me permito hacer.

—Sé cuidarme y ahora descansa. Mañana a primera hora empezará el entrenamiento.

Me separo de ella, reticente.

—¿Y si al final de este soy capaz de matarte?

—Entonces, no temerás que te mate yo a golpes y tal vez así podamos ser... amigos.

—Soy tu esposa. No estoy aquí para hacer amigos.

Casi me río por sus palabras.

—Como quieras, Mirabella. Ahora, a descansar.

Asiente y se marcha con paso firme.

Está cansada, pero no lo demuestra. No deja que nadie vea su dolor o su furia, a pesar de que sus ojos están llenos de lágrimas.

«¿Qué narices voy a hacer con ella?».

Capítulo 13



Mirabella

Padre:

¿Qué has descubierto?

Tomo aire después de leer su mensaje tras salir del aseo, ya lista para entrenar.

«¿Qué le digo?».

Mirabella:

Entrena a mujeres para que sean soldados.

Padre:

Tengo un puto infiltrado, niña estúpida.

Eso ya lo sabía.

Sus palabras son como una bofetada.

Mirabella:

No confían en mí.

No sé nada más.

Padre:

Eres la dueña de la casa, investiga si tiene algún pasadizo o lo que andan tramando.

Como no me des algo bueno, lo mato...

Y volverás a casa para que pueda cuidar de ti.

Ya no eres virgen.

Tiro el móvil a la cama, asqueada.

Tiemblo de miedo y de repulsión. Si mi padre no me ha tocado como ansiaba es porque me quería vender al mejor postor y, para que tuviera más valor, debía ser virgen.

Es como si una mujer valiera menos si no lo es.

Pero ahora nada lo frenaría.

Mi enfermizo padre me desea, aunque sabiendo de lo que es capaz, no sé por qué me sorprendí cuando lo supe, al dejar atrás la niñez.

Dejo el móvil donde está y me marcho para entrenar.

Andres, el marido de Erminia, me informa de que esta me espera en una sala al fondo.

Estamos solas y lo agradezco.

El entrenamiento es duro, pero me gusta sentir dolor. Saber que tengo el control de algo en mi vida.

Desde pequeña he sabido que la única forma de poder con todo era controlando mi dolor y solo lo lograba con más dolor. Mi padre me pegaba y, tras hacerlo, yo me infligía daño en las heridas, porque así nadie sabría que usaba el dolor para poder tolerar ese infierno.

Al acabar el entrenamiento, subo para ducharme y comer algo. Después, Gineva me espera para ir a ver a las mujeres y sus negocios.

La sigo, porque dudo que pueda elegir no ir.

Al entrar en la frutería, me dan una naranja.

La pruebo y de nuevo el sabor ácido y dulce es una experiencia nueva para mí.

—No es para tanto —miento.

Gineva se ríe y tira de mí hacia fuera.

Andamos hasta una calle donde huele a pan recién hecho.

Cuando era pequeña, me gustaba el olor a pan caliente. Mi padre lo descubrió y despidió... o mató al cocinero.

Caminamos hasta ese sitio y un hombre saluda a Gineva. Le habla de sus nuevas creaciones.

Cuanto más tiempo paso en este sitio, más irreal me parece todo.

En mi barrio, la gente de los negocios son fieros y casi todos los llevan los hombres de mi padre, que tienen empleados.

Esos empleados son personas que no pueden tener una vida mejor lejos de aquí. Son personas que saben que sus hijos serán mafiosos y sus hijas, o prostitutas, o acabarán casadas a edad temprana, precisamente para evitar eso.

De allí, nadie escapa. Lo sé por experiencia.

Pero aquí, la gente parece... feliz.

Me ponen de los nervios.

El panadero saca unas galletas y nos tiende una.

—Me alegra mucho conocerla, señora, y enhorabuena por su boda. —El hombre parece sincero de verdad.

—Gracias. Evitaré mandaros a la horca a todos —bromeo y Gineva se atraganta—. Era broma...

—Menuda broma en un barrio de mafiosos. —Muerdo mi boca y luego Gineva se ríe—. Vale, ahora ya sé que tienes un lado divertido. Un poco macabro.

Trato de distraerme con la galleta sin saber dónde meterme. ¿A qué ha venido eso? Parezco idiota. Estoy mejor callada.

Pruebo la galleta y se me escapa un gemido involuntario.

El dueño sonríe y prepara dos cajas, que tiende a nuestros guardaespaldas para que nos lleguen a nuestras casas.

—Me encantará verla por aquí —me dice, antes de salir para darle los papeles a Gineva.

—¿Llevas las cuentas de todos los sitios?

—Los ayudo con los pedidos.

—Me cuesta entender todo esto.

—Bueno, yo no soy como el resto y tú tampoco. Aquí eres libre. —Sonríe y me lleva a otra tienda.

Cuando vamos a la zona imparcial, a comer en una pizzería, tiemblo de miedo. Como si, al estar lejos de los dominios de Salvatore, me pusiera alerta.

Entramos y Gineva pide mesa para dos.

Reconozco a algunas personas de mi antiguo barrio. Varios hombres me observan como si estuviera desnuda y tal vez sea porque me han visto casi sin ropa.

—Hacen unas pizzas increíbles —me dice la loca de mi cuñada.

Nos sentamos a la mesa y al poco llega Renzo, con cara de pocos amigos. Se sienta al lado de su esposa.

—¿Qué narices haces, Gineva? —murmura, para que solo lo escuchemos nosotras.

—Comer una pizza deliciosa.

—Los estás provocando —indica, y yo también lo creo.

—No lo hago. Solo les demuestro que soy más fuerte que ellos y que puedo estar donde me dé la gana sin miedo.

Renzo la mira serio, antes de fulminar con la mirada a varios hombres que hay en el establecimiento.

«Me gustaría ser como Gineva y no tener miedo, o no demostrarlo», pienso cuando la mano de Gineva tiembla al agarrar la carta. A veces solo se trata de hacer la mejor función de tu vida y en eso soy experta.

Pedimos pizzas y, aunque no tengo hambre, hago como si fuera lo más delicioso y, joder, tal vez lo sea.

Gineva habla de cosas triviales, pero sé lo que trata de hacer: quiere que la gente vea que somos amigas, que estamos bien y que las cosas en nuestro barrio van muy bien.

—¿Cuál es tu película favorita?

—No he visto muchas.

—Pero tienes móvil. Ahora en el teléfono se puede ver de todo... Déjame tu móvil.

Dudo, pero lo hago y se escandaliza, porque es uno de hace mucho tiempo, sin conexión a internet. Mi padre se comunica conmigo por SMS.

Gineva pone cara de asco y lo mete en la jarra de agua con hielos.

—Mejor te compramos otro más actual y una tableta... Todo lo que tengo que enseñarte... —Me agarra las manos, ilusionada.

Veo a los hombres del barrio de mi padre mirar agitados el móvil roto. No tardarán en informarle de que ya no tiene forma de comunicarse conmigo. ¿Hará algo ante esto? ¿Pensará que yo he tenido algo que ver? No, han visto que ha sido cosa de Gineva, pero tengo miedo de la reacción de mi padre.

A pesar de todo, al salir del local y volver al barrio no siento tanto peso sobre los hombros. Es como si, por un segundo, pudiera ser libre... Libre de él.

Capítulo 14



Salvatore

Espero a Mirabella para la cena.

Entra en el salón con un elegante vestido, como si esta fuera una cena formal. Lo que me recuerda algo.

—Dentro de dos semanas tenemos una cena de gala en la ciudad.

—Bien. —No dice nada más.

—Espero que sepas comportarte. —Me gano una mirada de reojo, enfurecida, pero solo asiente. Debería dejarla en paz, pero algo me lo impide—. Y, si no te lo pido, no te quites la ropa.

—No lo haré sin tu permiso. —Aprieta los puños, pero no añade nada más.

—¿De verdad esperas que te exponga ante los demás?

—Sí —afirma sin duda, lo que aumenta mi furia por culpa de su padre.

—¿Qué narices te han hecho, pequeña?

—No te importa. Ahora soy tu esposa. —Me aguanta la mirada y me pierdo en sus ojos azul oscuro, buscando todas las respuestas.

—Un día adivinaré todos tus secretos.

—Para hacerlo, deberías exponer los tuyos.

—Tal vez no me importe...

—Morirás antes de los treinta. Te lo puedo jurar. En este barrio no estáis listos para la lucha. Parece sacado de una película mala de Navidad.

Casi sonrío, por lo que me muerdo la boca.

—Vamos a cenar.

—Como quieras.

Su sumisión me pone nervioso y, a la vez, me gustaría tenerla, pero en la cama...

«No, no vayas por ahí».

Pero mi mente vaga y la imagina en mi lecho, desnuda, dispuesta a seguir mis órdenes por placer. No por dinero o por miedo. He conocido a muchas mujeres que me han deseado, pero yo a ellas, no. Pero con Mirabella no estoy tan seguro. Sobre todo, cuando se mete la comida en la boca y me pierdo en sus labios.

Aparto la mirada, porque es mejor no seguir por ahí. No me fío de ella, porque sé que oculta algo.

Al acabar la comida, le doy un móvil nuevo. No ha sido casualidad lo de esta mañana. Su padre podría haber puesto un localizador en su otro teléfono.

—Es tu nuevo móvil.

—¿Y tiene mi tarjeta de contactos?

—Si alguien te quiere localizar o tu número, que me llame y se lo daré. —Duda, pero asiente—. Te he instalado aplicaciones de series y películas. Además de otras que te pueden ser útiles. En la cama han dejado una tableta, por si la necesitas para ver algo.

—Gracias...

—De nada. Mi hermana no debió romper así el tuyo, pero le pudo la emoción de comprarte uno nuevo.

—Claro. —No añade nada más. Solo mira su teléfono nuevo antes de dejarlo a un lado.

Traen el postre y mira su plato como si no supiera por dónde empezar, por la variedad de frutas que hay.

Cuando le da el primer bocado a la naranja, muerde su generosa boca para no gemir de placer.

Joder..., esta mujer me tienta como no debería.

Sigue comiendo y relame la cuchara sin darse cuenta. Veo su lengua rosa pasar por la pieza e imagino de forma involuntaria que lame otra cosa...

Me levanto.

—Nos vemos mañana.

¿Qué narices me pasa? Es solo una mujer... No, no es solo una mujer. Es mi esposa y parece que eso, para mi cuerpo, lo cambia todo.

No debería desearla, pero Mirabella es una tentación con la que no contaba y puede dar al traste con todos mis planes si no tengo cuidado.

Nunca he sentido deseo por nadie. El destino tiene un plan retorcido para que desee a la hija de mi enemigo.

* * *

—¿Qué tal la vida de casado? —me pregunta Renzo cuando viene a primera hora a mi casa para traer a su esposa.

Gineva ha ido a buscar a su hermana. Se muere por decirle que son hermanas, pero no puede.

A cambio de casarme con Mirabella, prometí a su padre que no le contaríamos la verdad. Solo lo haría si él me traicionaba. Pero como sé que lo acabará haciendo y traicionará mi confianza, se lo diremos cuando eso suceda.

—Una piedra en el zapato. Mi hermana seguro que era mejor.

—Sí, claro... Me dijiste tranquila y buena, creo. Los dos sabemos que Gineva es demasiado inquieta. —Sonríó—. Disfruta de tu vida de casado.

—Odio que lo estés disfrutando tanto. Debería meterte un tiro por ello.

—Me gustaría ver como lo intentas.

Saca el móvil y se pone serio. Me tiende unas grabaciones de los Vani por nuestras zonas en Nueva Jersey. De nuevo tratan de quitarnos terreno y gracias a sus contactos con los Marchetti tienen a más policías corruptos a su cargo.

—Tenemos que mover ficha —le digo y nos ponemos a pensar en un plan.

Uno a uno, van a caer todos. Tal vez deberíamos empezar por los Vani y acabar con su clan de una vez por todas.

—Que empiece el juego.

Renzo manda vídeos del capo Vani a la prensa de Nueva Jersey para que su imagen se vea afectada.

La prensa no tarda en publicar por redes todas las imágenes. Al menos, entre las personas de la ciudad.

Vani no tarda en llamar a mi cuñado.

—Te lo advertí —le dice Renzo—. Y esto es solo el principio. Vamos a por vosotros.

—No te interesa ir contra mí...

—No tenemos miedo a mi suegro —lo corto—. Estás muerto. Aprovecha tus últimos días.

Colgamos y salimos de la casa a por nuestros mejores hombres.

El clan Vani va a caer y poco a poco irán los siguientes. Estos se creían que, por tener el apoyo de los Marchetti, no haríamos nada, pero eso era antes de casarme.

Ahora todo ha cambiado.

Vamos a la sala de armas mientras organizamos a los hombres y las mujeres.

Salimos hasta los dominios de Vani en la ciudad.

Van a caer esta noche y pronto tendré más poder en la ciudad. Renzo y yo vamos a abrir una nueva empresa y será una de las más importantes.

El dinero es poder y más en este mundillo.

Renzo y yo hemos hecho mucho dinero y ahora nos toca mover ficha.

Mirabella

Al entrar en mi dormitorio veo ropa doblada encima de mi cama.

Algo raro, porque siempre me la colocan.

Voy hasta ella y, al meter la mano, veo entre las prendas un móvil como el que tenía.

Lo enciendo temblorosa y leo varios mensajes de mi padre en los que me dice que lo llame.

Lo hago y me responde al primer tono.

—Parece que tu marido no tiene ni un pelo de tonto. Lo del teléfono fue planeado, por si eres tan tonta de no haberlo visto venir. —No respondo, porque me daba igual. Lo que en realidad me importaba era que creía que podría librarme de él—. Quiero que descubras los pasadizos secretos de la casa y que robes las llaves para entrar a ellos y me las des.

—¿Tienes a alguien infiltrado, pero es tan tonto que no sabe dónde están los pasadizos secretos?

—Solo los usan los líderes.

Siento que me oculta algo, pero como hay tantas cosas que no sé, no le doy importancia alguna.

—Y tu infiltrado es tan tonto que no sabe cómo acceder a ellos...

—No te conviene enfadarme. Lo tienes cerca. Si me cabreas, acabarás en mis dominios, pero todos creerán que has muerto. Tal vez te encierre en una celda a oscuras, donde me esperarás... y a otros.

Solo de pensarlo, siento que me falta el aire. Sería capaz y eso sería peor que la muerte.

—¿Qué quieres que haga?

—Seduces a tu marido. Sé que sabrás hacerlo. Eres muy buena, gracias a mí, y luego descubre sus pasadizos y sus planes.

Cuelga y me quedo quieta, aterrada y sabiendo que, o seduzco a mi marido, o mi padre me tendrá encerrada para siempre.

Me doblo por el dolor de mis sollozos y entro en la ducha, para que el agua los acalle. Sé cómo seducir a Salvatore, pero no quería tener que engañarlo para salvarme.

Capítulo 15



Mirabella

Hay mucha tensión en la casa. Por eso, cuando escucho ruidos y movimiento en la parte de abajo, voy a ver qué pasa, abandonando mi dormitorio.

Tomo el camino de las escaleras y veo a Andres dar órdenes a algunos hombres. Tiene una herida en el brazo y su mujer le dice algo mientras le tiende varias espadas.

Se miran como si no fueran a verse más y se me encoge el corazón.

—¿Qué ocurre? —pregunto, cuando termino de bajar las escaleras.

Erminia duda, pero luego me mira fijamente antes de hablar.

—Los Vani van a caer esta noche y algunos de los nuestros, también.

Me recorre un escalofrío por cómo lo dice. Entonces, recuerdo lo que me dijo mi padre.

—¿Por qué no vas con ellos? Puedes meterme en alguna sala secreta a esperar.

Duda, pero niega con la cabeza.

—No, regresa a tu dormitorio. Yo estaré cerca. Ellos estarán bien.

—Se nota que no solo le importa su marido. Tiene amigos aquí. Debe de ser bonito tener amigos. Personas que son para ti tu familia.

Regreso a mi habitación y busco alguna película.

He estado revisando cómo hacerlo e investigando. Aunque mi padre me privó del mundo, nunca fui una niña tonta y él lo sabía. Era demasiado inteligente para un hombre que solo quería un juguete sexual al que admirar dentro de una cabina de cristal.

Siento un escalofrío y me pongo una película cualquiera con tal de dejar de sentir.

Mi padre apoyaba a los Vani; si les retira la ayuda es porque, o bien ya no le sirven, o tiene un plan diferente.

Mi padre no da puntada sin hilo.

Si hoy retira sus apoyos es por su propio interés. Si Vani cae, mi padre es el que ha decidido que lo hagan.

Es tarde cuando despierto sobresaltada por un golpe. Me he quedado dormida en el sofá. La tableta, colocada en la mesa, ya no muestra nada. Se ha apagado.

Escucho otro golpe y salgo para ver qué pasa.

Al abrir las puertas, veo movimiento de gente de un lado a otro.

Encuentro a Salvatore, todo vestido de negro, escuchando algo que le dice Andres.

Alza la mirada y al verme, se tensa.

—Regresa a tu cuarto y no salgas de ahí.

—Me gustaría saber qué ocurre.

Se acerca con paso ágil. No se escuchan sus pasos.

—Nada que te importe. A tu cuarto, Mirabella, y no salgas de él bajo ningún concepto.

—Si mi padre no apoya a Vani, es porque tiene un plan más cruel —le alerto, aunque no sé bien por qué.

—No tengo miedo a tu padre. A tu habitación, Mirabella. —Sus ojos verde azulados nunca me han parecido tan oscuros como ahora.

Lo miro y tengo miedo de que le pase algo. Tal vez porque, si lo matan, mi padre vendrá a por mí y este sitio no está tan mal si lo comparo con todo lo vivido. Aún tengo miedo de que todo sea un espejismo, pero siento como mis escudos se están rompiendo.

—Intenta no caer. El negro no me sienta bien —le replico, y emite una medio sonrisa.

—Se nota que no me conoces. El miedo deben tenerlo ellos.

—No son ellos a los que llaman fantasma porque casi lo mataron.

Su mirada se oscurece y se acerca a mí. Mi espalda choca con la pared.

Acerca su cabeza a la mía. Huele a campo, a bosque y a libertad.

Tomo aire, agitada, y no es de miedo. Tenerlo cerca me altera de una forma que no lo ha hecho nadie en mi vida.

—Esa noche, mis hombres dieron su vida por salvarme. Te puedo jurar que no pienso caer hasta que cumpla todos mis objetivos. —
Veo la verdad en sus ojos y la letalidad.

Nos miramos el uno al otro.

Noto como mi piel tiembla por su cercanía y mi cuerpo reacciona a él. Siento calor, cosquillas en el bajo vientre y ardor entre los muslos, cosa que nunca había sentido.

Siento cosas que van más allá del miedo y el asco.

Alza la mano para tocarme la cara, pero no lo hace.

Deseo que lo haga, como la otra vez. Quiero sus dedos en mis mejillas y en mi piel.

Se aparta y casi que mejor, pero me aterra mi deseo por sentirlo.

—No salgas de tu cuarto —me dice antes de alejarse.

En cuanto lo hace, siento el frío apoderarse de mi cuerpo y me quedo aturdida, preguntándome qué ha acabado de pasar.

Entro en mi dormitorio y cierro la puerta con pestillo.

Voy hasta la cama y trato de dormir, aunque intuyo que será imposible. Tengo miedo de que Salvatore caiga..., pero solo porque volvería con mi padre.

Solo por eso...

O eso quiero creer, porque mi mejilla aún sigue ansiando su caricia.

Salvatore

Hemos encontrado los pasadizos de los Vani y vamos a por su jefe.

Se ha metido con nosotros. Ha ido a por nuestros negocios y ha jugado sus cartas, creyendo que los Marchetti le darían apoyo, pero, como Renzo me dijo, no lo iba a tener.

Marchetti tiene otros planes y las palabras de Mirabella lo han confirmado.

Ella conoce a su padre. Sabe que si ha retirado el apoyo a los Vani, es por algo. Hay unas reglas no escritas en este lugar. Nadie se mete en los negocios de los demás fuera de aquí. Si lo hacen, vamos contra ellos.

Normalmente, no se suele hacer esto, porque temes que la guerra te deje tocado y luego te cueste mucho levantarte, pero Renzo lleva planeando esto desde que regresó. Ha ido capturando a hombres de Vani para forzarlos a confesar dónde estaban los túneles secretos que llevan a la casa desde el bosque.

Voy hasta donde está el túnel seguido de varios de mis hombres.

Renzo está organizando a nuestros hombres desde la ciudad y sacando a todos los civiles, para ponerlos a salvo en nuestro barrio. Hay casas preparadas para ellos. Lleva meses pensando en todo junto a mi hermana. Se nota su mano en todo esto.

—Voy solo —indico a mis hombres, tras revisar que llevo cargadas todas las armas.

—Puede ser una trampa. Todo está yendo demasiado bien —apunta Marcelo, amigo de Renzo.

—Bien, es un punto a nuestro favor. Renzo y yo hemos estado en suficientes guerras como para saber que una trampa deja de serlo cuando la usas a tu favor. —Me miran dudosos—. Si me pasa algo..., llevaos a Mirabella a la cabaña de Renzo, donde nadie pueda encontrarla.

No sé por qué les pido esto, pero necesito protegerla de su padre. Necesito saber que, si caigo, él no le volverá a poner las manos encima nunca.

Asienten y me marchó, entrando por los túneles que hemos descubierto gracias a Renzo y sus pesquisas.

Voy directo a la casa, gracias a los planos que he memorizado.

Como en todas las casas de esa zona, hay muchos túneles falsos y peligrosos. Solo uno es el indicado para llegar. Los otros solo contienen muerte y destrucción. Por eso, si no sabes por dónde ir, pocos se arriesgan, aunque sepan el camino.

Toco una pared y busco la puerta oculta.

Esta se abre y me adentro en un pasadizo oscuro con olor a moho.

Subo unas escaleras que, si no me han indicado mal, me llevarán directamente a la casa principal.

Esta noche Vani tiene que caer a mis manos. Solo así podré reclamar sus dominios, pero solo si lo mato dentro de sus tierras y porque soy un líder de una familia de la mafia. Si lo matara fuera, no siendo su hijo, no podría reclamar lo que es suyo.

Son las normas de los que cuidan que todo esté en orden. Hombres que nunca han tenido mi respeto. Nadie está limpio en este lugar y ellos poseen mucho poder al hacer que la justicia caiga de un lado o de otro.

Pero ir contra ellos sin nada que los inculpe es una sentencia de muerte.

Me muevo por la casa, una vez estoy dentro, sin hacer ruido.

Escucho los disparos de fuera y espero que todo salga bien. Nos jugamos mucho. Nunca se ha hecho esto, porque cada capo estaba muy a gusto jodiendo al resto, pero sin hacer nada en concreto para cambiar las cosas.

Todo esto debe cambiar, porque, aunque nunca dejará de existir, al menos podremos hacer algo bueno, algo diferente, dentro de tanta oscuridad.

Es ahora o nunca.

Renzo y yo llevamos años peleando en diferentes guerras para saber cómo ganar esta batalla. Queremos el poder absoluto y solo lo alcanzaremos cuando caigan todos y solo nosotros tengamos el poder.

Es todo o nada.

Subo las escaleras hasta donde escucho la voz de Vani, aterrado porque Marchetti le ha retirado su apoyo.

—¡Ese cabrón nos la ha jugado! —grita el señor Vani.

Miro entre las sombras y compruebo que hay un montón de guardaespaldas a su lado.

Su hijo está en la batalla, pero caerá, porque es un idiota que se cree que por tener fuerza y ser un violador sin corazón es inmortal. Piensa más con la polla que con la cabeza y esta noche caerá a manos de Renzo. Mi cuñado odia a los violadores tanto como yo.

Evalúo la situación.

Puedo cargarme a dos antes de alertar de mi presencia. Si mato a dos, me quedan tres y el jefe del clan. La sala debe de estar acorazada y por eso están en este lugar de la casa.

Saco la pistola y disparo a los dos que tengo más cerca.

Primero cae uno y luego el otro.

Vani pulsa un botón que cierra las ventanas por fuera, seguramente para que yo no escape.

No sé si creerá que va a salir con vida de este lugar.

Me preparo para los disparos y los esquivo mientras disparo a uno y a otro.

Cuando caen, miro a Vani, que se ha quedado pálido. Va a tocar otro botón, pero disparo a sus dedos, disfrutando de ver como se llenan de sangre esas manos que han atormentado a tantos niños.

—Han escuchado los disparos y van a venir...

—¿Seguro? —Saca su arma, pero le disparo en la mano de nuevo—. Lo dudo. Muchos solo te siguen porque te temen, pero están deseando que caigas. Están deseando un cambio. Por eso siempre se hace todo igual, porque al realizar algo diferente inicias una revolución y esta noche empieza el cambio.

Escucho a gente correr hasta este sitio.

Pongo mis manos en su cuello, aun sabiendo que un disparo sería más rápido, pero quiero que sufra. Quiero su agonía por todos esos niños que ha violado, como hizo mi padre.

Los dos eran amigos.

Este cerdo estaba en mi casa cuando a mí me violaban. Se tocaba la polla mientras me forzaban a tener sexo. Mientras mi madre se enorgullecía de que su hijo se empalmara con las violaciones.

En esos momentos, odiaba que mi sexo tuviera vida propia. No entendía por qué pasaba eso, si tanto lo odiaba.

Nos hacen creer que si te empalmas es porque te gusta, cuando eres un niño que no controlas tu cuerpo.

Cabrones... Me hicieron dudar de mí mismo, pero ahora sé lo que pasó.

Estos cabrones me violaron para convertirme en un monstruo.

Y lo soy.

Vi a este cabrón follar excitado por mi culpa. Por eso, aprieto las manos mientras no dejo de mirarlo a los ojos.

Me hubiera encantado matar a mi padre, pero esto también pienso gozarlo.

Si hasta ahora todo ha ido bien es porque estos cerdos, a oscuras, están cortados por el mismo patrón y se apoyan los unos a los otros, aunque en apariencia sean enemigos.

Escucho la puerta abrirse.

—Más os vale bajar las armas o juro que seréis los primeros en morir —digo—. Si queréis huir, hacedlo ahora. Si no, estáis a mis órdenes en tres... —Miro como pierde la vida este ser—. Dos... —El asco que siento no se alivia aunque lo tenga en mis manos—. Uno.

Cae muerto, cuando lo suelto, y entonces le pego un tiro.

Cuando me giro, solo hay un chico joven, aterrado.

Voy hacia él y le pregunto por dónde han huido los demás.

Me lo dice y le indico que grite desde las ventanas que el jefe ha muerto.

Asiente y voy a por los cabrones que creen que les dejaré huir.

Los encuentro bajando por las escaleras y disparo a uno.

Otro se tira contra mí y peleamos, mientras el resto dejan atrás a su amigo para salvarse el culo. Algo que yo nunca haría por uno de los míos, pero así son estos cerdos.

Saca un cuchillo, yo saco el mío y nos enzarzamos en una pelea a muerte.

Rasga mi piel antes de que lo mate y pueda correr a por el resto.

Los sigo por el garaje y disparo, uno a uno, a todos los capullos que tratan de ir contra mí.

Marta sale a medio camino y se pone a mi lado.

—¿Dejamos ya de hacer de llanero solitario y pedimos ayuda?

—Gracias.

Se nos unen más de los nuestros y, poco a poco, vamos acabando con los desertores que huyen como cobardes ante la caída del jefe.

Nos vemos metidos en una pelea en la que somos nosotros contra los cobardes. Como dicen: cuando el barco se hunde, las ratas, son las primeras en saltar.

El amanecer llega y deja atrás una noche de sangre.

Es tarde cuando llego a mi casa, pero el peso de mis hombros sigue ahí. No se ha ido, a pesar de matar a ese cerdo. No se va ese dolor, tal vez nunca lo haga.

—¿Estás bien?

Alzo la vista y veo a Mirabella en la puerta, mirando mi ropa llena de sangre.

—Sí.

Espero que se marche, porque esta guerra no va con ella, pero se acerca. Coge el paño con agua para limpiar mis heridas.

—¿Ha caído ese cerdo?

—Sí. Yo lo maté.

Toma aire y noto como si se le quitara un peso de los hombros. Quizás mi pesar no se ha aliviado, pero el suyo, sí.

Cojo su cara con mis manos.

—¿Qué te han hecho, pequeña?

Me mira, pero no dice nada. Aun así, veo el tormento en sus ojos azules.

Mataré a su padre y tal vez, cuando lo haga, encuentre la paz. Aunque sea un segundo. Daría mi vida por un solo segundo de paz. De sentir algo más que dolor.

Capítulo 16



Mirabella

No tengo por qué estar aquí. No tengo por qué curar sus heridas, pero quería hacerlo. Deseaba comprobar que estaba bien, porque si él está bien, yo estoy bien. Aunque lo temo, también lo elijo, aunque no sé bien por qué.

Busco con qué coser sus heridas.

Podría ir al médico, pero algo me dice que no irá y que se curaría hasta él solo. Es como si esto lo hubiera hecho muchas veces.

Se quita la camisa y veo heridas de quemaduras.

Su cuerpo es perfecto a pesar de cada corte, herida u ondulación.

Se me sea la boca al ver el negro vello corto perderse por su pantalón oscuro. Tomo aire, presa de un calor inexplicable.

Lo miro a los ojos.

Está atento a todo lo que hago. Su mirada verde azulada me corta el aliento. Me hace desear cosas... que me han hecho odiar. Es como si besarlo no fuera parte de un tormento; como si su boca fuera más un alivio que un castigo.

Aparto la mirada y limpio sus heridas.

—Deberías darte una ducha y luego te coseré.

—¿Dónde aprendiste? —pregunta y muerdo mi boca.

—Me cosía a mí misma. Ya sabes que, por este lugar, no abundan los médicos. Solo los matasanos. —Sonríe.

—Ahora vengo.

Asiento y observo su dormitorio mientras escucho el agua correr. Hay mucho movimiento en la casa. No han dejado de entrar y salir los hombres.

Erminia no se fue de mi lado hasta que llamé a la puerta de Salvatore. Sé que se moría por descubrir si su marido estaba bien. Por eso, hoy estaba muy nerviosa.

Escucho el agua correr y mi mente recrea ese elemento cayendo por el cuerpo fibroso de mi marido...

«Para...», me digo de golpe, agitada. «No estoy aquí para que Salvatore me guste. Solo estoy huyendo. Por eso no he intentado escapar...», pienso mortificada.

Salvatore sale de la ducha con solo una toalla atada a la cintura.

Se me seca la boca mientras anda hacia el armario para coger ropa.

Deja ropa negra sobre la cama.

Me giro para darle intimidad, recordando a fuego su cuerpo medio desnudo y sus pies descalzos en el suelo.

«¿Desde cuándo un hombre medio desnudo me parece atractivo? Solo es un hombre...».

Se acerca y se sienta frente a mí, donde he preparado todo.

Solo lleva los vaqueros y va descalzo. Es muy alto y, aunque yo estoy de pie, nuestras cabezas están muy juntas. Puedo ver cada mota de sus iris. Cada cicatriz. Su barba negra incipiente y ese pelo mojado caer sobre sus cejas. Es tan guapo que corta el aliento. Mirarlo hace que algo aletee entre mis piernas. Algo primitivo.

—Tengo prisa, Mirabella. Tengo que seguir ayudando en ese caos y derribar muros.

—Vale... Lo siento. —Muerdo mi boca y alza su mano para liberar mi labio, cuando casi me hago sangre.

Lo miro preguntándome si ha visto que el dolor me alivia cuando me bloqueo. Le limpio varios cortes y luego la herida de su brazo. No es muy profunda, pero necesita ser cosida.

La coso con destreza y luego la vendo.

Salvatore no se ha inmutado con el dolor. Es como si no sintiera nada. O como si a él también el dolor le diera paz, porque nunca ha conocido otra cosa.

Se levanta y va a por su camisa y sus zapatos.

—No salgas de casa. Todo está muy revuelto ahora y aquí estás más segura.

Le digo que vale y veo como coge su pistola antes de salir, dejándome sola... en su dormitorio.

Miro el cuarto y pienso en investigar y encontrar los pasadizos... Pero si los encuentro y se lo digo a mi padre, lo matará, como ellos han hecho con los Vani. Ahora tienen más poder... ¿Acaso es lo que quiere mi padre? ¿Que ellos se hagan con todo para luego darle el golpe de gracia?

Salgo de la habitación como si me quemara y me encierro en la mía.

Tengo que encontrar al infiltrado de mi padre y acabar con él, porque si lo hago, podré seguir aquí y Salvatore estará a salvo. No sé por qué quiero salvar a mi marido, pero así es.

Nunca creí decir esto, pero pienso luchar por mi esposo.

Salvatore

Han caído relativamente fácil.

Solo hemos movido ficha, porque han ido contra nosotros fuera de aquí y eso era imperdonable. El resto saben que, si hacen algo parecido, caerán.

Los Abatio son idiotas, por lo que cometerán un error y ahí es donde entran los negocios en la ciudad. Si se ponen nerviosos, cometerán un error contra nosotros.

Queremos derrumbar los muros, pero no vamos a poner en peligro la vida de nuestra gente.

Por eso, iremos poco a poco.

Hemos puesto a las mujeres y los niños a salvo. Ahora vamos a por los hombres de poder.

Toco a la puerta de uno de ellos. Es un banquero de la ciudad.

La puerta se abre cuando enseño la culata de la pistola.

—No quiero derramamientos de sangre —dice el banquero.

—No los habrá si haces lo que yo quiera a partir de ahora.

—Soy un hombre de negocios. Estoy de vuestra parte.

Se marcha, pero en cuanto le doy la espalda, escucho como saca un arma y me apunta con ella.

No le dejo hacerlo.

Me giro justo a tiempo de meterle un tiro en la cabeza.

Su bala queda anclada en la pared.

—¿Dónde está su hijo?

Una mujer se acerca, con un pequeño a sus faldas. La reconozco, era su joven esposa.

No debe de ser mayor que Mirabella y este niño tiene unos cuatro años.

—¿Lo cuidarás con nuestro apoyo, mientras se convierte en dueño de todo esto?

—Lo haré. —Veo el miedo en sus ojos y, cuando mira a su marido, respira aliviada—. No vas a salir de esta casa con vida —susurra—. Ni nosotros. —Llora y acaricia al niño, al que sonrío.

«Mierda, era una trampa».

Evalúo la situación y lo que sé de esta casa.

Cojo a la madre y al niño y corremos hasta el invernadero, donde tienen una piscina climatizada.

Saltamos al agua justo cuando la casa explota.

Los protejo bajo el agua, cubriéndolos con mi cuerpo.

Renzo siempre quiere que memoricemos cada plano de cada casa donde nos metemos, para tener las vías de escape claras.

Eso me ha salvado infinidad de veces.

Hoy también.

Los saco del agua. El niño tose y la mujer llora. Están a salvo. El techo ha desaparecido. La casa arde.

Salimos de este lugar y mis hombres se me acercan. Me miran dejando claro que odian que siempre vaya por libre. Ellos no saben que no supero saber que por mi culpa perdí a tantos buenos amigos.

Si voy solo, no tengo que lamentar sus muertes.

—Llévalos a casa. Que Mirabella se haga cargo de ellos.

Por qué lo hago, no tengo ni idea, pero sé que mi esposa necesita un propósito y ellos lo van a ser.

—Deberías ir a que te curen —me aconseja Andres, enfadado—. Y también dejar de ir solo.

—Si no lo hubiera hecho, lo mismo estabais muertos. Dejadme en paz. Veamos qué se puede salvar.

—¿Y qué hacemos con el resto de los ricos? Está claro que todos van contra ti.

—Matadlos... y liberad a sus mujeres y sus niños. Entre estos cerdos no hay ni uno solo que merezca vivir.

—Ya te lo dije —indica Andres—. Este lugar está podrido.

Salimos de la casa y noto la sangre empaparme la espalda.

No me marchó. Me quedo cerca, como si no me doliera. Tal vez, porque el dolor me da paz. Me recuerda que sigo vivo para joder a estos putos cabrones un día más.

Capítulo 17



Mirabella

Lucrecia y su hijo Lucian llegan aterrados a la casa.

En cuanto veo al pequeño, aferrado a su madre, sé que tengo que ayudarlos, y Salvatore debía de saberlo, porque los ha mandado para que estén bajo mi cuidado.

Los instalo en la segunda planta y les propongo que se den un baño mientras pido que nos traigan chocolate caliente. El pequeño sonríe con timidez.

—¿El hombre malo no va a volver? —Mira a su madre, que sigue pálida.

—No, hijo. Papá ya no va a volver.

«El hombre malo», así llamaba yo a mi padre, pero el mío sigue vivo, jodiéndome la vida.

Mientras espero que suban el chocolate, indago en las redes sociales cosas sobre Lucrecia.

Es hija de un empresario de joyas que tiene en el barrio de los Vani una joyería. Seguro que todo lo que tiene no lo ha conseguido de forma legal. La casó con el banquero con dieciséis años, a pesar de que él tenía cerca de sesenta. ¡Qué asco!

Pienso en los proyectos de Gineva y en que necesito implicarme más. Luego, me da miedo ilusionarme con ellos y que mi padre me los quite. O Salvatore...

—¿Cómo está el señor? —me pregunta el niño, cuando entro a su cuarto con galletas.

—¿Qué señor?

Miro a su madre. Se ha quedado dormida en el sofá, después de llorar.

No lloraba por su marido, sino por el peso que lleva sosteniendo sobre sus hombros durante tanto tiempo.

—El que nos salvó cuando la casa explotó.

Observo al niño, aterrada.

—¿Alto y de ojos claros? —Asiente y me recorre un escalofrío.

—Sangraba, pero andaba como si no le importara. Era muy fuerte.

Veo la admiración por mi marido en los ojos del pequeño. Al fin y al cabo, lo ha salvado de un ogro.

—Estará bien. Es como un fantasma. Ya nada lo puede matar. —Sonríe.

Lo dejo con la niñera y me marchó a ver si sé algo más de Salvatore.

Cuando lo encuentro, viene hacia mí y me da un beso en la mejilla que me hace temblar, pero no de asco. Él también parece sorprendido por su muestra de cariño.

—Te necesito. —Me coge del brazo y subimos por la escalera.

Camina como si todo fuera bien, pero cuando miro hacia su espalda, veo la sangre.

«¿Cómo puede andar como si nada? Porque el dolor no es importante para él... Sé lo que es eso».

Lo peor no eran las heridas, sino las miradas, las caricias... Los besos... Eso era peor que hacerme sangre para que se abrieran mis heridas.

Entramos en su habitación y solo entonces veo su debilidad.

Se va a quitar la camisa, pero se le ha pegado a la piel.

Tira y veo los cortes irregulares.

—Deberías ir al médico.

—No puedo dejar que nadie sepa que pueden hacerme daño. Van a por mí. Mi debilidad solo los hará más fuertes.

—Yo no soy médico y no sé por qué confías en mí.

—Porque eres mi esposa —dice, como si eso lo explicara todo, o como si, por serlo, tuviera el deber de apoyar sus locuras—. Sé que puedes hacerlo. Vamos, tengo que irme.

—Te vas a matar tú solo —señalo, pero preparo todo para curarlo. Le digo que se tumbe en la cama.

Evalúo las heridas y no son graves. Las limpio bien y me pregunto si, de haber muerto, mi padre habría venido a por mí.

Coso sus heridas y no se mueve. No muestra emoción alguna mientras creo que se ha quedado dormido. Tiene la cabeza girada y no puedo verlo. Observo su piel y, sin saber muy bien por qué, lo acaricio. Nunca he acariciado a un hombre por placer. He tenido que tocar a algunos..., pero nunca he sentido la necesidad de hacerlo.

Salvatore se tensa, no se mueve, pero mi caricia lo perturba más que las heridas.

—Lo siento... No quería tocarte sin tu permiso.

Se gira y me coge la mano cuando la aparto.

—No me ha molestado. —Nos miramos a los ojos. Hay mucha intensidad en su mirada y siento deseos de acariciarlo de nuevo. Me pican los dedos por el deseo de tocarlo—. ¿Has acabado?

—Sí.

Suelta mi mano y se levanta para buscar una nueva camisa. Se la pone y va hasta la puerta.

—Quédate aquí a dormir. No me fío de cómo está todo y este es el cuarto más seguro. —Duda, pero va hasta un cuadro y lo gira. Este se abre y aparece un panel. Marca un número que aprendo de memoria—. Huye por aquí si sientes que estás en peligro. Mis hombres te encontrarán y te llevarán a un lugar seguro.

Nos miramos.

Me ha dado una vía de escape. Puedo huir... lejos.

Espero a que la casa se quede en silencio y voy hasta el pasadizo.

Pulso el código y entro.

La puerta se cierra tras de mí y se enciende una luz en el suelo.

Camino por el pasadizo y a cada paso que doy lejos de esta casa y de Salvatore siento que me falta el oxígeno, como si fuera de este lugar no pudiera respirar.

Eso es una tontería. Ese sitio no tiene nada para mí. Tengo derecho a ser libre.

Avanzo hasta que llego al final y salgo cerca de una carretera. Observo mi alrededor y compruebo que viene un coche a lo lejos, que podría sacarme de esta locura de mundo. Lejos de Salvatore y de mi padre. De esta guerra...

Miro el cielo, lleno de estrellas, y parece que me encuentro en otro planeta. En uno donde no hay amenazas, violaciones ni miedo...

La conductora del vehículo se detiene.

—¿Te llevo a algún sitio? —Parece amable.

—Voy dirección norte.

«Norte. Muy lejos de aquí».

Tomo aire. Miro el coche. La salvación. Todo parece tan fácil. Nadie me ha seguido. Miro tras de mí y no hay nadie. Podría ser libre. Entonces, recuerdo sus ojos, su piel caliente bajo mis dedos... Esa bondad latiendo bajo un corazón atormentado del que se espera que sea un arma de matar.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

La veo marcharse y me giro de vuelta, hacia la casa de Salvatore.

Entonces, escucho el crujir de unas ramas romperse.

Salvatore sale de las sombras. Me ha seguido.

—¿Me habrías dejado escapar?

—No hubiera podido hacerlo —dice sincero y señala la pistola.

—¿Me habrías matado?

—No, hubiera disparado a las ruedas. —Lo miro a los ojos—. No lo ves, pero solo estás a salvo conmigo.

—¿Y por qué tendría que creerte? Nunca he sido libre. Nunca he tenido nada. Nunca he sido feliz.

—Lo sé, pero tú también sabes que lejos de mí, él te encontrará.

—Habla de mi padre y no lo niego—. Por eso no has podido marcharte.

—Odio tener miedo y en tu casa no lo tengo. Eso me aterra más.

—Coge mi cara entre sus manos—. Si eres amable conmigo, me matas, porque estoy todo el rato esperando tu ataque.

No comenta nada y le golpeo el pecho.

No hace nada.

Lo hago otra vez y otra. Al final, acabo llorando, por la libertad que he perdido y por la que siento siempre a su lado. Es como si, dentro de esta lucha, él fuera mi paraíso.

—Si vas a destrozarme, hazlo ya... Me mata la espera de un ataque.

—No soy tu padre, Mirabella. No soy él. —Alza mi cara—. Vete si quieres. Lárgate. —Pone un anillo muy caro en mi mano—. Vete, si así crees que serás feliz; si crees que él no te encontrará. Hazlo...

—¿Qué truco hay?

—Ninguno, pero si te quedas a mi lado, deja de dudar de mí. De lo que te haré, de tratar de verlo a él en mí. Si te quedas, intenta conocer al hombre al que llamas marido.

Cojo el anillo.

Otro coche se acerca. Lo observo, pero solo veo a Salvatore.

—No puedo... Siempre esperaré que me trates como él y esa espera me está matando.

—Entonces, vete. Eres libre. Solo deseo que no te encuentre.

Lo miro y empiezo a caminar. Observo el coche que se acerca y, por un segundo, me imagino una vida diferente, como las que he visto en las películas. Una dulce, tranquila y con amigos. Donde mi mayor preocupación es conseguir ser feliz.

El vehículo se aproxima.

Me giro para mirar a Salvatore y me pierdo en sus ojos verde azulados.

Una vida donde él no estará.

Lejos de él.

Lejos de este mundo.

Lejos de todo.

Sin sentir el aleteo en mi estómago por su cercanía y sus caricias. Sin sentirlo a él...

Camino hacia el coche, un poco más, y cuando estoy casi llegando, caigo de rodillas y me detengo.

El automóvil sigue su camino.

Salvatore se acerca y me tiende una mano.

—Volvamos a casa.

«A casa...».

Miro su mano. Lo miro a él.

Me pregunto si se puede llamar hogar a un lugar en llamas por la guerra.

Tomo aire y cojo su mano.

La aprieta con fuerza.

Andamos en silencio.

—No hubiera podido dejarte ir —admite poco antes de llegar.

—¿Por qué? —Aparta la mirada.

—Porque siento que solo estarás a salvo a mi lado.

«Pero tú no», pienso, pero no lo se lo digo.

Miro el suelo mientras su firme mano nos guía de vuelta. Observo que hay diferentes pasadizos y que es peligroso al entrar. Para salir, solo hay que seguir un camino, pero para entrar, este se desdibuja y, si no lo conoces, acabas muerto.

Pero yo lo he memorizado...

Un día Salvatore se arrepentirá de que no me fuera. Lo sé y duele.

Capítulo 18



Salvatore

Mirabella duerme en mi habitación mientras yo no tengo tiempo para descansar.

Lo peor no ha sido la caída de Vani, sino que la gente de su barrio no ha aceptado que ahora mandamos nosotros y se han rebelado. Tampoco les ha parecido bien que hayamos liberado a los niños que tenían atrapados para obligarlos a ser de los suyos, ni a las mujeres que tenían presas.

Se han vuelto contra nosotros.

Contábamos con ello, pero está siendo complicado controlar todo.

Apenas veo a Mirabella en los días siguientes y casi mejor, porque cuando me alertó la cámara de seguridad de que alguien salía por los túneles secretos y vi que se trataba de ella, sentí dolor en el pecho. Cerré todas las compuertas que llevaban hacia los pasadizos peligrosos para que solo fuera por un camino seguro.

La seguí a la espera de descubrir qué haría.

No quería que se fuera y no solo por la promesa que le he hecho a Gineva. Era algo más, que no sé cómo identificar. Vi su dolor, su deseo de algo mejor, de libertad, pero me invadió el miedo de que, con su padre vivo, nunca pudiera conseguir todo lo que anhela.

Ese cabrón seguirá sus pasos. Lo siento así y no suelo equivocarme con estas cosas.

Regresó conmigo con los ojos llenos de lágrimas y el miedo pintado en su bello rostro.

Ahora está ayudando a las mujeres y cuidando de Lucrecia y su hijo.

Gineva ha querido pelear y esto inquieta a Renzo.

Mi cuñado le permitió que nos acompañara hasta que la hirieron en un brazo y a él casi lo matan por estar pendiente de ella.

La verdad es que lo entiendo. Luchar mientras estás pendiente de alguien que te importa tanto es complicado.

Por eso, Gineva se ha quedado en su barrio organizando cosas y Mirabella en nuestra casa, sin salir, por culpa de cómo está todo.

Solo necesitamos un poco de calma.

Al final, aceptarán que los Vani han caído.

Muchas de las familias poderosas se fueron con los Marchetti, lo que hará crecer su imperio, porque don Marchetti no hace nada gratis. Si les ha dado cobijo es por un precio. Con seguridad sabían que tendrían su apoyo, porque desaparecieron con mucha rapidez.

Llego a mi dormitorio cansado.

Mirabella cierra el libro que está leyendo y se acerca.

—Si no bajas el ritmo, vas a acabar muerto —se enfada.

—¿Preocupada por mí? —la pico y, como esperaba, tuerce el morro.

—Solo por mí. Si mueres, me reclamará. Así que descansa y come algo.

—Solo he venido a que me cures la espalda. No tengo tiempo para descansar.

—Eres el jefe de todos estos. Tienes gente que lucha por ti.

—Porque soy el dueño de todo esto, debo estar ahí con mis hombres. No soy un cobarde, Mirabella.

—Solo eres un idiota pretencioso. Túmbate.

Me quito la camisa y hago lo que me pide.

Al poco, siento sus manos y como me cura. Como siempre, acaba por acariciarme. Lo hace sin darse cuenta. Sus manos en mi piel me tensan, pero me gusta. Me agrada notarlas pasearse por mi espalda. No duele. No traen amargos recuerdos de otras manos y tal vez sea porque Mirabella no quiere hacerme daño. O eso quiero creer.

—Listo. —Se aparta y siento el frío posarse en mi piel.

Salgo de la cama y busco una camisa limpia.

—¿Crees que tardará mucho en calmarse todo esto?

—Esperemos que no. Tengo que hacer cosas en la ciudad y no puedo retrasarlo más. —Recuerdo algo que pasó esta tarde—. Tu padre me ha llamado.

El miedo se instala en sus ojos.

—¿Qué quería?

—Invitarnos a cenar a la pizzería que está en la zona común.

—¿Ahora quiere ir a cenar? ¿Acaso no sabe lo que está pasando?

—Por eso mismo, Mirabella. Desea medir mi fuerza. Ver mi estado de ánimo y si estoy tranquilo, a pesar de todo. —Coge su sudadera y la retuerce. Después, se muerde la boca y voy hacia ella antes de que se haga sangre. Cojo su cara entre mis manos y veo que está perdida—. ¿Qué te hizo ese cerdo?

—No quiero hablar de eso.

—Si quieres, no iremos.

—No puedo no presentarme, Salvatore. Iremos, pero duele... —Su respiración se agita. Cierra los ojos y no consigue calmarse.

«Mierda».

Bajo las manos por sus brazos y la sujeto con fuerza. Aprieto y veo como el dolor la hace poco a poco volver. Odio hacerle daño, pero sé lo que siente. Yo mismo me he hecho daño muchas veces para poder seguir con el peso de mi alma.

Aflojo los dedos cuando se calma y me mira aliviada.

—Es un monstruo y no parará hasta destruirnos —dice, y veo la verdad en sus ojos.

—Yo tampoco pararé hasta destruirlo.

Acaricio sus brazos, donde antes le hice daño, y su respiración se agita, pero esta vez es por algo diferente. Es algo más denso y ardiente.

Su boca me llama. Me pierdo en ella más tiempo del que debería, preguntándome qué se sentiría al besarla...

«No, debo irme».

—Me marchó. ¿Estarás bien?

—Sí. —Voy hasta la puerta—. Gracias por aliviar mi carga —me dice, y asiento—. No mueras.

—No tengo pensado hacerlo.

Es raro sentir que tengo a alguien esperando por mi seguridad. Siempre he tenido a Gineva, pero esto es diferente.

Me dirijo a la zona de conflicto para sustituir a Renzo.

En cuanto me ve, compruebo que no tiene buena cara.

—No vamos a poder ir a por los Abatio. No será tan fácil como esperaba. Tenemos que reforzar nuestros negocios en la ciudad —indica cuando llego a la frontera que hay entre el barrio de los Vani y el mío.

La muralla está alambrada y ahora mismo muy vigilada.

—Esperaremos.

Reviso mi pistola antes de entrar para ver cómo va todo.

Los rebeldes quieren hacerse con el control, ahora que han caído los Vani, como si pudieran nombrarse dueños de esta tierra sin dueños.

Nos pertenece por derecho, pero nos han informado de que hasta que no haya paz no será nuestra.

Esto tiene que ser cosa de Marchetti, porque a él le interesa que la ley de este lugar no se ponga de nuestro lado hasta que nuestras filas no hayan menguado más.

Veo a Andres con Umberto, no muy lejos, evaluando la situación.

En cuanto me ven, me ponen al tanto de todo.

—Tenemos que ir a por el cabecilla, pero están usando explosivos —me indica Andres.

—Si siguen así, llamarán la atención de las autoridades de la ciudad y no los queremos por aquí —señalo y miro los mapas de la ciudad. Me los sé de memoria—. Los tejados. Hay que subir por ellos y caer justo en su almacén. Los atacaremos sin que se den cuenta, antes de que puedan detonar nada.

—Tienen rehenes —nos recuerda Umberto—. Si se ven acorralados, lo harán saltar por los aires.

—Entonces, tiene que ir uno solo.

—No —suelta mi hermano—. Es un plan suicida.

—Tenemos que acabar con esto cuanto antes o tendremos más bajas. —Busco varias pistolas y cuchillos en la furgoneta que tienen y me equipo—. No es la primera vez que hago algo así.

—Si tú caes, todo irá a peor —me dice Andres.

—Yo creo que puede salir bien —comenta Umberto, y Andres lo mira como si quisiera arrancarle la cabeza.

—No hay tiempo para pensar. La noche va a caer y yo seré un fantasma. —Andres va a escribir a Renzo, pero le cojo el móvil antes de que lo haga—. Volveré... Tal vez con un poco menos de sangre, pero no pienso morirme. La muerte no me quiere y por eso me libro siempre.

—Eso es porque eres muy feo y ella no te quiere —bromea Umberto.

—Lo que es, es un suicida. —Andres sabe que no puede hacer nada. Me conoce de toda la vida y haré lo mejor para todos.

—Si me pasa algo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Asiente. Tiene órdenes de cuidar de Mirabella si algo pasara. Su mujer o Marta no perderán un segundo en ponerla a salvo, lejos de todo esto.

Me marchó hacia una escalera de emergencia y subo hasta los tejados. Tengo el mapa metido a fuego en la cabeza y, cuando llego arriba, salto de uno a otro hasta llegar al almacén que están usando para ir contra nosotros.

Al llegar, observo como entran y salen sin hacer nada.

Solo son un puñado de idiotas que se creen que pueden conseguir esto para ellos.

Me muevo por el techo, para ver a través de los cristales dónde tienen a los rehenes.

Bajo sin hacer ruido y me pongo detrás del que vigila la puerta.

Le corto el cuello antes de que tenga tiempo de gritar.

Cojo su cuerpo y lo tiro a un contenedor.

Me quedo entre las sombras hasta que llega el siguiente. Lo mato antes de que pueda pedir ayuda y uso sus llaves para sacar a los rehenes.

O esa era mi idea, porque estos son todos hombres... Algo raro.

Es una trampa para que no hiciéramos nada; para que no los atacáramos.

Salgo del almacén y voy hasta donde está el cabecilla.

Lo hago tras deshacerme de sus explosivos y activar otros. Estos cabrones no saben a quién se la han jugado. Nos han tenido una semana lidiando con esto y han caído varios de los nuestros. Esta noche van a saltar por los aires.

Lo preparo todo sin que se den cuenta, al mismo tiempo que pienso que todo esto no me gusta. Si yo solo he podido adentrarme en el campo enemigo, es que en nuestras filas hay más de un infiltrado.

¡Mierda! Nos va a tocar hacer limpieza. Al final, ya no sabes de quién puedes fiarte.

Tengo todo listo cuando me enciendo un cigarrillo.

El fuego y el humo los avisan de mi presencia.

—¿Quién anda ahí? —pregunta el que manda.

—Yo. —Salgo de entre las sombras—. Reconozco que os lo habéis montado bien, pero esto ya ha durado demasiado.

—¿Y has venido solo? Tan idiota como nos dijeron. —Eso confirma mis palabras, pero no sé quién está jugando a dos bandos ni por qué.

Nadie se juega la vida por nada. Debe de tener una meta muy alta para arriesgarse a perder el pescuezo.

—Por eso yo sigo vivo y vosotros no —indico y se ríen. Doy una calada y expulso el aire—. Que os jodan bien en el infierno.

Lanzo la colilla y solo entonces reparan en que están rodeados de gasolina. Son tan inútiles que no se han dado cuenta de nada.

Veo su cara de horror mientras corro al contenedor que he visto al entrar.

Me cuelo en su interior al mismo tiempo que todo salta por los aires.

Escucho como los cimientos caen sobre el techo y lo abollan un poco.

«Mierda... Quizás no calculé bien todo».

Mirabella

—Entendido. —Erminia me mira y viene hacia mí—. Nos vamos — anuncia tras colgar el móvil.

—No, quiero saber qué está pasando. —Tira de mí hasta el cuarto de Salvatore y me lleva a rastras hasta el pasadizo secreto—. ¡No me pienso ir! ¡Quiero saber qué ha pasado!

—Salvatore ha caído —me informa con frialdad, algo que me sorprende, pero tal vez solo mantiene la mente fría para salvarme.

Pienso en sus palabras y las asimilo.

No, no puede ser cierto... Pienso que lo sentiría. Es como si algo me uniera a ese hombre. Aun así, el miedo a que sea verdad me hace temblar.

—No, eso no es cierto.

—La casa donde estaba ha saltado por los aires. Nos vamos.

—¡No!

No me da tiempo a reaccionar. Me golpea en un punto de mi cuello que me hace perder el sentido.

—Esperemos que no sea así. —La escucho decir antes de perder la conciencia.

Yo también lo deseo, porque no me gusta la idea de este mundo sin ese idiota.

Capítulo 19



Salvatore

Escucho voces y salgo de la negrura.

Joder..., casi la palmo.

Doy golpes rítmicos para pedir ayuda.

Escucho a Renzo mandar callar y golpeo más fuerte, con la culata de la pistola. Estoy bajo los escombros y dentro del contenedor de metal, que me ha salvado de milagro.

Oigo como quitan todo hasta llegar a mí y, cuando veo a Renzo, me doy cuenta de que está muy enfadado.

—Está claro que debo dejar de fumar —bromeo.

—Cabrón. Te dábamos por muerto —me dice, y veo alivio en su mirada. Me tiende una mano y la cojo—. Como sigas yendo por libre, te juro que te meto un tiro por el culo —me susurra.

—Me gustaría ver como lo intentas.

Salgo y veo a mis hombres. Me duele todo, pero no muevo ni un solo músculo. En este mundo la debilidad te puede matar.

Al llegar a mi casa, pido mi coche para ir a por mi esposa.

Andres me tiende una taza de café y me la tomo, para poder aguantar despierto.

En cuanto sonrío, sé que el cabrón me ha puesto algo y, por un segundo, temo que uno de los traidores sea él.

* * *

Abro los ojos y trato de asimilar lo que ha pasado.

Entonces la veo.

Mirabella está dormida, con los pies encogidos, cerca de mi cama, para velar por mí. Algo se remueve en mi pecho y me duele respirar.

La observo descansar, con el pelo castaño cayendo sobre su camisón. Sus pechos se mueven al respirar. Grandes y firmes. Veo la cremosa piel de estos asomarse y me pregunto si es tan suave como parece.

Noto como mi polla da una sacudida y me incorporo agitado.

Mirabella me escucha y abre los ojos, aliviada.

—Eres un suicida.

—Sigo vivo.

—Tu hermano tuvo que obligarte a dormir.

Esa información me tranquiliza. Saber que Andres solo quería lo mejor para mí me ayuda a respirar mejor, porque su traición me dolería más que la de ninguno. Sobre todo, porque pienso en quién tendría más motivos para querer mi muerte y mi hermano sería uno de ellos. En un mundo justo, todo esto sería suyo.

—No puedes con todo esto si no te cuidas —me dice Mirabella.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Tres días..., pero tranquilo, creen que estamos follando como locos para celebrar la victoria. —Muerde su boca—. Se me da bien gemir de forma falsa. —Baja la mirada.

Se levanta y me da agua.

Nuestros dedos se tocan y el deseo explota de nuevo en mí.

Bebo agua mientras veo los rastros del cansancio en sus ojos.

—¿Llevas durmiendo en ese sofá todo este tiempo?

—No es tan incómodo como parece.

—Podrías haber vuelto a tu habitación.

—No quería ponerte en peligro ni violar tu espacio... —Muerde su boca y dejo el agua en la mesita.

Tiro de ella hacia la cama y cae sobre mi pecho.

No me muevo y ella tampoco. Nos miramos con intensidad mientras me aparto para dejarle sitio.

—La cama es grande. Duerme aquí.

Me vuelvo agitado.

Se tapa con las mantas y se coloca en el borde para no tocarme.

Lo mismo que hago yo, para no asustarla.

—¿Te molesta dormir conmigo? —pregunto.

—No. Confío en ti. ¿Por qué? No lo sé. No debería confiar en nadie y tú no deberías confiar en mí. —Se le rompe la voz.

Me giro y paso mi brazo por su cuerpo. Da un respingo, pero luego se acostumbra a mi contacto y dejo la mano posada en su estómago.

Mi cuerpo reacciona a ella. Tiemblo de deseo y de algo más.

La acerco más a mí y mi aliento acaricia su cuello. Huele a frutas. Le encanta la fruta. Acaricio su estómago y se le escapa un gemido que va directo a mi polla.

Joder..., la deseo. La deseo como no debería. Podría tocarla... y me dejaría, pero no estoy preparado para que la oscuridad empañe este momento.

Nunca ha dormido con nadie.

Nunca me he permitido el lujo de confiar en alguien lo suficiente para cerrar los ojos y descansar a su lado. Ella podría matarme, ser más letal que todas las cosas a las que me enfrento... Estoy bajando la guardia con la hija del enemigo.

Cierro los ojos y escucho sus sollozos amortiguados.

—Ya ha pasado todo —susurro y le beso con dulzura el cuello, lo que aumenta sus sollozos.

La acerco más a mí.

—No debería estar aquí —indica entre hipo y no le respondo, porque sé que bajar la guardia con ella puede acabar por matarme.

Ella nunca dejará de ser una Marchetti.

Ni yo su enemigo.

Capítulo 20



Mirabella

No tengo miedo. El alma no me pesa. Respiro sin que duela la vida. Estoy caliente y no tiemblo de frío. Me siento... protegida.

Cierro los ojos, no queriendo que esta sensación tan plena se evapore cuando el sueño se deshaga por completo.

Pero poco a poco estoy más despierta y espero que la paz se escape de mis dedos.

No es así. La sigo notando. Alguien me abraza... Salvatore.

Recuerdo todo, hasta mis lágrimas de dolor por no poder ser solo su esposa.

Muevo mi cuerpo y su mano se cierra más sobre mi estómago. Está bajo mi pecho y siento como los pezones se me ponen duros con solo imaginar sus dedos sobre ellos.

—Si te mueves más, notarás algo duro y no es mi pistola. —No puedo evitarlo y me río—. ¿Te hace gracia? —pregunta con un deje de humor que desconocía que tenía.

—Sí —admito. Me giro y lo miro: tiene los ojos medio cerrados y la barba incipiente. Está tan guapo que duele mirarlo—. ¿Puedo tocarte la mejilla?

—¿Por qué me pides permiso?

—Porque a mí nunca me pidieron permiso para tocarme y no quiero que una caricia se convierta en algo horrible.

Coge mi mano y la pone sobre su mejilla.

Noto la barba bajo mis dedos. Es suave y dura. Toco sus facciones como si estuviera privada de la vista y deseara memorizar cada ángulo.

—¿Te forzaron? —me pregunta tenso. Su bella mirada se torna oscura.

—No me violaron —le indico.

—¿Te forzaron? —me repite, esperando que no me haga la tonta. Se puede violar sin penetración. Lo sé bien.

—Era el juguete de mi padre. Solo sus amigos podían tocarme... y tenerme sobre ellos bailando.

—Joder... ¿Y si no lo hacías?

—Hacían daño a mi madre. Mi padre se dio cuenta de que quería morir tras las primeras palizas.

—Joder, Mirabella... —Entonces es él el que trata de acariciarme, pero se detiene a escasos centímetros—. ¿Puedo tocarte?

Su pregunta me hace llorar y asiento.

Me toca y limpia mis lágrimas. Su caricia es tierna y segura.

No dejo de tocarlo y él a mí tampoco.

—¿Bailarías un día para mí? —Abro los ojos y lo miro—. Para que olvides a esos cabrones.

—Podría intentarlo.

—Yo también quiero olvidar... —Duda, como si recordara que no pude mostrarme sus debilidades.

Sé lo que los mafiosos hacen a sus hijos. Sus ritos de iniciación para que se hagan hombres. Salvatore no tiene que decirme que lo violaron, ya lo sé.

Nos quedamos quietos, mirando al otro. Perdidos en el mundo que refleja cada mirada, donde hay demasiado dolor.

—Quiero una lista, Mirabella. Pienso matar a todos los que te tocaron.

—Ya has matado a dos... Vani y el marido de Lucrecia.

—Me queda menos. Juro que los mataré por ti.

—Entonces, tendrás que matar a mi padre. —Tiemblo de miedo y coge mi mano para llevarla a su pecho.

—Juro que lo mataré.

Quiero creerlo, porque si él muere y nosotros sobrevivimos, tal vez pueda ser libre. Libre de verdad.

—No rompas tu promesa —le pido, llena de odio e ira.

—No lo haré.

Sale de la cama y pienso en la lista de nombres que me ha pedido.

Algunos no los recuerdo, pero nunca olvido una cara. Pienso dar con todos y con cada uno de ellos, para que mi marido los mate en mi nombre.

Esos cabrones deben pagar por tocarme mientras yo lloraba de asco.

* * *

Bajo para entrenar, aunque no se me da muy bien.

No me gusta hacer esto y se nota.

Al acabar, me marchó para ver cómo puedo ayudar con las personas que han ido llegando al territorio de Salvatore.

Algunos han vuelto a sus casas, ahora que se ha restablecido el orden en el barrio de los Vani.

Gineva propone que vayamos a verlos con escolta.

Acepto, pero no estoy muy convencida. Esa zona era un campo de batalla hace nada.

Vamos por sitios que no están destruidos y evita el lugar donde su hermano casi muere.

Mejor, porque sentí mucho miedo esperando en esa cabaña, con Erminia, hasta que le informaron de que estaba vivo.

Nunca sentí más alegría en mi vida.

Regresé con ella e hice correr el rumor de que queríamos estar solos para recuperar los días perdidos.

En realidad, solo velé por sus sueños y sus pesadillas. En ellas hablaba de dolor, de gente que lo tocaba sin permiso...

Sé qué se siente. Nunca pensé encontrar a alguien que me entendiera sin necesidad de explicar todos los matices.

—¡Un cine antiguo! —Gineva se detiene y mira el edificio con carteles que anuncian películas clásicas.

Vamos hasta él. No hay nada, pero desde fuera se nota que fue construido hace muchos años.

—¡Qué lugar más especial! ¿Has ido alguna vez al cine?

—No.

—Tendremos que ir un día al de la ciudad. Estoy deseando enseñarte tantas cosas.

Coge mi brazo, emocionada.

Caminamos por las calles, hasta que un olor pestilente hace vomitar a Gineva.

Se queda pálida y me asusto por verla así.

Le traen agua y nos alejamos.

Renzo nos espera en un coche.

—¿Todo bien, Gineva?

—¿Piensas venir corriendo cada vez que me encuentre mal? —lo encara.

—Por supuesto. Además, estaba cerca. Te llevo a casa. ¿Vienes?

Asiento y entro en el vehículo.

Erminia se sube a otro que va detrás.

Renzo conduce hasta su casa. Gineva no tiene buena cara y Renzo la observa preocupado.

—Mejor déjame en mi barrio.

No quiero molestar a la pareja y está claro que Gineva no está para visitas.

Renzo me deja en la puerta de mi casa.

Me despido de ellos y los veo alejarse, pero no entro en la vivienda. Camino por la calle y entro en la frutería.

La dependienta me da a probar varias cosas y, como ha hecho otras veces, hará que lleguen a la casa principal.

La gente sigue su vida normal. No parece que hace apenas unos días estuviéramos en un clima de tensión constante.

Cuando regreso a casa, estoy cansada.

Me indican que la comida está lista.

Espero nerviosa a que mi marido venga a comer, pero no aparece. Tampoco para cenar y se instala en mi interior algo nuevo. Quería verlo y saber eso hace que me endurezca.

Es mejor seguir sin desear nada en esta vida, porque duele menos.

Es tarde cuando empiezo a hacer la lista de los hombres a los que mi padre me obligó a bailarles y que permitió que me tocaran mientras lo hacía.

Con cada nombre que apunto, siento dolor. Uno lacerado, de cada día que mi padre me llevaba al club y me hacía bailar para sus amigos. Dejaba que me tocaran y me obligaba a fingir orgasmos, para que ellos creyeran que sus horribles manos me habían satisfecho.

No fueron muchas veces, pero las pocas que fui, odié cada segundo de mi vida.

Todas ellas presenciadas por mi padre.

Este no me tocaba, porque siempre comentaba que tal vez no podría controlarse y su hija debía permanecer virgen...

Los odio a todos.

Noto las lágrimas caer sobre la hoja. Trato de limpiarlas, pero caen otras nuevas.

Me duele mucho. No puedo respirar. Me estoy ahogando.

Veo un abrecartas y lo cojo para perforarme la piel. Para que el dolor alivie otro mayor. Para no pensar mientras duele mi piel.

Pongo el abrecartas en mi palma y veo como corta mi piel.

La puerta se abre y lo dejo caer.

Salvatore se acerca y ve el papel manchado de sangre y de mis lágrimas. Toma mi mano y pasa los dedos por la herida.

Saca su navaja y se corta en la palma, en el mismo sitio que yo.

Junta las dos manos, mezclando nuestra sangre.

—Te juro por mi sangre que los mataré a todos, Mirabella.

La respiración se me agita y aumenta cuando toma mi palma lastimada y se la lleva a la boca.

Veó su lengua lamiendo y sanando mi herida.

Se me acelera la respiración y el dolor desaparece, sustituido por algo más denso, ardiente y primitivo.

Mi respiración se acelera y, cuando noto su lengua tocar mi piel, sé que quiero más.

Pasa los dedos por mis brazos, leyendo en mi piel cada leve cicatriz que me hice para aliviar el dolor.

Lleva mi mano a su brazo, donde hay varias marcas igual de finas y casi imperceptibles.

No necesita decir nada. Hablamos el mismo idioma ahora mismo.

La respiración se me acelera con sus caricias y veo como él tampoco es impasible a las mías.

Llevo mis manos a su cuello y toco su cara.

Me encanta perderme en los ángulos de su rostro y verme presa de su ardiente mirada. Me observa como si de verdad fuera hermosa, a pesar de mis heridas.

Es como si me viera de verdad, y yo a él.

Lleva sus manos a mi espalda y me acerca a él.

Poso mi mano en su pecho y, cuando acerca su boca a escasos centímetros de la mía, me quedo sin aliento, a la espera de un beso.

—Solo te voy a pedir permiso para besarte una vez...

—¿Porque no lo harás más?

—No. —Acaricia con los dedos el contorno de mis labios—. Porque espero que, si no quieres que te bese, te apartes. ¿Puedo besarte, Mirabella?

—Puedes —respondo. Aunque en el fondo de mi alma digo: hoy, mañana y siempre.

Cuando me doy cuenta de mis deseos, me asusto, hasta que siento su boca sobre la mía y sé que es cierto. Me pasaría toda la vida sintiendo esto.

«Madre mía..., ¿qué es esto? Es placer sin horror. Es deseo sin violación».

Se separa y me observa aturdido.

Está pensando lo mismo.

Los dos estamos tan rotos, que el sexo para nosotros nunca ha sido placentero. Lo veo en sus ojos. No hace falta que me lo confiese; que me diga que es la primera vez que siente esto. Lo sé. Lo veo.

Su mirada se hace más oscura antes de besarme de nuevo.

El beso ya no es tierno. Es ardiente.

Me besa sin saciarse de mí ni yo de él.

Acerco mi cuerpo y sus manos bajan por mi espalda.

Lo quiero en todas partes. Mi sexo late con fuerza. Noto ardor entre las piernas y, cuando su lengua me toca, gimo de puro placer.

Muerdo su boca y él gruñe.

Lo hago otra vez, hasta que coge mi cara entre sus manos y adentra más su lengua en mi interior.

Tiro de su pelo negro. No quiero dejar de besarlo. No quiero dejar de sentir esto. Ahora mismo es como si flotara. Nunca he sentido nada ni remotamente parecido y no hay dolor. Ni pasado oscuro. Solo está él.

«Salvatore..., mi salvador».

Cuando apoya su frente en la mía, ambos estamos jadeantes y su forma de mirarme humedece mis ojos. Acaricia mi mejilla con ternura.

—¿Puedes ser mi amigo? —Enseguida que lo digo, me siento tonta y me sonrojo por estúpida—. Olvida lo que he dicho... Eres mi esposo... No tenemos que ser amigos, pero nunca he tenido uno y...

Me besa con lentitud y eso me silencia.

—Puedo ser tu amigo además de tu marido, peque.

Que un hombre tan sexi te bese y te diga peque con tanta ternura hace estragos en tu cuerpo. Joder..., no sé qué siento, pero es como si acabara de bajar una montaña rusa sin frenos y, a pesar de eso, fuera feliz.

—Me tengo que marchar. —Coge la lista de nombres y se la guarda—. Nunca olvido las promesas.

Lo veo irse y me quedo aturdida.

No sé muy bien qué hacer con todo lo que siento y noto algo raro en la cara.

Busco el espejo y, al mirarme, veo que sonrío como una tonta. Palpo mi sonrisa, porque nunca me la he visto. Tengo miedo. Estoy aterrada y por eso abrazo mi cuerpo, temiendo que todo se desvanezca, como cada vez que mi padre destruyó mi vida de niña, cuando me hacía ser feliz para joderme luego más.

* * *

Padre:

Nos vemos esta noche en la cena.

Ponte guapa para tu padre.

El mensaje me trae de vuelta a la tierra y se me clava en el pecho.

Odio cómo me mira, sus caricias... Odio que sienta que tiene poder sobre mí.

Como siempre, mi padre ha destruido mi felicidad.

Capítulo 21



Salvatore

Mirabella está tensa desde que salimos de la casa.

Lleva un vestido negro, muy sencillo y recatado. Siento que es así por su padre.

Tengo clavados todos esos nombres de la lista en mi mente y pienso empezar mi cruzada en solitario, matándolos. A todos. Me da igual lo que pase después. Me da igual, porque esos cerdos la tocaron, la privaron de su decisión y la rompieron en cientos de pedazos.

—No te hará nada —le prometo.

—Lo sé, pero verlo me lo recuerda todo.

—¿Estaba ahí? —Mira hacia Andres, que conduce el coche.

—Yo soy una tumba —indica mi hermano, ante el silencio de Mirabella.

—Sí, siempre.

Veo el asco en sus ojos. Mi padre también estaba presente. Le gustaba ver como su hijo seguía sus pasos. Busco la mano de Mirabella y la aprieto.

—Tengo una sorpresa para luego. ¿Podrás soportar una cena horrible?

—Sí, cuanto mejor nos vea juntos, más le joderá.

—Entonces, que se atragante con la comida. —Sonríe y es un gesto precioso.

Joder, por su sonrisa quemaría este mundo, si hiciera falta.

Mi mirada va hasta su boca y recuerdo el beso.

Me han besado antes, pero siempre me dio asco, porque eran besos robados. O besos torpes de un niño que no deseaba ser quien estaban planeando para él.

Pero la boca de Mirabella era suave, dulce, y su sabor me volvió loco. No había dolor. Solo un denso y oscuro placer.

Nos miramos a los ojos y deseo besarla, perderme en ella... Deseo cosas que hace años repudié por el asco de mis recuerdos.

Pero con Mirabella es diferente.

Llegamos y salgo del coche para sostenerle la puerta.

Le tiendo mi brazo y lo acepta con una dulce sonrisa.

—Esto siempre me pareció ridículo —murmura—. Un lugar donde la gente hace tratos con los enemigos como si no desearan matarse los unos a los otros.

—Yo siempre lo he visto como una partida de ajedrez: cada uno en su casilla, a la espera de ver quién tiene agallas de hacer jaque mate al rey.

—¿Es lo que estáis haciendo?

—Ya era hora de que los reyes cayeran.

Entramos y el metre nos acompaña a una mesa al fondo del local.

No me pasa desapercibido cómo nos miran todos. He creado miedo en el lugar. Que los Vani cayeran hace que todos teman por sus vidas y veo como varios peces gordos, que viven en esta zona sin armas, se quedan lívidos por mi presencia.

Al fondo está uno de los hombres de la lista de Mirabella y, por cómo se tensa esta, sé que lo ha visto. Es un viejo verde que se aprovecha de las mujeres jóvenes. Se cree que, por estar en este lado, no le pasará nada. Cerdo.

Vamos hasta la mesa y, en cuanto Mirabella ve a su padre, se pone rígida.

Paso mi mano por su espalda y le murmuro al oído:

—Imagina las mil formas en las que le haré perder la vida...

—Sí.

Nos miramos a los ojos y de nuevo su boca me tienta.

Cuando observo a su padre, veo la rabia en sus ojos por la cercanía que tengo con su hija.

Es asqueroso que la mire así.

Me cuesta mucho calmarme y no matarlo aquí mismo. No lo hago, porque eso pondría en riesgo todos mis planes y me llevaría directo a la cárcel. Si alguien mata en este lugar, la justicia irá contra él. Para ser exactos, la justicia de fuera de este sitio, y esa es más complicada de aplacar. Solo por eso esta zona no es una carnicería.

Aparto la silla para que mi esposa se siente y me acomodo a su lado.

Su padre nos mira a uno y a otro mientras su mujer bebe la copa de vino como si fuera agua.

—Se os ve muy bien —comenta su padre, pasando los dedos por su vaso de *whisky*.

—Muy bien —indico—. Fue una suerte para mí que no te opusieras a que me casara con tu adorable hija.

—La suerte es mía. Así evito que nos mates a todos, como parece que planeas. —Se ríe.

—Nunca me importó matar a la familia —señalo con frialdad y Mirabella se tensa—. Pero, de momento, no tengo planes de matar a nadie más. Al menos, no esta noche.

—Entonces, podré disfrutar de esta cena y de tener a mi hija cerca de mí de nuevo.

«Cerdo. Lo odio. Contenerme me está constando horrores».

Siento la mano de Mirabella en mi pierna bajo la mesa. Es como si me pidiera que me calmara.

Me giro y le sonrío, lo que desata la ira de su padre.

Pedimos para cenar y nos sirven algo de entrante.

No pongo nada en el plato de mi esposa sin haberlo probado primero. No me fío de estos cabrones.

—A él no parece importarle que se muera su mujer —comenta la madre de Mirabella.

—A él no le ha tocado una piedra en su zapato. —Ella le da un pisotón y se marcha medio borracha a la puerta, para fumar—. Disfruta mientras puedas. —Observa el cuerpo de Mirabella con lascivia—. Pronto no será tan atractiva.

Le lanzo un cuchillo cerca de donde tiene su mano.
—Lo siento, ha salido disparado. Algo que volverá a pasar si insultas a mi esposa de nuevo.
—Dios me libre. Lo habrás entendido mal.
—Habrá sido eso.
Mirabella me golpea bajo la mesa.
Joder..., no me puedo controlar. Por eso, cuando su madre regresa, me marchó un momento para serenarme y así no matarlo con la navaja que llevo en el bolsillo.

Mirabella

Andres se coloca al fondo cuando Salvatore se marcha. Cuando le lanzó el cuchillo, creí que lo mataría. Mi padre también ha visto su amenaza.

—Quiero que lo enamores.
—No tengo por qué hacer nada. Él me protegerá...
—¿Y quién lo protegerá a él? —Mira a mi madre—. Tienes que enamorarlo, que te cuente todos sus secretos... O mandaré que lo maten y, créeme, puedo hacerlo.

Veo la verdad en sus ojos y sé que si no lo ha hecho ya es por algún motivo. Lo que desconozco es de cuál se trata.

Tengo que encontrar a su cómplice. Puede ser cualquiera.

Miro a Andres y odio desconfiar de él, pero en este mundo nada es lo que parece. Solo hay que ver que estamos cenando con el enemigo como si no deseáramos su muerte.

Todo tiene dos caras.

Salvatore regresa y lo hace justo cuando traen la pasta.

Prueba de nuevo todo antes de ponerlo en su plato. El gesto me conmueve, pero no dejo que nadie lo note.

Mi padre sonríe con suficiencia. Espera que delate a mi marido para salvarle la vida.

No comentamos nada el resto de la tensa cena y al acabar nos marchamos sin despedirnos.

Mi padre ha hecho el amago de acercarse, pero Salvatore ha mostrado su pistola, que lleva bajo la chaqueta, de forma sutil.

Mi padre no es tonto. Si lo necesita con vida para algo, no hará un falso movimiento.

Salimos del establecimiento y vamos hasta el coche.

Entramos y Salvatore cierra los ojos. Está tenso. Su cuerpo está rígido y veo sus puños apretados.

Tal vez le he cedido demasiado peso. Tal vez...

—Te retiro de tu promesa —indico con un hilo de voz.

—Es una promesa de sangre. La cumpliré hasta mi muerte.

—Es mi vida...

—Ahora eres mi esposa.

—En este lugar, ser esposa de alguien no te hace tener que lidiar con sus mierdas. Aquí solo se casan por un motivo.

—Entonces, ¿cuál fue el tuyo?

—Escapar —respondo, y no es del todo mentira—, pero no he podido.

—Quizás, porque estar a mi lado no te hace sentir que estás en una prisión. —No certifico lo obvio—. Voy a cumplir mi promesa y no es una carga. Es una certeza.

Miro hacia fuera, recordando las palabras mi padre. Tengo miedo de que, si le cuento la verdad a Salvatore, este acabe con él. Ya he escuchado que mi marido tiene instintos suicidas y hará todo solo. Más, si sabe que puede tener un traidor entre sus filas.

Debo encontrar al traidor.

Solo eso nos podría salvar a los dos.

Capítulo 22



Mirabella

El coche se detiene y salgo de mi ensoñación.

Reconozco el cine del otro día.

Salvatore sale y abre mi puerta.

—¿Y esto?

—Necesitamos distraernos y mi hermana me dijo que te gustó mucho este sitio. Además —mira hacia los carteles y leo lo que pone —, hoy ponen *El padrino*.

—De verdad, tu humor es lo que más me cuesta pillar de ti. ¿Distraerse viendo una película de mafiosos?

—Las otras eran peores y no ha dado tiempo a traer alguna diferente.

En realidad, me daría igual la película.

Entramos y veo que han limpiado esto. Incluso han hecho palomitas.

Uno de sus hombres nos tiende un paquete.

Entramos a la sala.

Todo esto me parece ridículo, pero a la vez me encanta ser parte de esta locura.

Vamos al final de la sala y, tras sentarnos, se apagan las luces y la película empieza.

Cojo palomitas, impactada por esta sensación; por toda esta novedad que vivo ya pasados los veinte.

La película empieza y, aunque no soy fan de lo que cuentan, me gusta sentir la mirada de Salvatore en cada una de mis emociones. Cuando lo miro, no oculta que sus ojos verde azulados no dejan de observarme y que ve la cinta en mi mirada.

—¿Por qué me miras?

—Es refrescante tu ilusión en este lugar tan gris. —Aparta un mechón de pelo de mi cara—. ¿Sabes otra cosa que se hace en el cine?

—¿Comer perritos calientes?

Tira de mí y me sienta sobre él. Acomodo mis manos en su torso.

—Besarse.

Como prometió, no me va a pedir permiso. Solo espera que siga aquí.

Nos besamos mientras escuchamos la película antigua de fondo.

Tiro de su pelo y él mete su mano entre mi cabello.

El beso es hambriento. Me devora. Bebe de mí. Nunca he tenido ante mí una tentación más grande. Lo quiero todo. Tocarle la cara no es suficiente y sus manos en mi cabeza tampoco lo son. Las quiero por todas partes, como estuvieron otras que me lastimaron.

—Baila para mí —me ruega con la voz ronca.

—¿Aquí?

—Te puedo jurar que nadie va a entrar si no quiere que lo mate.

—Te puedo jurar que no hay música.

—Seguro que la llevas dentro. Vi tus ojos cuando te hablé sobre la idea de bailarme. Te gusta. Más que pelear o luchar. De hecho, me han dicho que eres malísima defendiéndote, pero que tienes mucha agilidad.

—Bueno, al menos tengo algo bueno, pero dudo que pueda defenderme bailando.

—Baila, Mirabella —ordena, y me saca de mi zona de confort.

Tomo aire antes de dejar que la música que siempre suena en mi cabeza fluya por mis venas.

Me encanta bailar.

Cuando mi padre lo descubrió, hizo que me dieran clases. Yo pensaba que era un gesto bonito; algo raro en él. Tenía catorce años

cuando me enseñaron a bailar en la barra y a moverme de forma sugerente.

Entonces, me dijo que daría mi primera actuación.

Estaba tan nerviosa, como excitada, hasta que me llevó al club. Me enseñó la ropa que debía ponerme y para quién tenía que bailar medio desnuda.

Miro a Salvatore y me pierdo en sus ojos verde azulado.

No deja de observarme. En su mirada no veo depravación o maldad. Solo deseo. Un deseo que calienta mi piel. Un deseo puro, que yo siento de la misma forma.

Tiro de ese deseo para hacer mi música, para moverme para él.

Hay mucha distancia entre los butacones del final y los demás. Por eso, puedo moverme y usar el respaldo para contonearme y moverme de arriba abajo.

Pasa las manos por mi cuerpo mientras me muevo de manera sugerente y veo como sus ojos se oscurecen.

Lo miro agitada mientras alzo la pierna y giro varias veces.

Cuando me tiende la mano, la cojo y ando hasta él, para sentarme en su regazo de espaldas.

Bajo la cabeza y eso alza mi trasero.

No me toca, pero quiero que lo haga.

No lo hace mientras bailo y me muevo sobre él. Su cuerpo duro me excita. Jadeo sobre él, ansiando su boca por todas partes y sus manos acariciándome.

—Tócame —le pido agitada, cuando me vuelvo para mirarlo. Tiene la mandíbula tensa y sus manos en un puño.

No duda. Coge mi cara con sus manos y me besa con hambre. Devora mi boca, mientras la otra mano va hacia los contornos de mi cuerpo y me acerca más a él, mientras no dejo de restregarme sobre él.

Mete su mano bajo mi falda y la sube mientras me contoneo sobre su dura polla.

Jadeo en su boca cuando sus dedos van hasta el interior de mis muslos. Donde otras manos me tocaron...

—Mírame, Mirabella. —Lo observo agitada, sin comprender cómo puede leer mi alma con tanta facilidad—. Soy yo y te puedo jurar

que nunca nadie te va a volver a hacer pasar por ese infierno. Si lo hacen, los mataré de forma lenta y dolorosa.

Sujeta mi cara con su mano mientras la otra va ascendiendo por mis muslos. Cuando llega a mi sexo, pasa los dedos por mis bragas, notando la humedad que reside en ellas. Mueve los dedos de arriba abajo sobre la tela, haciendo que la fricción haga latir las paredes de mi sexo.

«¿Qué es esto? No se parece en nada a lo que sentí antes. Esto es placentero. Maravilloso... No quiero que se detenga y noto como mi sexo se moja todavía más».

—¿Te gusta? —Asiento, sujeta a su camisa negra.

Aparta la tela y mete los dedos dentro.

Jadeo al notar los dedos abrir mis pliegues y mojarlos con mis jugos para luego moverlos por todo mi sexo. Tiemblo en sus brazos, presa de esa densa nube de placer que hemos creado juntos. Mis pechos se mueven y los siento más sensibles que nunca.

Saca sus dedos y protesto.

Lleva la mano a mi boca.

—Pruébate —ordena y lo hago.

Lamo sus dedos y gruñe. Luego, acerca la boca y me prueba en mis labios.

Su mano regresa a mi sexo y tantea mi entrada hasta colarse dentro. Primero lo hace con un dedo y luego con el otro.

Los mete hasta el fondo y los saca.

Me retuerzo sobre su regazo.

Su boca vuelve a devorar la mía mientras me folla con los dedos.

Noto algo cálido anidarse en mi sexo. Algo liberador. Me muevo buscando ese alivio, mientras noto su dura polla frotarse contra mi trasero.

Paso mis dedos por su cuello hasta su pelo. Estoy ardiendo. Siento que debo ir hacia alguna parte, pero no sé dónde.

Muerde mi boca y yo la suya.

Pasa el pulgar por mi clítoris y lo frota, haciendo que el orgasmo se anide en mi sexo.

—Salvatore..., yo...

—Déjate ir. Solo déjate ir.

Lo miro mientras aumenta las embestidas y entra más fuerte en mi interior, al tiempo que frota mi clítoris. No deja de hacerlo hasta que me corro con fuerza y de mi boca se escapa un grito de puro éxtasis.

«Madre mía... ¿Que ha sido esto?».

Al acabar, caigo sobre su pecho y me acurruco.

Me abraza con fuerza mientras trato de que mi cuerpo se recupere. Ha sido increíble, mágico y maravilloso.

Tomo aire. Su perfume se adentra en mi piel. Sus caricias calman mis heridas. Su calor aparta el frío de mi pecho.

No quiero perder esto.

Me siento protegida como nunca.

No quiero que nada estropee esto. ¿Será posible que, por una vez, nadie empañe mi felicidad?

Capítulo 23



Salvatore

Estoy temblando de deseo por esta mujer que descansa sobre mi regazo.

Nunca he sentido esto.

Nunca me he perdido en el cuerpo de una mujer sin miedo. Sin recuerdos y sin un pasado que no me dejara disfrutar del deseo, del placer de acariciar un cuerpo femenino no por obligación. Su cuerpo me tienta, su baile me ha excitado y he odiado imaginarla bailando así para los horribles amigos de su padre.

Ella es mía y eso se acabó.

Alza la cabeza y sus ojos azules me miran con algo parecido a la felicidad.

—Quiero hacer algo por ti —dice y lleva la mano a mi cinturón. La detengo—. Por favor. —Me cuesta mucho negarme.

Tiene los labios rojos por mis besos, el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas por el placer. Está preciosa y deseable como nunca.

Aparto la mano y tira de mi cinturón. Abre los botones hasta bajar la cremallera.

La observo para comprobar que no lo hace por obligación. Que la mueve el deseo.

Mete la mano dentro de mi bóxer negro y libera mi polla.

Jadea de placer y estoy perdido.

Esta mujer me va a matar.

Pasa la mano por mi polla de arriba abajo. Sabe lo que hace y me duele deducir cómo aprendió.

—Si dudas sobre a quién tienes entre tus manos, mírame a los ojos.

—No lo dudo ni con los ojos cerrados. —Busca mi mirada—. Te siento como nunca he sentido a nadie —admite y eso es de valientes. Esta mujer es una luchadora, aunque pelear se le dé de pena.

Es una guerrera.

Es mi guerrera.

Cojo su cara entre mis manos y la beso mientras noto sus manos en mi miembro, con la presión justa.

Yo también la siento, a pesar de cerrar los ojos. Cuando ella me toca, no hay dolor. No hay asco ni miedo. Cuando Mirabella me toca, solo soy yo, con todo lo que ella me hace sentir.

Sube y baja las manos. Gimo en su boca.

Cuando se separa, se arrodilla a mis pies.

—No tienes que hacerlo —le digo cuando acerca sus labios a mi miembro.

—Quiero hacerlo.

Pongo mi mano en su cabeza y la guío mientras su boca devora mi pene y se lo mete poco a poco en su interior. Está muy caliente y, cuando me succiona, maldigo en todos los idiomas que sé.

Sonríe y lo hace otra vez. Sube y baja, disfrutando de mi pene.

Yo estoy ahora mismo perdido en todo esto que siento. En el placer que nunca antes he experimentado. En ella. En sus ruidos, en sus ojos nublados por la pasión. Le excita comerme la polla y a mi verla de rodillas, dándome placer.

Tiro de su camisa hasta que los botones se abren y veo su sujetador. Sus pezones están rosados y duros bajo el sostén.

Lame mi miembro antes de metérselo de nuevo en la boca.

Tiro de su sujetador hacia abajo y sus tetas rebotan mientras me devora.

—Tócate, Mirabella. Córrete mientras me la comes.

Lleva las manos a sus pechos y la veo tocarse. Tira de sus duros pezones mientras se mete toda mi polla en la boca.

«Madre de mi vida...».

Cierro los ojos y tiro de su pelo, preso de todo lo que siento.

Cuando los abro, se está subiendo el vestido para llevar la mano a su sexo.

Veo como la mete dentro de sus bragas y como gime de placer al tocarse.

«Madre mía, voy a correrme».

—¿Estás muy mojada?

Saca los dedos y los lleva a mi boca.

Los devoro y luego tiro de ella para besarla.

Pruebo mi sabor y el suyo en su boca.

Joder..., estoy perdido en ella.

Cuando se separa, estoy jadeante. Se arrodilla de nuevo y se mete la polla con fuerza en la boca. Succiona y veo como mete un par de dedos en su sexo. Gime contra mi miembro mientras nos da placer a los dos.

Veo como saca y mete los dedos, llenos de sus jugos, y como la tela de su ropa interior hace fricción en su clítoris.

Pongo las manos en su cabeza y aumenta las embestidas. Cuanto más cerca estoy del orgasmo, más lo está ella.

—Córrete.

Mueve los dedos con más rapidez, hasta que se corre con fuerza.

Muerde un poco mi polla y sentir sus dientes me excita. Luego, no deja de bajar y subir su cabeza hasta que me corro en su garganta.

«Joder...».

Me quedo quieto.

El orgasmo me ha dejado paralizado. Nunca en mi vida había sentido nada así. Me quedo tan aturdido, que me invade el miedo de que, si pasara algo en este instante, no podría protegerla.

Tiro de ella hasta acercarla a mi pecho y de nuevo se acurruca contra mí.

Escondo mi cabeza en su cuello y nos abrazamos mutuamente.

—¿Te he forzado a algo? —le pregunto.

—No... ¿Y yo a ti?

—No. —Cojo su cara entre mis manos y la beso con dulzura—. No importa el pasado cuando estoy contigo. Lo haces desaparecer. —

Sonríe y me besa.

Sé, sin necesidad de que me lo confirme, que ella siente lo mismo.

Lo que siento por ella se escapa de mis manos. Me aterra que mi instinto me esté traicionando y que no sea de fiar. Me aterra que me traicione, porque le estoy entregando todo lo bueno que queda en mí.

Capítulo 24



Mirabella

Subimos a la azotea del cine, porque al salir de la sala la he visto y he ido hacia ella de forma mecánica.

Salvatore me ha seguido.

En ella hay un cartel antiguo de cine medio roto. Me acerca al borde y me siento segura, aunque este lugar esté lleno de bandas, mafiosos y hombres que quieren siempre más de lo que tienen.

Salvatore se pone tras de mí y me abraza.

Su abrazo siempre es protector. Es como si quisiera fundirme con él para que nada malo me pasara. Podría llegar a amarlo. Lo sé. Pero la traición que debo llevar a cabo para protegerlo nos separará.

Cuando se entere Salvatore, me matará. Es lo que hace con los traidores.

Tal vez por eso lo abrazo con más fuerza y disfruto de la noche.

Lo que ha pasado en el cine ha sido increíble. Poder hacer algo porque lo deseo y no por obligación o miedo me ha hecho ver todo lo relacionado con el sexo de forma diferente.

Voy a decir algo cuando vemos unos fogonazos en la frontera de los Vani.

Salvatore se tensa y dice que bajemos.

Va hasta Andres y le comenta lo que hemos visto.

De la nada salen varios hombres suyos que estaban ocultos.

—Llévala a casa. Voy a ver qué pasa.

—Debería ir yo a verlo y tú a casa... —le indica su hermano.

—No, esta gente necesita mano dura. —La mirada de Salvatore se oscurece—. Tienen que saber quién está al mando ahora.

Su mirada se suaviza un poco al observarme.

—Estaré bien.

—Mejor, porque si no, te remataré yo misma por dejarme tirada.

Sonríe y lo veo perderse entre las sombras con sus hombres, como si nunca hubiera estado aquí.

Siento el miedo apoderarse de mi pecho.

Llevo su chaqueta, que me puso antes de salir del cine, y cuando tomo aire su perfume se cuele en mi cuerpo.

No quiero que le pase nada malo.

Odio no poder controlar todo lo que nos rodea. Tener miedo por otra persona que no eres tú misma. Hasta ahora nadie me había importado como lo hace Salvatore y me aterra que le pueda pasar algo. Me hace sentir débil tener estas emociones nuevas.

Andres me sujeta la puerta y entra al coche.

Está tenso. También está preocupado por su hermano.

—¿Era así antes de esa misión? —Me mira por el espejo retrovisor y mide qué decirme—. He escuchado cosas en la casa. Sobre que antes no era tan solitario.

—Ni suicida... Ha cambiado. Ahora le aterra perder a gente que está a su cargo. Por eso hace casi todo solo. Hasta que lo maten.

—Eso dice la gente y por esa razón lo ponen en peligro. Saben que es así de loco.

—No, si los que lo quieren matarlo no lo saben. —Me tenso por cómo me mira—. Has llegado a su vida en un buen momento. No lo traiciones o te matará.

Que me diga esto me hace descartarlo como traidor. Si trabajara para mi padre, no me advertiría. Claro que mi padre sabe que no le tengo miedo a la muerte... Joder, no puedo descartar a nadie y duele vivir con esta tensión.

—Lo sé.

Miro hacia la noche mientras me lleva de vuelta a la casa.

Aparca en la puerta y hay varios hombres que me escoltarán hasta dentro, cuidando de mi seguridad.

Abren la puerta y salgo con la cabeza alta, preguntándome cuál de ellos es el traidor.

Al entrar en la vivienda, voy a la cocina a por algo de comer.

Antes de llegar, escucho unas voces susurradas y cuando entro, veo a Erminia sobre la mesa de la cocina, con Umberto entrando y saliendo de ella con fuerza.

Los ojos de esta se encuentran conmigo cuando cierro la puerta para ir a mi dormitorio.

Me alcanza a medio subir las escaleras.

Entro en la habitación de mi marido y me sigue dentro, como esperaba.

—No voy a decir nada —le digo antes de que abra la boca—. Pero tú sí deberías. Andres es un buen hombre.

—¿Te crees que no lo sé? —Rompe a llorar y esto me pilla por sorpresa. Parece desolada—. Cuando has tenido una vida de mierda, conocer a alguien tan bueno y fiel como él te hace confundir las cosas. Quería amarlo. Quería desearlo..., porque me merecía algo bueno en la vida. Pero no lo deseo. No me quema la piel cuando me toca o cuando estamos en la cama, no soy parte de él. —Llora de forma desconsolada.

—Te entiendo, pero tienes que dejarlo libre, aunque le duela.

—Lo haré y gracias por escucharme.

—De nada.

Se marcha y me quedo triste, porque Andres me parece un buen tipo. No se merece esta traición.

Entro en la cama, tras darme una ducha, y me acomodo entre las almohadas del lado de Salvatore, para que me aparte de ellas al llegar y pueda sentirlo en sueños.

Yo también soy como Erminia: estoy traicionando a Salvatore al no contarle lo que quiere mi padre.

Me hago un ovillo para poder dormir.

Estoy medio dormida cuando lo siento entrar en la cama y abrazarme.

Ha regresado.

Siento paz y miedo a la vez.

Si encuentro al traidor, quizás pueda tenerlo todo en la vida.

Capítulo 25



Mirabella

—Tu marido ha creado una nueva sala de entrenamiento para ti.

Sigo a Marta por la casa, extrañada de que no bajemos al sótano.

Erminia no se sentía cómoda a mi lado. Creo que es porque teme que la traicione.

Por lo que sé, Andres no sabe todavía nada.

Marta vino al día siguiente a hacerse cargo de mi seguridad.

Si soy sincera, lo prefiero, porque me agobiaba estar cerca de Erminia sabiendo que está traicionando a mi cuñado.

Ha pasado una semana desde que fui al cine con Salvatore.

Este ha estado muy liado, aunque cada noche regresa a la cama. Tarde, pero me abraza en cuanto está a mi lado.

No nos hemos visto ni hemos hablado. Hay revueltas en varios puntos y tiene que ir a la ciudad por negocios.

Estoy deseando salir de este lugar, ir a la ciudad y hacer algo nuevo para mí.

Abre una puerta y enciende las luces.

Me quedo sin palabras al ver que han habilitado uno de los salones de la planta de abajo como si fuera una sala de baile. Con espejos y agarres. También tiene un equipo de música y altavoces.

—Pero esto no me hará más fuerte...

—Sí, lo hará —dice Marta con una sonrisa—. Pero de otra forma. Aun así, vamos a seguir afinando tu puntería. Ahora..., disfruta.

Se sienta tras cerrar la puerta.

Voy hasta el equipo de música y saco mi móvil para conectarlo. Tengo una lista de reproducción favorita, con canciones que he ido descubriendo desde que llegué aquí.

La música suena, tomo aire antes de dejarme llevar y bailo.

Me muevo por la sala libre, sin miedo. Sin miradas indiscretas. Sin nadie que, en vez de observar mi arte, vea solo mi cuerpo.

Aquí solo soy yo con Marta.

Giro de un lado a otro hasta que veo a Gineva entrar y sentarse al lado de Marta. Me saluda con la mano.

Hoy tiene mejor cara. Se rumorea que sus desmayos y vómitos son porque está esperando el primer hijo de Renzo.

Yo también lo creo, pero no pienso presionarla para que me diga la verdad.

Es su momento. Cuando esté lista, nos lo contará.

Al acabar, estoy jadeante, pero quiero otra canción antes de irme.

Cuando me vuelvo, hay una mujer que toma notas y me observa mientras bailo.

No la he visto antes por aquí.

Cuando me detengo, se me acerca.

—Hay potencial en ti, pero necesitas entrenar si quieres llegar a algo en esta profesión.

—No sé de qué habla.

—Soy Ligia, tu nueva profesora de baile, y espero que lo aproveches, porque me estoy jugando el tipo al venir hasta aquí.

La miro sin entender qué pasa.

Todo esto parece sacado de la vida de otra persona. No parece mi vida. Yo no tengo sueños, yo no tengo esperanza. Yo acabaré muerta a manos de mi marido o de mi padre.

—Gracias.

Empiezo a irme.

—Mañana aquí a primera hora —me indica, y solo le digo que vale.

Subo para darme una larga ducha.

Cuando salgo, Gineva está leyendo en su *ebook*, sentada en el sofá.

—¿No te ha hecho feliz todo eso? —Deja el lector en su regazo.

—Mucho, es solo que... ¿por qué jugar a ser algo más que lo que somos? Nunca podré ser bailarina. Nunca.

—¿Era tu sueño?

—No puedo tener sueños. Todos acaban mal.

—Antes no eras una de los nuestros. Y ahora, vamos, que se nos acumula el trabajo.

Guarda el lector en una funda y termino de arreglarme para seguirla.

Recorremos varias tiendas y entramos en el colegio a la hora del almuerzo, para ver a los niños jugar.

Gineva se lleva la mano al estómago.

—Yo sueño con que mi futuro hijo sea feliz. —Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿De cuánto estas?

—De un mes, y Renzo me quiere encerrar en casa. —Está enamorada de su marido—. Tienes miedo. Yo también lo tengo, pero no pienso dejar de soñar. A veces solo nos queda eso y, mientras soñamos, somos felices. Así que baila como si un día fueras a actuar en Broadway.

En verdad, tiene razón.

Seguimos con la ruta y vamos a comer a un pequeño restaurante que ofrece comidas caseras.

Nos sirven una deliciosa comida y disfruto de este instante con algo parecido a una amiga.

Al llegar a casa, me empiezo a preparar para la fiesta.

Estoy muy nerviosa.

Me estoy cambiando en mi cuarto, para dejar espacio a Salvatore y porque quiero que me vea ya lista. Ha venido una peluquera y maquilladora y me ha peinado el cabello en ondas al agua, a un lado. Llevo los labios rojos y los ojos con un *eyeliner* negro. Mi vestido es de terciopelo rojo. Con cuello de barco y media manga. No tiene adornos, pero al mirarme en el espejo, me gusta mucho lo que veo. He cogido peso y ya no soy solo huesos. La mujer del espejo tiene algo que no tenía antes y quizás sea la esperanza de que haya una salida.

La mujer del espejo está aterrada, porque está soñando.
Cojo el bolso y salgo del dormitorio.
Erminia me anuncia que Salvatore me espera al pie de la escalera.
Al llegar, lo veo vestido de forma impecable, con un esmoquin. Es raro verlo con algo blanco. Siempre va de negro.
Alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran.
Lo veo contener el aliento mientras repasa mi cuerpo de arriba abajo.
Empiezo a descender los escalones sin dejar de mirarlo. La respiración se me acelera. Los nervios cada vez son más intensos en mi estómago y su forma de mirarme me calienta la sangre. Ardo por este hombre tan apuesto que ha hecho suya mi alma, aunque aún no tengo claro si un día será por amor.
Salvatore es mi tentación a un mundo mejor. A un paraíso.
Me tiende una mano y la cojo antes de terminar de bajar. Aprieta mis dedos y me da seguridad.
—Voy a ser el más envidiado de la noche.
—Puedo decir lo mismo.
Saca de su bolsillo una cadena de diamantes, que pone en mi cuello.
Lo acaricia y deja ahí sus dedos. Cuando nos miramos, la promesa de cientos de besos me hace temblar. Quiero su boca. Anhele su cuerpo. Necesito su calor.
Ardo por él en una hoguera sin fuego.
Vamos hasta el coche y, de camino a la ciudad, no podemos dejar de mirarnos. No decimos nada, como si temiéramos no llegar a la fiesta si tan solo nos pidiéramos un simple beso.
Al llegar, sale y me sujeta la puerta.
Vamos hasta las puertas de un edificio enorme.
Miro hacia arriba. Es tan grande. Tan alto. Miro a mi alrededor y tomo aire. Cierro los ojos y escucho los ruidos de los coches, la gente riendo... Es otro mundo, a escasos kilómetros del mío.
Cuando abro los ojos, Salvatore me observa fijamente.
—Podemos dar una vuelta con la limusina luego.
—Podemos, claro.
Cojo su mano y vamos hasta dentro.

Subimos hasta el último piso, derechos a la fiesta.

Nos presentan como el señor y la señora Giordano.

Veo la envidia de las mujeres porque Salvatore sea mío. Lo observan como, si a pesar de eso, él pudiera ser de ellas.

Los hombres me miran con disimulo, pero hay deseo en sus ojos.

Es raro saber que, a pesar de eso, nadie me obligará a bailar para ellos ni dejarán que me toquen...

Este es otro mundo.

Uno nuevo.

Camino hasta la cristalera y miro las luces de la gran ciudad. Parece que estamos volando. Hay música de fondo, pero yo escucho una diferente en mi cabeza. Una que habla de mundos nuevos y luces que parecen un manto de estrellas.

Salvatore se pone a mi lado.

—Ten, lo he probado todo. —Me tiende una bandeja con comida y algo de beber.

—¿Tan poco nos fiamos de esta gente?

—Entre esta gente hay personas peligrosas, que estar aquí no te engañe. —Observo mi alrededor de otra forma—. Saber eso no debería estropearte la noche. Yo te cuidaré.

—Lo sé.

Cojo una copa para beber y pico algo.

Un camarero se nos acerca y se lleva la bandeja cuando no quiero más.

Vamos a hablar con varias personas y, cuando charlan de viajes, me quedo atrás. No he viajado. Nunca he montado en avión. Esta es mi primera salida lejos de esos muros.

Salvo cuando me escapaba...

—Bailemos. —Salvatore deja la conversación a medias para tirar de mí hacia la pista—. ¿Qué te pasa?

—Que soñar es peligroso. —Pongo mi mano en su hombro y otra en su mano.

—¿Por qué, pequeña?

—Porque quiero viajar y comer distintas cosas. Disfrutar... Quiero bailar. Quiero bailar hasta cansarme...

—Intuyo que te ha gustado mi regalo.

—Sí, pero eso no me salvará la vida. No podré ser como Gineva.
«Y matar a mi padre...», pero eso no se lo digo.

—No deseo que seas como ella y eso te puede salvar la vida, si consigo que sonrías.

No digo nada. No puedo. Este hombre es todo lo que soñé, aun sin buscarlo.

Pienso en lo que dijo Erminia, de que se creía enamorada de Andres porque nunca había conocido a alguien así. ¿Me estará pasando lo mismo con Salvatore?

—¿En qué piensas? —me pregunta mientras giramos por la pista, cerca de varias personas perdidas en sus propios bailes.

—En que si somos así por ser marido y mujer, o porque entre los dos hay algo más fuerte que nos hace especiales —comento tan flojo que espero que no me haya escuchado.

—Sabía que tendría que casarme tarde o temprano, pero no lo hice para cuidar a mi esposa. Ni para desearla, ni para sentir que ella me entiende. Me casé porque era lo que se esperaba de mí. El resto ha llegado sin avisar.

Lo miro, perdida en sus ojos claros. Parecen un lago en el que me encanta perderme una y otra vez.

No sé si se puede, pero me alzo a besarlo. Necesito besarlo y sentir su boca contra la mía.

Se aparta cuando el beso se nos empieza a ir de las manos.

—Luego... —susurra en mi oído y me deja junto a un grupo de mujeres mientras va a hablar con un hombre que le estaba haciendo señas, impaciente, desde hace un rato, cerca de la pista de baile.

Lo veo marcharse y me quedo hablando con ellas.

Miro la comida con hambre, pero no como nada por miedo.

Al final, Salvatore me ha pegado sus miedos.

No para de buscarme con la mirada y eso me calienta.

Yo también lo observo mientras hablo con las mujeres y es raro esto de coquetear con alguien. De sentir como la forma de mirarte te calienta la piel desde la distancia.

Hablo con varias mujeres que son más mayores que yo y más de una devora a mi marido con descaró. Este solo tiene ojos para mí y eso les molesta.

Al acabar la conversación, Salvatore viene hacia mí y nos despedimos de la gente.

Vamos hasta el coche casi corriendo.

—¿Nos sigue alguien?

—No —dice tenso.

Nos abren la puerta de la limusina que ya nos espera.

Seguro que tenía gente infiltrada en la fiesta, por nuestra seguridad, y sabían que salíamos ya.

Entramos en el vehículo tras decirle al chófer que dé vueltas por la ciudad.

Este no puede vernos por el cristal que hay en medio, lo que nos permite cierta intimidad.

Voy a decir algo cuando Salvatore, tras quitarse la chaqueta y desabrocharse la pajarita, me besa. No dejamos de besarnos hasta que tenemos que separarnos para coger aire.

—Empiezo a entender la urgencia.

Baja los besos por mi cuello y echo la cabeza hacia atrás para que tenga mejor acceso.

Tira de mi vestido para liberar mis senos. Los toca sobre el sujetador y eso me hace gemir. Noto como mi sexo vibra de puro deseo y como mi ropa interior se moja solo por esto. Lo deseo tanto que me duelen las paredes internas de mi sexo. Lo necesito dentro de mí para aliviar este dolor.

Tira del cierre delantero y mis senos se liberan. Se lleva uno de ellos a la boca y luego el otro.

Casi me corro con solo sentir su boca sobre mis senos. Los succiona, los lame y los devora.

Joder..., siento como si tuviera fiebre y viviera en mitad de una neblina.

Tiro de su pelo y me remuevo en el asiento de cuero.

—No es lo único que quiero probar esta noche. —Se arrodilla a mis pies y sube mi falda, hasta que la ropa interior queda a la vista —. Me encanta ver lo mojada que estás.

Pasa los dedos por mi sexo, cubierto por la fina capa de ropa interior.

Tira de mis bragas de encaje hasta romperlas y deja mi sexo desnudo a la vista. Me han mirado muchos hombres, pero ninguno como lo hace él. Abre mis pliegues y observa mi sexo desnudo. Veo el hambre voraz de su mirada mientras me toca.

Mete los dedos dentro y tensa la mandíbula.

—Estás tan apretada... Joder, quiero estar dentro, pero no aquí. No en este lugar. —Mete otro dedo, más hondo—. ¿Quieres tenerme dentro, pequeña?

—Sí, te necesito dentro...

Sonríe de medio lado mientras saca y mete sus dedos hasta que casi me corro.

—Me muero por probarte. Lo he dejado en su punto. —Joder, si dice esas cosas, me voy a correr con solo escuchar sus guarras palabras—. ¿Quieres que te coma el coño?

—Sí —respondo sin dudar.

Su mirada se agudiza y tira de mi trasero para ponerme al borde del asiento. Entonces, acerca la cara a mi sexo. Su aliento es lo primero que noto antes de sentir su lengua caliente recorrerme el sexo de arriba abajo.

Doy un pequeño bote por la explosión de placer.

Lo hace de nuevo, pero esta vez abre mi sexo para devorarme por completo.

«Madre mía... ¿Qué es esto?».

Cuando solo has conocido dolor, una luz en medio de la oscuridad es como agua en medio del desierto. Algo que parece un espejismo, pero que es real.

Tiro de su pelo mientras su boca me devora, sin dejar nada por explorar.

Se alza para besarme y pruebo mi sabor en su boca.

Lamo sus labios, degustando mi esencia, y gruñe por lo mucho que le pone esto. Mete los dedos en mi sexo con fuerza. Los saca y los mete una y otra vez mientras devora mi boca.

—¿Te gusta probarte?

—Sí.

—¿Te gusta tener mi lengua en tu coño?

—Me encanta.

—¿Más duro?

—Por favor.

Su beso se torna más salvaje mientras los dedos entran y salen con energía. Más duro, más fuerte, más ardiente... Separa su boca jadeante y va hasta mis pechos. Los chupa y los lame antes de metérselos en la boca y devorarlos. Tira de ellos con los dientes mientras los dedos no dejan de moverse.

—Joder, no sabes cómo me pone tenerte así, medio vestida y tan cachonda. —Pellizca mi pezón—. Eres jodidamente preciosa.

Tiro de su camisa y busco su boca.

Nos besamos y mete uno de sus dedos en mi boca. Lo chupo sin dejar de mirarlo.

Gruñe y baja la cabeza a mis muslos. Lame el interior de estos antes de ir de nuevo a mi sexo.

El coche circula por la ciudad sin que nosotros contemplemos el bello paisaje.

No pueden vernos, pero nosotros sí a ellos y no me importa. No me importa que vean como deseo a mi marido.

Lleva las manos a mis glúteos y me abre para acercar más la boca. Devora mi sexo con maestría, bebiendo de mi cuerpo. Pasa la lengua en círculos por mi clítoris mientras sus dedos entran de nuevo en mi sexo y se meten todo lo que pueden. Entran y salen de mí con ímpetu mientras la lengua no me da tregua.

—Salva...

—¿Quieres correrte en mi boca?

—Sí...

—Ruégamelo. —Saca los dedos y los mete con lentitud—. Pídemelo por favor.

—Por favor... Por favor, Salva...

Sonríe de medio lado y luego va hasta mi sexo.

Su lengua no me da tregua y se mueve sobre mi clítoris con destreza mientras los dedos no me dan tregua. Noto como el orgasmo se anida en mi sexo. Tiro de su pelo y acerco más su cara a mi sexo.

«No puedo más... Joder... Es muy bueno...».

Me corro con fuerza en su boca y no deja de lamerme hasta que me vuelvo a correr.

Se aparta y saca su polla, dura y mojada por su excitación.

La toco mientras se hace una paja.

No deja de tocarse hasta que se corre sobre mi sexo. Sentir su semen caliente casi hace que me corra de nuevo.

Muerdo mi boca de placer. Apoya su frente en la mía y nos quedamos quietos, y jadeantes.

«Joder..., cada vez es mejor todo con él».

Saca toallas y agua de un pequeño mueble y me limpia con cariño y mimo. Luego, arregla mi ropa y me da su chaqueta para que me la ponga.

Me quedo tumbada en el asiento, medio dormida.

Sonríe al mirarme hasta que interrumpen nuestro pequeño paraíso.

—Jefe, nos llevan siguiendo un rato. ¿Qué hago?

—Mierda... —dice tras dar a un botón—. No van a parar. Quieren darnos un aviso. Vamos a por ellos. Ya sabes por dónde tienes que tirar.

—Perfecto.

Me mira y ya no hay nada dulce en él. Su gesto es mortal y su mirada solo destila muerte.

Capítulo 26



Mirabella

Salvatore me ata con varios cinturones al coche. Los revisa bien para que no salga despedida.

Mira tras nosotros, al coche que se acerca. Luego, va hasta su asiento e indica que estamos listos.

Van a parar en seco para que choquen y salir a por ellos a continuación.

Coge mi mano entre las suyas y cierro los ojos.

—Todo irá bien.

—Lo sé... —miento, porque ahora mismo estoy aterrada.

En mi cabeza suena una canción que no quiero que se convierta en una balada triste.

—¡Ya! —grita el conductor y el coche para en seco.

Salvatore me lleva hasta su pecho y me abraza con fuerza mientras los cinturones nos sujetan al asiento. Lo hace para evitar que mi cabeza dé un latigazo.

Cuando el vehículo se detiene del todo, nos suelta y pone en mi mano una pistola.

—No salgas del coche bajo ningún concepto. Es una orden. Ahora vuelvo.

Coge la pistola y, tras mirarme una última vez, se va y cierra la puerta.

Escucho los tiros de fondo y miro por la ventanilla trasera.

Algunos disparos dan en el coche, pero es blindado y no hacen nada.

Veo a Salvatore ir a por ellos y dispararles sin pensarlo dos veces. Es letal y rápido.

Llegan más coches.

Salvatore alza la pistola para disparar, pero la baja. Con seguridad, al comprobar que son sus hombres, porque salen y van hasta los que iban tras nosotros.

Han atrapado a uno vivo y seguro que le sacarán información.

Salvatore mira hacia el cristal donde sabe que estoy y hace señas para que prosiga el chófer la marcha.

Al poco, el coche se pone en movimiento y salimos de este lugar, dejando a Salvatore solo con sus hombres.

Siento algo pesado en el pecho. Algo oscuro. Miedo. Estoy aterrada.

No recuerdo cómo se respira. No recuerdo cómo se coge aire.

Llevo la mano a mis muslos y clavo mis uñas en la piel. El dolor hace que deje de pensar en el miedo a perder a Salvatore y, poco a poco, recupero el ritmo de respiración normal.

Al llegar a la casa, entro en el cuarto de baño y me doy una larga ducha.

Sigo nerviosa y no puedo dormir. Por eso, me visto y me marchó a mi sala de baile. Me pongo los cascos inalámbricos para no molestar a nadie y doy al *play*.

El baile y la música hacen que deje de doler todo.

Salvatore

Uso todos mis métodos hasta que el superviviente que nos seguía habla y nos cuenta que los Abatio quieren ir contra nosotros, para que no consigamos éxito en la ciudad.

Tener éxito en la ciudad supone más dinero para armas y hombres para la lucha.

Los Abatio están asustados, porque saben que son los siguientes.
—Tenemos que dar muy bien nuestros siguientes pasos —indica mi cuñado.

—No podemos esperar para ir a por los Abatio.

—No podemos hacerlo sin tener un plan. Sé que quieres acabar con el padre de Mirabella..., pero no estás solo en esto.

Le conté a Renzo más o menos todo sobre lo de mi venganza.

—Bien, pero no pienso esperar eternamente.

Asiente y nos vamos fuera de los calabozos.

—¿Cómo está Mirabella?

—Jodida, pero supongo que como todos por este lugar.

—Gineva quiere decirle la verdad.

—A su debido tiempo. ¿No dices tú que me tome tiempo para hacer las cosas bien? Pues esto es lo mismo. Tengo mis razones para esperar.

—¿Crees que ella puede traicionarnos?

—Con sinceridad, sí. —Me duele reconocerlo y más por todo lo compartido y lo que siento por esa mujer—. Pero espero estar equivocado.

—Juraste protegerla, no lo olvides —me dice frío y calculador.

—Lo sé. Si me traiciona, tal vez yo traicione mi promesa. —Se tensa.

—Si la matas por traidora, Gineva no te lo perdonará en la vida.

—Entonces, recemos por que no lo sea.

Asiente y se marcha.

Voy a mi cuarto y espero encontrar dormida a Mirabella.

No está.

La busco por la casa y veo que está bailando. Pienso en entrar, pero no quiero tocarla con estas manos...

Voy a la ducha y me limpio a conciencia. Siempre siento que la muerte sigue atascada en mis manos.

Al salir, la busco y entro sin que se dé cuenta.

Voy a uno de los butacones y me acomodo en él mientras la veo bailar presa de la música. Baila de forma ágil. Su danza habla de dolor. De miedo y tristeza.

Miro sus muslos lastimados. Lleva unos pantalones cortos y un top. Su cuerpo me tienta y me recuerda lo que es tenerla excitada para mí. Tocarla me hace sentirme menos monstruo.

Se gira y me ve. Lleva el pelo recogido en una coleta y se le han soltado algunos mechones.

—Sigue bailando —ordeno—, pero ve quitándote la ropa, hasta quedarte solo con las bragas.

Su mirada se nubla y sé que eso era lo que le hacían hacer.

Aprieto el asiento, odiando su pasado tan demoledor. No puedo irme de mi papel. Ella necesita recuerdos nuevos.

—Tardas, Mirabella —la apremio, y traga con dificultad antes de asentir.

Se quita los cascos y pone la música para que yo pueda escucharla.

Empieza a bailar y tira de su top poco a poco, desvelando su aterciopelada piel.

No dejo de observarla.

No lleva sujetador y veo el bajo de sus senos sugerentes y grandes.

Cuando alza la prenda, observo sus duros pezones, mojados por el sudor de su baile. Están rosados y duros. Aún algo rojos por mis atenciones. Tiene marcas de mi boca en ellos. Me encanta marcar su piel como si dejara en ella cientos de besos que son incapaces de abandonar su recuerdo.

Tira el top al suelo y se mueve con la música mientras lleva las manos a los pantalones. Los baja con lentitud y me los lanza cuando se los quita.

—Acércate más. Quiero ver lo mojada que estás por mí.

—¿De verdad? —Asiento.

Danza hacia mí, moviéndose de forma sugerente. Se gira para agacharse, para que vea su perfecto trasero y sus bragas empapadas por sus jugos.

«Hostia puta».

—¿Solo vas a mirar?

Se levanta, tocando sus piernas, y se acerca para poner una pierna en el interior de mis muslos.

—De momento, sí —respondo.

Contonea su cuerpo y veo como sus pechos rebotan y su piel se perla de sudor. Una gota de este cae entre sus tetas y siento la tentación de lamerla.

No hago nada. Solo la miro mientras baila para mí.

Noto como la polla se me pone dura con solo observarla. Su respiración es agitada y, cuanto más la miro, más sonrojada tiene la piel.

Viene hacia mí y se deja caer sobre mi cuerpo. Toca mi torso y luego las piernas. Se apoya en una de ellas y me restriega sobre ella como si me follara.

Tenso los músculos mientras veo como se frota contra mi pierna al son de la música.

—Si te corres, te juro que te castigaré.

—Tal vez no me importe el castigo.

Lo sé y veo como sigue frotándose. Gime, a punto de correrse.

Lleva las manos a sus pechos y los toca de forma sutil. Sus mejillas se sonrojan y muerde su boca cuando está a punto de correrse. Se frota contra mi pierna, una y otra vez, y noto el calor de su sexo traspasarme.

No deja de mirarme a los ojos y sé cuándo va a dejarse ir.

La jodida quiere que la castigue y sé que necesita el dolor para que la traiga de vuelta con lo que siente a mi lado.

Se corre con fuerza sobre mi pierna y casi lo hago también yo.

Joder... Me duelen tanto los huevos, que creo que me van a explotar. Esta mujer me vuelve loco. Es mi tentación, mi perdición...

—¿Cuál va a ser mi castigo? —La jodida me mira jadeante, a la espera.

La giro y la pongo sobre mis piernas, con el culo en pompa. Meto sus bragas entre sus pliegues y tiro de ellas.

Jadea de placer hasta que le doy el primer manotazo. Veo como la nalga se pone roja tras vibrar.

—Cuenta, Mirabella.

—Uno. —Su voz es ronca por el deseo.

Ahora mismo no sé para quién es un castigo.

Le doy otro más fuerte y emite un pequeño grito antes de contar.

Tiro de sus bragas y veo como se meten entre sus pliegues.
Jadea de puro deseo.

Le doy varias veces más y rompo su ropa interior con una navaja,
para ver como su sexo se moja de placer.

La miro con el culo rojo, el sexo mojado y el cuerpo pegado a mí.

Madre mía..., ahora mismo juro que el castigo es solo mío, por no
estar ya dentro de ella.

Metó un par de dedos en su interior y le doy un azote más fuerte
con la otra mano.

Grita y su sexo late de placer.

La hago chupar mis dedos antes de meterlos de nuevo hasta el
fondo.

No puedo más... Joder, no puedo más.

La levanto y me quito la camisa para ponérsela. La tomo en
brazos y voy con ella hasta nuestro dormitorio.

Cierro la puerta y busco su boca, hambriento.

Nos besamos con fuerza. Lamo, muerdo y tiro de sus labios con
los dientes, mientras Mirabella me imita.

Caemos sobre la cama, enredados. Cuando me separo, la miro.
Solo lleva mi camisa puesta y el cuerpo desnudo está sonrojado por
el deseo.

Abro sus piernas para perder mi vista en su sexo.

«Joder..., está muy mojada».

Le quito la camisa y me deshago de los pantalones ante su atenta
mirada. Cuando saco la polla del todo, se acerca gateando para
metérsela en la boca.

«La madre que la parió. Esta mujer me va a matar».

La veo lamer mi polla hasta que no puedo más.

Tiro de ella y la arrojo en la cama.

Me acomodo entre sus piernas y busco su boca cuando mi
miembro tantea la entrada de su vagina. Entro un poco y se
remueve.

—Va a doler un poco, pero va a entrar toda.

—La quiero toda —admite, y me introduzco un poco más.

Su cuerpo se va abriendo y noto como me presiona.

Nos miramos a los ojos mientras entro un poco más.

Hace mucho tiempo que no me permito estar con una mujer. Sentir esto me daba angustia, dolor, y me hacía sentir ser de nuevo ese niño asqueado con el sexo.

Pero con Mirabella todo es diferente. No hay dolor ni pasado. No hay miedo.

Solo existe un presente, que me encanta vivir a su lado.

Entro poco a poco, hasta el fondo, y cuando estoy dentro del todo nos miramos sin decir nada. Su cuerpo se ha abierto a mí como si hubiéramos nacido para encajar en el otro. Es una mierda, pero esta mujer me hace sentir y desear cosas que pensé que estaban vetadas para mí.

Salgo y entro, pero esta vez con fuerza.

Gime y noto su sexo latir en torno a mi polla.

Joder..., esto es muy bueno. Demasiado bueno, y sé que nunca hubiera sido lo mismo sin ella.

Mirabella silencia mis fantasmas, porque solo soy consciente de la mujer que tengo entre mis brazos.

Salgo y entro más fuerte. Nos besamos de nuevo con desesperación, marcando al otro.

Tira de mi pelo y araña mi espalda. Me encanta sentir sus uñas clavarse en mi piel.

—Más fuerte... —pide, echando la cabeza hacia atrás.

Nos muevo para poder agarrarme al cabecero mientras salgo y entro más fuerte, sin dejar de escuchar sus gemidos y los golpes de la cama contra la pared. La alzo para poder devorar sus pechos y los meto en mi boca mientras nos llevo al límite una y otra vez, en una tormentosa agonía.

—Salva... —suplica cuando no puede más.

—Has sido mala y no debería dejar que te corrieras. —Su mirada es de odio. Lamo su boca—. Por esta vez, te perdonaré.

Tiro de su labio y llevo mi mano a su sexo para frotar su clítoris, como ella hizo con mi pierna. Muevo los dedos en círculos hasta que siento su orgasmo anidarse en su sexo. Entro más hondo, hasta que se corre con energía.

Noto como su sexo late en torno a mi polla y casi me corro.

La saco y me la meneo hasta hacerlo sobre sus senos.

Joder, esto ha sido muy bueno.

La miro jadeante y marcada por mi semen.

Es imposible, pero siento más ganas de estar dentro de ella.

Salgo de la cama y la cojo en brazos para llevarla a la ducha.

Mi intención era limpiarla, pero al final acabamos follando de nuevo contra la pared.

De nuevo salgo de ella cuando voy a correrme. No hemos hablado de tener hijos y no quiero quitarle nada más en la vida. Es muy joven para ser madre y renunciar a más cosas.

Además, la situación no está muy bien por aquí como para ahora mismo dar un hogar a un niño.

Salimos de la ducha y va casi dormida.

En cuanto se acurruca en mi pecho, se queda dormida.

Yo no puedo. Lo que ha pasado me tiene tenso. Esta mujer se ha metido bajo mi piel. La llevo tan dentro, que duele. Si me falla..., me matará su traición y no sé si podré perdonarla. He confiado en ella como en nadie.

Si me falla..., me perderá para siempre.

Capítulo 27



Mirabella

Salvatore ha tenido que irse de viaje. Me despertó para decírmelo y ya no me pude dormir.

Me preocupa que esté lejos. Cada vez me siento más unida a él y no sé cómo vivir con este dolor en el pecho cuando no lo tengo cerca.

Lo de anoche fue mágico. Mi cuerpo se abrió a él sin miedo, sabiendo plenamente quién era el hombre con el que follaba. Él eclipsa todo mi mundo. Soy tan consciente de él, de lo que siento, que no hay pasado. El presente es tan importante que me olvido por un momento de todas mis heridas y mis fantasmas.

Ahora estoy ensayando y me gusta el trabajo duro.

La profesora no me da tregua en toda la mañana, pero al acabar, se marcha contenta. Cuando me mira, siento como si pudiera soñar y ser algo más.

A la hora de comer, Andres me acompaña en el salón de arriba.

Le pido que se siente conmigo a comer.

Reticente, acepta.

—¿Y Erminia? —pregunto, porque no la he visto en todo el día y, desde que Marta me cuida, la veo menos. Aunque de vez en cuando se pasa a cubrir a esta.

—Tenía cosas que hacer. —Muerdo mi boca y me observa frío—. No me mires como si fuera tonto por no saber que me engaña.

Agrando los ojos, porque no esperaba que fuera tan directo.

—¿Cómo sabes que lo sé?

—Esa noche te seguí para ver si estabas bien. Sabía que estabas preocupada por Salvatore y quise comprobar cómo te encontrabas. Entonces vi lo mismo que tú, pero no entré. Me quedé paralizado y os escuché entre las sombras. Quise matarlos..., pero también sabía que eso me haría perderla para siempre. —Aprieta el cuchillo con fuerza.

Esto que dice, viniendo de un mafioso, es raro. Ellos matan primero y se arrepienten después, pero tal vez Andres sea diferente. Quizás valore más a su mujer que el hecho de que lo engañe.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. Si no hago nada, no la pierdo.

—Pero ella no quiere ser parte de esto.

—Lo sé y un día me dejará, pero hasta que llegue, al menos tengo algo bonito en mi vida de mierda... Quizás no lo entiendas. O no comprendas por qué no voy contra ellos... —Se calla cuando pongo mi mano sobre la de él y la aprieto—. Amar es una condena. El amor te nubla el juicio y te obliga a hacer cosas que juraste no hacer.

—¿Y si te pidiera perdón?

—La perdonaría, pero no sé en qué me convierte eso. —Mira su comida, tenso—. Soy un idiota..., pero la amo.

Me duele mucho por él. Se merece todo lo mejor, pero está enamorado de una mujer que solo se aferra a él porque le gustaría quererlo.

Su historia está abocada al sufrimiento.

No digo nada. Solo cambio de tema y hablamos de mis clases de baile.

Andres me ha visto bailar y agradece el cambio.

Salvatore tiene mucha suerte de tenerlo. Mis hermanos siempre han sido egoístas e igual de horribles que mi padre... Por eso, sus nombres están en la lista. Ellos fueron los primeros para los que mi padre me obligó a bailar y me forzaron a hacer cosas que no quería.

Dudo que Salvatore pueda cumplir su promesa, porque si lo hace tendrá que matar a los peces más gordos de este lugar. Mi padre me

dejaba como premio a los hombres más poderosos.

—Vuelve, Mirabella.

Miro a Andres mientras cojo el cuchillo con fuerza.

Estoy agitada y quiero cortar mi piel.

—No puedo...

—¿Y si te llevo a la ciudad? A Gineva le encantó perderse por un centro comercial. Podrías gastar el dinero de tu marido en cosas bonitas y huir de todo esto.

Lo miro y no sé si él lo necesita más que yo, en realidad.

Por eso, asiento.

Comemos y nos preparamos para irnos.

Pasamos a por Gineva, que se apunta sin dudarlo.

Vamos por los pasadizos y me aprendo todos los códigos, a pesar de que esto me convierte en una traidora.

Al llegar a la ciudad, vamos a un centro comercial.

Nunca he estado en uno y siento mucha curiosidad.

Salimos del coche y vemos a mucha gente caminar de un lado a otro y entrar en una infinidad de tiendas. No soy tonta para no saber que varios hombres de Salvatore nos siguen a una distancia prudencial, pero, salvo por eso, estar aquí es mágico.

Hay niños gritando y riendo. Madres que hablan con otras. Parejas de enamoradas que pasean atontadas de la mano.

Tomo aire y respiro como si pudiera atesorar esta felicidad para siempre en mi pecho.

Vamos hasta una tienda de ropa y Gineva me hace probarme varias prendas. Después, vamos a una de deportes y compro varias cosas, para mis clases de baile. Hay trajes de bailarina y paso los dedos por ellos. Me gustan mucho esos maillots.

Gineva toma varios de mi talla y los compra.

—No hace falta gastar tanto.

—Sí hace falta, si te hace feliz, y a mí. —Sonríe y me lleva hasta otra tienda.

Andres nos sigue de cerca, hasta que entramos a una de lencería y nos indica que espera fuera.

—¿Cómo van las cosas en la cama con mi hermano? —indaga, como quien no quiere la cosa.

—No me quejo. —Sonríe y pone ante mí un liguero.

Compramos algunas cosas y entramos a una tienda de maquillaje.

Se pone en la mano varios potingues y acabo haciendo lo mismo.

Su forma de ser es contagiosa.

Cuando salimos, tendemos las bolsas a Andres y este se las da a uno de los hombres para que las lleve al coche.

A la hora de la cena, vamos a una hamburguesería.

Dejo que pidan por mí.

Cuando traen la comida, disfruto del pringue de mis dedos y los lamo.

Me río cuando a Andres se le cae salsa en la camisa, hasta que me doy cuenta de lo que hago.

No puedo parar.

Es como si no pudiera contener la felicidad del momento. Entonces, Gineva me abraza feliz.

—Lo siento, son las hormonas. —Sonríe tímida y ambos hermanos comparten una mirada cómplice.

Es bonito ver cómo se quieren y por eso descarto a Andres. Es imposible que sea el traidor y que sepa fingir tan bien.

Cuando comentan que deberíamos regresar, no quiero, porque por un momento me olvidé de todo.

Miro hacia atrás, cuando nos alejamos, con dolor en el pecho.

No quiero volver.

Aprieto mi mano hasta hacerme daño.

Gineva se da cuenta y la coge con fuerza.

—Al final deja de doler... Un día serás feliz —murmura.

—¿Cómo se puede ser feliz allí?

—Se puede —afirma.

Al llegar, me despido de ella cuando la dejamos en su casa.

Entro en mi dormitorio y veo el móvil de mi padre sobre la mesa.

Eso confirma que Andres no es el infiltrado, porque estaba con nosotras. Saberlo me deja más tranquila, porque no quiero que Salvatore pase por eso.

El traidor de mi padre lo ha dejado ahí y seguro que hay mensajes suyos. Un recordatorio de que hemos vuelto.

Lo enciendo y leo.

Padre:

Salvatore está cayendo en la tentación...

Muy bien, hija.

Pronto te pediré todos los códigos.

Y, si no me los das..., mataré a Gineva.

Hoy te he visto muy feliz con ella y espera un hijo.

¿Qué eliges?

No olvides que lo veo todo.

Tiro el móvil contra la pared y grito de puro dolor y rabia.

La puerta se abre y aparece Marta.

Al verme llorar, mira alrededor y, por suerte, no ve el teléfono en el suelo.

—¿Todo bien?

—Sí, solo... necesitaba gritar.

—Entiendo.

Sale de la habitación y guardo el móvil para que nadie lo encuentre.

¿Debería contarle la verdad a mi marido? Si lo hago, el traidor los matará.

No sé quién puede ser.

Todo era demasiado perfecto para ser mi vida.

Capítulo 28



Mirabella

No paro de entrenar. Casi me olvido de comer y por eso, cuando Salvatore regresa, sé que está enfadado.

Lo esperaba.

—¿Acaso quieres matarte? —Coge mi mano, agitado.

Lo miro nerviosa y jadeante por el duro trabajo. En el fondo, sí pensaba en eso, y así me libraría de esta carga. De tener que traicionar a las únicas personas que me han dado cariño en toda mi vida.

Salvatore volvía mañana, pero ha debido de adelantar su viaje, preocupado por mí. Que lo haya hecho me gusta y me enfada, porque si es tan bueno, no podré traicionarlo, y si eso no pasa, matarán a Gineva.

Me alzo y lo beso.

No me lo devuelve al principio, hasta que toma el control y me besa enfurecido.

—¿Qué narices te pasa? Debes confiar en mí.

—¿Por qué?

—Porque eres mía. —Me río y coge mi mano—. ¿Dudas de mis palabras?

—Sí, porque siempre seré suya y nunca podrás protegerme. No eres tan fuerte como él. —Es un golpe bajo, pero quiero que me haga daño. Quiero su odio. Quiero su rabia.

—¿De verdad crees eso? —Pone su mano en mi garganta. No aprieta, pero sentirla ahí, firme, me excita y calma el dolor que corre por mis venas.

—Sí.

Su mirada se oscurece. Aprieta su agarre antes de besarme con furia, para castigarme.

—Joder, soy demasiado blando contigo.

—Lo eres, sin duda. No tienes lo que hay que tener para dominarme. Al final, me acabaré yendo con otro que sí pueda controlarme. —Mis palabras podrían provocar mi muerte, pero necesito su fuego, su rabia... Necesito que me haga olvidar el mundo.

—Voy a tener que castigarte para que seas incapaz de moverte y pensar bien si quieres irte con otro.

—A ver si tienes agallas para hacerlo.

Me besa con furia y me coge en brazos para salir de la sala de baile.

Vamos hasta la puerta y me da un azote que me hace gritar. Luego, muerde mi boca y yo la suya.

No vamos a nuestro dormitorio. Paso tanto tiempo en el suyo, que se ha convertido en el de los dos.

Baja las escaleras conmigo a cuerdas, como si no pesara nada.

Sus hombres nos ven y se apartan.

Vamos hasta la sala de torturas y tengo miedo, pero este sentimiento me alienta, porque hace que me olvide del dolor que siento ante la inminente traición que deberé propinarle a mi marido para salvar a Gineva.

No he encontrado al traidor.

He hecho una lista de los posibles infiltrados y entran tantos, que me desesperé. No conozco lo suficiente a esta gente para saber si su forma de actuar es normal. No veo nada raro en ninguno y todo lo que presencio es sospechoso.

Pero son mafiosos y eso hace que sea casi imposible dar con él antes de que tenga que tomar la decisión de traicionarlos.

Aun así, tomo notas de todo lo que veo extraño, por pequeño que me parezca.

Aunque a Andres lo he descartado, pongo todo lo que sé, porque tal vez eso me lleve a quien sí puede ser el traidor.

Lo malo es que veo demasiadas cosas raras y son notas y notas con apuntes que no sé si llevan a alguna parte.

Llegamos a una sala y me deja en el suelo.

Está todo negro y hay cadenas junto a una mesa de metal. Por la escasa luz que hay, solo puedo ver eso, ya que un pequeño foco enfoca la mesa, pero nada más.

Salvatore me mira y saca la navaja de su bolsillo.

La abre y la lleva hasta mi cuello.

Me quedo quieta mientras la baja y corta las tiras de mi top, que cae al suelo.

Mi respiración se agita cuando lleva la navaja al sujetador y la pone entre mis pechos.

Tira de la tela y la corta sin esfuerzo.

Los pechos quedan libres y rebotan contra mi cuerpo.

Pasa la navaja por mis duros pezones. Mi sexo late con fuerza y me duele por la necesidad de tenerlo dentro.

—Esto no debería excitarte tanto... Ni a mí.

—Tal vez no, pero nosotros no somos como el resto. El dolor nos dio alivio en los días de tormenta.

Baja la navaja hasta mis pantalones y los corta hasta dejarme solo con las braguitas. Lleva el metal hasta mi sexo y noto la punta afilada cerca.

No tengo miedo, porque confío plenamente en este hombre.

—A mi padre le gustaba ver como me tocaba delante de otros hombres. —Corta las tiras de la lencería—. Le gustaba ver como otros me lamían las tetas mientras me masturbaban... Eso sí que era un hombre cruel. Tú solo eres un principiante.

Me deja desnuda y clava la navaja detrás de mí antes de cogerme del cuello.

—No me retes, Mirabella.

—¿Y qué si lo hago? Eres débil... Por eso te ha costado tanto follarme con fuerza...

La furia aumenta en él y es lo que quiero.

Quiero odiarlo, quiero detestarlo y quiero dolor. Quiero dejar de amarlo...

Joder, no, eso no entraba en mis planes. No quiero amarlo. No quiero quererlo. No quiero necesitarlo tanto como respirar. No quiero ansiar su pecho para refugiarme.

Deseo odiarlo. Quiero tener una razón para traicionarlo y que no duela...

—No soy como tu padre, porque yo nunca seré un violador.

Lo sé y por eso he llegado a amarlo en tan poco tiempo.

Amo cada parte de él. Su forma de ser con los suyos. Su manera de cuidarme. Sus detalles... No lo amo por ser mi esposo, sino que lo amo por ser él.

—Entonces, te matarán pronto.

—Pues que lo hagan, pero moriré sin ser una escoria como el hombre que permitió que violaran a su hija delante de él mientras ansiaba tenerla.

—No quiero tu compasión. ¿No ves que me está matando todo esto? —Noto los ojos llenos de lágrimas y me los seca.

—¿Quieres dolor? —Asiento—. Pues lo tendrás, pero cierra tu boca o me alejaré de ti y ese será tu castigo. —Asiento.

Se quita la camiseta y disfruto de su cuerpo fibroso. Quiero tocarlo, pero si lo hago le rogaré que me haga el amor y ahora mismo eso me mataría.

Va a buscar un pañuelo negro y me lo ata alrededor de los ojos, impidiendo que pueda ver nada.

Me coge en brazos y deja caer mi espalda sobre la mesa metálica.

Está muy fría, pero era justo lo que necesitaba: un choque con mi cuerpo caliente.

Ata mis manos y luego mis piernas, de forma que mi sexo quede bien expuesto a las miradas.

—Te vas a quedar aquí sola, el tiempo que yo quiera... Sin saber cuántos hombres entran para ver tu precioso y mojado coño.

Siento el miedo apoderarse de mí.

No quiero más eso. No quiero que nadie me mire desnuda. No quiero volver a eso...

Tiro de las cadenas, porque el cabrón sabía qué hacer para aterrarme.

Todo esto es por mi culpa. Todo esto lo he provocado yo sola.

No quiero volver a eso.

Necesito dolor, pero con él. Necesito que solo él me mire, que solo él me desee.

No quiero sentirme un objeto de deseo de otros de nuevo.

Tiro de las cadenas, notando el amargor de las lágrimas.

Lo odio... Ahora mismo odio a Salvatore y más cuando escucho la puerta abrirse y cerrarse varias veces.

—¡Te odio! —grito, incapaz de callarme—. Eres como él. Un pedazo de mierda.

Callo cuando siento una mano entre mis muslos.

Trato de cerrarlos y forcejeo como puedo.

Quien me toca se acerca y es como revivir mi infierno. Hasta que la cinta desaparece de mis ojos al tiempo que la mano de Salvatore atrapa todo mi sexo.

—¿De verdad creías que iba a dejar que uno solo de mis hombres te viera desnuda? —Su mirada es tan fiera que da miedo. Mete sus dedos dentro de mi sexo—. Esto es mío. —Los mete con dureza y gimo de placer—. Eres toda mía y no pienso permitir que nunca nadie te vuelva a tratar como un pedazo de carne. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —afirmo, notando sus dedos en mi interior, entrando y saliendo.

—Pienso castigarte por dudar de mí.

Sus palabras me excitan mientras mete un dedo más en mi sexo y los mueve con fuerza.

Me remuevo en la mesa, pero esta vez de puro placer.

Cuando estoy a punto del orgasmo, saca la mano y lleva los dedos a mi boca.

—Prueba lo mucho que te excito.

Lamo sus dedos, llenos de mi esencia.

Gruñe y luego besa mi boca mientras lleva de nuevo los dedos a mi sexo. Los mete y saca con fuerza hasta que casi me corro.

Protesto y sonrío, al ver que estoy al borde del orgasmo una y otra vez.

—¿No querías sufrir? Pues sufre, pequeña. Esto no ha hecho más que empezar.

Mueve la mesa y esta se levanta.

Grito por la impresión y veo como me alza hasta la mitad de su pecho.

Su mirada va a mi sexo mojado y la deja ahí mientras este late por sentir sus ojos fijos en ese punto.

Va hasta mis manos y toca un botón que hace que las cadenas de ambas manos se aflojen.

Mueve mi cuerpo hasta que mi culo queda al borde de la mesa y luego da al botón que de nuevo aprieta mis cadenas y me impide mover las manos.

—Me encanta esta mesa —dice mientras va hasta mi sexo y pasa los dedos por él—. Tiene mi postre favorito en ella. —Mueve los dedos por mis pliegues y los abre—. Y está en su punto.

Los mete y luego pasa su lengua por mi clítoris. De la impresión, tiro de las cadenas. Lo miro mientras juega con mi sexo. Lo degusta con gula al mismo tiempo que sus dedos entran y salen con fuerza. Luego, los saca y abre mis pliegues para que su lengua lama cada parte de mi zona más íntima.

«Madre mía..., voy a correrme...».

Lleva su lengua a mi vagina y la mete dentro.

Me folla con ella mientras grito y jadeo de puro placer.

Me duelen las piernas, pero el dolor me gusta y me excita.

Salvatore lo sabía. Me lleva al límite, pero sin miedo, sin dolor innecesario y sin ser un monstruo.

Lame mi sexo hasta que casi me corro y protesto cuando no hace por continuar.

—No te he dado permiso para correrte y no he tenido suficiente contigo aún.

Lleva sus dedos a mi sexo y los moja, para luego llevar uno de ellos a mi trasero y presionar en este lugar virgen que nadie ha tocado.

Mete uno dentro y me tenso.

Acaricia mi sexo para que me relaje y su dedo entra al completo.
La presión que siento es dolorosa y a la vez placentera.

—¿Lista para seguir?

—Sí.

Saca los dedos de mi sexo y da a un botón que me libera de las cadenas.

Me levanto y me coge en brazos. Luego, me lleva hasta la parte más oscura de este lugar y presiona una pequeña luz roja sobre un sillón curvado.

—¿Qué narices es este lugar? ¿Es donde traían a las mujeres para violarlas?

—¿No querías un monstruo? Pues aquí lo tienes. —Me gira y me deja con el culo en pompa. Los pechos quedan aplastados contra el asiento negro.

Golpea mi nalga derecha con su mano.

Grito por la impresión y noto los pezones duros contra el sofá.

Lo hace otra vez.

Mi sexo late con fuerza con cada golpe. Mis muslos se mojan y, cuando se detiene, emito un sollozo. Sabía que estaba a punto de correrme solo con esto.

—Prepárate, esposa mía. Esto no ha hecho más que empezar.

«Joder..., he desatado al monstruo que habita en él y eso me excita».

Capítulo 29



Mirabella

Se aleja, pero al poco regresa y abre mi trasero. Esparce mis jugos en él y presiona con algo que está frío.

Me agito, pero no cede y lo sigue metiendo hasta que está del todo dentro.

Cuando se amolda a mi orificio, dejo de notar molestia y me gusta la invasión.

A continuación, lleva a mi sexo un vibrador que pone en marcha y me lo mete sin preliminares.

Grito de la impresión.

Lo saca y lo mete de nuevo con fuerza.

—Eres mi nuevo juguete favorito. —Tira de mi pelo y noto el vibrador en mi sexo. Al tener el dildo en el trasero, es todo más intenso.

Golpea mi trasero con su mano.

—Tan mojada... Joder, no sabes cómo me pones, pequeña.

Sus palabras me hacen sonreír. Me encanta excitarlo, que me mire y que no pueda dejar de pensar en estar conmigo, porque cuando me observa no hay egoísmo. Mi placer es el suyo y eso es demoledor cuando se ama; que alguien se excite con tu disfrute y lo haga suyo.

Se aleja y, cuando regresa, saca el vibrador.

Noto su ausencia. Necesito que me llene.

—Quiero ver como tu sexo se moja con las tiras... del látigo. —Las siento en mi trasero.

Tantea mi culo antes de darme un buen latigazo.

Grito por la impresión, pero al poco el dolor se convierte en algo más cálido, que va directo a mi sexo. Noto como las paredes de mi vagina laten con fuerza.

—Joder..., eres preciosa...

Me da otro latigazo en el otro lado.

—Si dejara que alguien te viera, tendría que matarlo luego —dice y lo creo—. Toda tú eres solo mía, pequeña. ¿Lo entiendes? —Tira de mi pelo cuando no respondo—. Responde.

—Sí, soy tuya.

Me da otro latigazo y luego otro, hasta que casi me corro de nuevo.

Se detiene.

Saca el dildo de mi culo y al poco regresa con otro más grande.

Lo mete y de nuevo lleva el vibrador a mi sexo. Ahora la presión es mayor y me cuesta mucho contener el orgasmo.

—Si te corres, se acaba todo —me advierte. Su voz es ronca. Está claro que le gusta lo que ve.

Saca el vibrador y lo mete dentro con fuerza varias veces.

Casi me corro. Son demasiadas sensaciones en poco tiempo.

—Joder..., tengo que probarte.

Saca el vibrador y siento su lengua lamer mi sexo. Me lame con gula. Devora mi zona íntima y mete su lengua dentro para follarme con ella.

Casi me corro. Me cuesta mucho no hacerlo y lloro por eso. Noto los ojos llenos de lágrimas y la garganta seca de los fuertes gemidos.

Se separa y siento su mirada puesta en mi cuerpo.

—Joder, eres una obra de arte. Tu sexo mojado. Tu culo rojo por mis latigazos. Tu piel sudada... No te imaginas lo preciosa que estás ahora mismo.

Pasa los dedos por mi sexo y los mete dentro con fuerza.

—Entraría tan bien... Estás tan mojada... Joder, pequeña, no puedo aguantar más.

Yo tampoco y por eso, cuando lo escucho quitarse los pantalones, ansío su polla dentro de mí, llenándome.

—¿Te has saltado alguna píldora?

Estos días que ha estado lejos, Gineva me acompañó a su ginecóloga y me hizo una revisión para recetarme la píldora a continuación. No estoy preparada para ser madre y hablé con ella de esto. Suponía que Salvatore lo sabría y esto lo confirma.

—No.

—Joder, no sabes las ganas que tengo de llenarte con mi semen.

Mi sexo da una sacudida con solo imaginarlo.

Tira de mi pelo y entra en mi interior sin sacar el dildo de mi trasero, lo que hace que lo sienta llenarme mucho más. Se mete hasta el fondo y nos quedamos quietos, por la impresión de notarnos tan intensamente.

—Tan apretada... Tan mojada... Tan mía.

Sale y entra de nuevo con fuerza.

Lo siento frotarse contra las paredes de mi sexo. Cada vez más duro.

Tira de mi coleta y gimo, jadeo de placer.

No puedo más. Estoy a punto de correrme. Retengo el orgasmo varias veces. Aprieto el sexo y gruño.

—Joder, pequeña... Me matas.

Se mueve más fuerte, hasta que se corre dentro de mí con un gruñido.

Sale y casi lloro por el alivio que me falta.

—¿Quieres correrte?

—Sí... —suplico y me levanta, para sentarme en el sofá con las piernas abiertas.

El dildo presiona contra mi trasero. Me tiende el vibrador.

—Quiero que te toques hasta que te corras. Quiero ver como tu sexo late con mi semen. Quiero disfrutar de tu cuerpo excitado. Eres un regalo para la vista.

Tomo el consolador y lo llevo a mi boca. Lo chupo y lo lamo antes de pasarlo por mis duros pezones. No deja de mirarme ni yo a él. Es un adonis de pelo negro y sé por qué hace esto. Quiere que el pasado no duela y que realice esto por placer.

Bajo el vibrador a mi sexo y lo meto con lentitud, tras encenderlo.
Es una tortura.

Cuando lo tengo dentro del todo, acaricio mi clítoris.

Meto y saco el vibrador varias veces.

—Quiero que te corras con las manos —pide con un gruñido.

Saco el consolador y me muevo en el sofá, tocándome con las manos el sexo y los pechos. Veo como su polla se pone dura de nuevo con solo verme. Se la toca mientras me doy placer.

Meto mis dedos en mi interior y hago círculos con el pulgar sobre mi clítoris.

Estoy a punto. Estoy tan cerca.

—Córrete —me ordena, y muevo mis dedos de dentro hacia fuera, hasta que me dejo ir con fuerza. El orgasmo me recorre de pies a cabeza.

No he acabado de correrme cuando me coge con sus fuertes brazos y entra en mi sexo de nuevo.

Caminamos hasta una mullida pared y la usa para poder adentrarse con más ahínco. Busca mi boca y nos besamos con fuerza. Su sabor me vuelve loca.

Tiro de su pelo y él araña mi trasero mientras se mueve.

Los dos buscamos lo mismo, por lo que no nos detenemos hasta que me corro de nuevo y él no tarda en seguirme. Se corre sin dejar de besarme.

Cuando acaba, apoya la frente en la mía, jadeante.

—Este lugar es nuestro. Nunca se ha usado para esto. Lo mandé construir y preparar tras nuestra primera noche juntos, sabiendo que mi guerrera esposa necesitaría esto. Y yo también.

—¿De verdad?

Su gesto me conmueve y me rompe por dentro.

Este hombre me conoce mejor que nadie.

Lo abrazo con fuerza y lloro por tener que traicionarlo. Por lo mucho que lo amo y por lo mucho que lo necesito cada día de mi vida.

No quiero perder esto. No quiero perderlo a él.

Capítulo 30



Salvatore

Este sitio tiene un aseo completo y una cama.

Nadie puede entrar aquí sin mi permiso y todo es para nosotros.

Todo está sin estrenar.

Mirabella duerme pegada a mi pecho tras ducharnos. No ha dejado de llorar hasta que se ha quedado dormida.

Me oculta algo. Sé que ha sucedido en el tiempo que he estado fuera y no sé cómo desentrañar todos sus secretos. Quiero que confíe en mí al cien por cien. Se está convirtiendo en alguien muy importante para mí.

Joder, creo que estoy enamorado de ella y saberlo me tiene tenso.

Cuando supe que estaba mal, mandé todo a la porra para llegar a su lado.

Saber lo mucho que me importa me inquieta, porque siento que por ella sería capaz de cualquier cosa y, si alguien lo descubre, puede usarlo en mi contra. Puede utilizarlo incluso ella.

No sé si podría soportar su traición y si todo lo que siento por ella no se transformaría en odio. Me siento más expuesto con lo que me hace sentir que en medio de un cruce de balas. En esos casos, sabes que te queda una oportunidad para sobrevivir, pero con Mirabella sé que, si no la tengo, si me traiciona..., estoy muerto.

No hay vida más larga que la de un hombre torturado.

Mirabella se remueve en sueños y cuando la acaricio, se calma y sigue dormida. Yo me quedo dormido tarde, inquieto por no poder comprender cada uno de sus miedos y sus silencios.

Mirabella

—¿Puedo quitarme la venda?

—No.

Siento la risa implícita en su voz. Que me moleste la venda le hace disfrutar.

Cuando me la puso, creí que íbamos a tener un juego sexual, pero no fue así. Entramos en un coche y aquí estamos, de camino a no sé dónde.

Por un segundo, me he planteado si sabe que hablo con mi padre y va a deshacerse de mí, pero su voz destila un deje de dulzura y su mano me acaricia de vez en cuando, por lo que lo descarto.

Mi padre me ha escrito esta mañana diciéndome todo lo que había hecho Gineva. Me ha recordado que, si no le hago caso, tanto ella como el bebé morirán.

No le respondí, pero su amenaza la tengo anclada en mi estómago.

El coche se detiene. El camino ha sido muy corto.

Salvatore sale y me coge de la mano para tirar de mí hacia fuera.

Me indica cómo seguir. Confío tanto en él, que siento el corazón latir fuerte por la emoción y no por el miedo. Pondría mi vida en sus manos y sabría que la protegería con la suya. Saberlo me duele, por temor a perder todo esto, que no pedí, pero que encontré de todas formas.

Tomo aire y huelo a humedad y madera.

Avanzamos por una zona inclinada, cubierta con lo que parece una moqueta o una alfombra, porque mis zapatos han dejado de hacer ruido contra el duro suelo.

Subimos unas pequeñas escaleras y nos detenemos.

Se pone tras de mí y me quita la venda.

Los ojos se acostumbran a la nueva luz tras la penumbra y veo que es un pequeño teatro.

—¿De dónde ha salido esto?

—De los Vani. Tenían este teatro antiguo olvidado en sus dominios. Cuando supe de él, pensé que te gustaría verlo. Ahora es tuyo, Mirabella.

—¿Cómo?

—Estas tierras son mías y de Renzo, pero este sitio te pertenece. Es mi regalo de boda.

Literalmente, me quedo sin palabras.

Me ha regalado un teatro.

No es muy grande, pero es mío y ninguna joya podría compararse a lo que siento en este momento.

Me giro para besarlo y me coge con sus fuertes brazos mientras mi boca lo devora.

—Quiero estrenarlo. ¿Quieres ser mi primer espectador?

—Será un placer.

Me da un dulce beso en la frente y da un salto para bajar.

Luego, se quita la chaqueta y se sienta en la primera fila, clavando sus ojos en mí.

El espacio está poco iluminado, gracias a algunas ventanas rotas que dejan pasar la luz del sol. Hay mucho trabajo por hacer, pero tiene el techo alto y parece que está pintado. Las paredes están cubiertas de terciopelo rojo. Tiene potencial y tal vez pueda hacer algo para adecentarlo solo para mí. Estoy emocionada. Muy emocionada.

Busco en el móvil una canción que encaje con mi estado de ánimo y lo dejo en una mesa olvidada, antes de empezar a bailar para él. Bailar para mi marido, mi gran amor.

Pase lo que pase, nadie podrá cambiar eso nunca.

Muevo mi cuerpo al son de la música, tras quitarme los zapatos.

Giro y bailo por este lugar, sintiendo su ardiente mirada.

Llevo un vestido sencillo en tonos verdes, que sé que se levanta para mostrar mi ropa interior cuando giro. No me importa, porque

Salvatore puede verlo todo y, si pudiera, le enseñaría cada recoveco de mi alma.

La música termina y lo observo jadeante.

Sube al escenario de un salto y viene hacia mí para buscar mi boca.

Su beso es demoledor. Tan ardiente como el fuego que corre por mis venas tras mi baile.

Siento sus manos por todas partes.

Las mías no dejan de tocarlo. Lo necesito dentro de mí. Quiero que me llene y me calme esta angustia que corre por mis venas, por ser tan feliz y no merecerlo.

—Fóllame —le digo mordiendo su boca y tirando de sus labios.

Gruñe y caemos al suelo, sin dejar de besarnos.

Tira de mi ropa hasta liberar mis senos, que coge con sus manos para torturarlos mientras mi cuerpo se frota contra el suyo.

Me rozo contra él, notando su dureza crecer entre mis piernas.

—Te necesito dentro ya...

—¿Quieres que te folle ese apretado coño que tienes, esposa mía?

—¡Sí!

Lame la curva de mi garganta antes de morderme el cuello levemente.

Tiro de su pelo y baja hasta mis senos. Los chupa y los disfruta, antes de abrirse el pantalón y separar mi ropa interior hacia un lado para meterse de una vez en mi interior.

Nos quedamos quietos, sintiendo al otro.

Su mirada es tan intensa que me hace temblar.

—¿Y si esta vez hiciéramos el amor?

Lo miro ansiando eso, su amor, pero sé que solo es una forma de hablar. Una forma de decir que el sexo será más pasional y menos bruto.

Pero sería increíble.

Sería algo con lo que no puedo soñar.

—Me encantaría —se lo digo con la emoción cortando mis palabras y las lágrimas pesando en mis ojos.

Amo a este hombre con cada parte de mi ser y me encantaría ser solo suya. Sin miedos, sin pasado y sin traiciones.

Me gustaría ser otra mujer y no la hija de su enemigo.

Sonríe de esa forma que me vuelve loca y sale de mí para entrar de nuevo con lentitud. Busco su boca y nos besamos mientras entra y sale sin prisas.

Me está matando esta lenta tortura.

Sus ojos quedan fijos en los míos y hablan de promesas en las que me encantaría perderme.

Cojo su cara entre mis manos y lo beso con todo el amor que siento mientras se mueve con más fuerza.

Gimo en su boca cuando casi me corro y se separa para verme mientras el placer recorre mi cuerpo para morir en donde nuestros cuerpos se juntan.

No deja de moverse hasta que me dejo ir y me sigue, derramando su esencia en mi interior.

Al acabar, lo abrazo con fuerza como si así pudiera retenerlo para siempre, pero termino llorando, porque sé que no puedo.

—Debes confiar en mí, pequeña —susurra en mi oído, mientras calma mis sollozos.

—Y lo hago. Confío en ti más que en nadie de este mundo. —«Aunque sé que, cuando te traicione, no me creerás»—. Abrázame fuerte.

—Siempre.

Siempre, no. Lo sé y eso me mata. Me mata más que cualquier cosa que me haya hecho mi padre hasta ahora.

Me pregunto si esto no es un plan macabro de mi padre: hacerme amar al hombre que voy a traicionar para así arrebatarme la felicidad de las manos una vez más.

Lo triste es que no creo ir muy desencaminada.

Capítulo 31



Salvatore

Entro a media mañana a la sala de baile de Mirabella.

La profesora es dura con ella y, cuando Mirabella me sonríe, se enfada.

Ayer, al volver del teatro, me tuve que ir. Mirabella parecía más animada, pero me oculta algo y no sé si son sus miedos o se trata de algo más.

—Prometo no molestar —digo sentándome.

—Largo de aquí. Tu mujer no sabe estar pendiente de otra cosa si te tiene cerca.

Es cierto y, por el sonrojo de Mirabella, lo ha notado.

Nuestras miradas se encuentran y recuerdo su cuerpo contra el mío.

«Mierda, mejor me marchó».

—Antes de irte... —me dice Ligia, la profesora—. Tengo un contacto, en una de las obras de la ciudad... Una de las chicas se ha lesionado. Mirabella podría sustituirla. Solo serían dos noches y yo le puedo enseñar los pasos. Solo saldría para actuar.

La mirada de Mirabella es brillante. Llena de vida. Lo desea. Joder, lo desea tanto, que noto como vibra de emoción.

La vi ayer bailar y disfrutar del teatro. Actuar es parte de ella.

—Me parece bien.

Mirabella toma aire, como queriendo atesorar este momento, y luego corre a mis brazos.

Salta y la cojo con fuerza.

—Gracias —me dice, besándome de forma espontánea.

—Largo de aquí, señor Giordano. Pero, si aceptáis un consejo, que nadie os vea así... Puede ser mortal.

Dejo a Mirabella en el suelo y veo el miedo en sus ojos.

—Confía en mí, joder —le indico antes de irme, porque ayer vi lo mismo, a pesar de sus palabras, en las que juraba que confiaba en mí más que en nadie.

Pienso en las palabras de Ligia mientras voy al despacho.

Estamos preparando un intercambio importante de drogas y no puede haber un solo fallo. Inquieto, voy tras la mesa donde Renzo está tomando notas.

—¿Y esa cara?

—Soy débil ante Mirabella. —Se ríe—. No te rías.

—Joder, yo lo soy ante Gineva.

—Pero Gineva mató a su padre y eso hizo que la gente la temiera. Mirabella es pésima peleando y no digamos disparando. No podría darle a un blanco fácil ni teniéndolo delante.

—Te entiendo. Es una mierda amar a alguien y que eso pueda ponerla en peligro. Al menos, hasta que nos hagamos con todo. Mi consejo es que nadie lo note.

—No la amo...

Pero ayer quise hacer el amor con ella.

No hay quien se lo crea.

En ese momento estaba tan preciosa, bajo mis brazos, que quise marcarla. No solo su cuerpo. Quería su alma para mí. Toda ella. Lo que siento por ella me aterra, porque nunca he sentido nada parecido.

—Ya, claro, y yo no estoy loco por tu hermana. —Sonríe—. Que nadie lo note, Salva, porque, si lo hacen..., lo mismo eso nos acaba matando.

—Si no los mato yo antes —juro, y me centro en lo que tenemos entre manos, hasta que le digo algo que me ronda por la cabeza—. ¿Confías en todos nuestros hombres?

—No, y eso me duele. Solo confío en ti y en mi mujer, porque sois los dos únicos que moriríais por mí y yo por vosotros.

Miro la mesa y sé que yo pienso lo mismo. Aunque yo incluyo a Andres. Él es mi hermano y ha estado ahí siempre.

Revisamos el plan y, cuando lo tenemos claro, llamamos a los hombres y las mujeres en los que más confiamos.

Yo iré con ellos, para supervisarlos todo.

Es tarde cuando regreso a casa.

Mirabella me espera leyendo en la cama. Al verme, sonrío y sale de la cama.

—¿Todo bien? —me pregunta, y muerde su boca—. Puedes contarme en lo que andas. ¿No quieres que confíe en ti?

Es una oportunidad de saber si de verdad confía en mí.

Una prueba de fuego.

Le cuento todo con pelos y señales.

Cuando acabo, tomo su cara entre mis manos, porque noto algo raro.

—Si me traicionas, te mato —juro aterrado por esta presión que siento en el pecho.

Si la tengo que matar o ella muere, sé que lo poco bueno que queda en mí morirá con Mirabella. Será como matarme a mí mismo. No podría soportar vivir en un mundo sin ella. Eso me convertiría en el fantasma que alegan soy ahora.

—Lo sé.

Nos miramos agitados.

No quiero desconfiar de ella, pero esto es una prueba de fuego.

Tomo aire y suelto su cara. Voy a ir a la cama, pero la ansiedad que siento en el pecho no me deja dormir. Noto que algo no va bien.

—Tengo trabajo.

Veo dolor en sus ojos porque no vaya a la cama con ella y me siento un cabrón por no hacerlo.

Al final, cedo, porque la deseo y quiero creer en ella por encima de todo.

Joder, eso va a acabar por matarme.

—Tienes que confiar en mí. Pase lo que pase, yo cuidaré de ti.

—Lo sé —me dice, pero no sé si creerla.

—Esto solo saldrá bien si confías en que podré cuidarte.

—Lo sé —indica de nuevo, y odio que solo diga eso.

La beso con desesperación y entro en ella con fuerza, ansiando tenerla al completo. Con todas y cada una de las dobleces de su alma.

—No me falles, pequeña, porque no podré perdonarte.

—Lo sé —repite, con la voz llena de lágrimas.

Joder, estoy perdido... Nunca debí amarla. Que no me falle, joder. Que no lo haga, porque no se lo perdonaré.

Capítulo 32



Mirabella

Dudo mucho.

Mi padre sabe lo de esta noche. Sabe que Salvatore va a hacer un intercambio importante, pero no dónde.

Yo sí lo sé. Me ha pedido los datos de todo a cambio de no matar a mi marido. Según él, solo robará la mercancía y así Gineva tampoco sufrirá.

Si no lo hago, los matará...

Mi padre me manda varios mensajes.

O se lo digo, o Gineva recibirá un tiro.

Tiemblo de miedo. Estoy aterrada. Una voz me grita que confíe en mi marido; que él sabrá qué hacer y que, si le cuento lo que hace mi padre, tomará medidas.

Pero tengo tanto miedo, que no lo hago.

Tengo miedo de no poder salvar a todos los que ahora me importan.

Temo que en el instante en que mi padre descubra mi traición, la persona que tiene infiltrada, o los traidores, maten a Gineva o a Salvatore.

He visto a mi padre hacer cosas horribles y me ha destrozado la vida desde que nací, por lo que sé que es muy capaz de cumplir sus amenazas.

Mi padre es un monstruo y le tengo miedo desde que tengo uso de razón.

Si no hago esto, mi padre tomará medidas antes de que nadie pueda hacer nada.

No he podido tomar suficientes notas. No he descubierto la verdad y, por un momento, me pregunto si tengo tanto miedo porque no confío en mi marido...

No, es por lo mucho que lo amo que solo veo una salida para salvarlo.

A pesar de saber que Salvatore me matará.

Pero una vez yo esté muerta, la amenaza dejará de estar sobre su cabeza. O al menos nadie me usará para verlo morir.

Llega un mensaje.

Padre:

Es ahora o nunca, Mirabella.

Dudo, tiemblo de miedo. Siento angustia.

Cierro los ojos y le doy todos los datos.

Al acabar, termino vomitando de angustia y tiemblo tanto, que temo que los calambres me maten.

¿Qué he hecho?

Me he equivocado, pero ya no hay marcha atrás. Ni siento que pueda hacer nada.

Busco una pistola y la dejo cerca de mí.

Esta noche Salvatore me matará y tal vez sea lo mejor, porque así podré irme y no hacerle más daño. No ver en sus ojos el dolor por mi traición. Al menos, tuve suerte de saber lo que era el amor antes de morir.

Salvatore

Miro la carretera, tenso. Tengo un mal presentimiento. Desde que le conté a Mirabella todo, no puedo respirar bien. Es como si algo

me avisara de que la misión no está yendo como debería ir.

Lo tuve la noche de la explosión y por eso mandé a varios de mis hombres para que revisaran la zona. Por eso no todos cayeron. Mi miedo me hizo enviarlos fuera, para ver si había enemigos cerca, sin saber que el mal estaba dentro.

Me remuevo inquieto.

Joder..., no se va. Este malestar no se va.

—¿Qué pasa?

Umberto me mira a la espera y sé que tengo que tomar una decisión ya.

* * *

Los disparos van de un lado a otro.

Uno me roza el brazo.

Joder..., Mirabella me ha traicionado. Nos ha vendido...

Todo lo que siento por ella se convierte en odio y me hace desconfiar de todo. Ahora mismo siento que en realidad ha fingido todo y que su padre la metió en mi casa para esto...

¡He caído como un idiota!

Debo matarla..., aunque me duela.

* * *

Llego a la casa y grito a todos que mi mujer es una traidora.

Estoy tan agitado, que ahora solo quiero marcarla con el desprecio.

Pregunto por ella y me dicen que no ha salido del dormitorio.

Cuando llego, Mirabella lleva un vestido blanco precioso y se ha maquillado y peinado.

—Al menos, moriré preciosa —dice desafiante y me tiende una pistola—. Tal vez la muerte se enamore de mí y no me deje vagar sola nunca más.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

Me duele mirarla porque, a pesar de todo, la amo.

La amo con todo mi ser, pero lo vivido con ella ha sido una mentira. La traición me está matando tanto como lo que debo hacer. Mirarla me duele, porque cuando me pierdo en sus ojos quiero que todo sea como hace unas horas, cuando podía amarla sin miedo.

Pero no lo es.

Todo ha sido mentira.

He metido en mi casa a la hija de mi enemigo, creyendo cada una de sus palabras hasta enamorarme de ella. De una mujer que tal vez no exista.

—O tal vez me deje ser un fantasma. —La miro y, joder, ahora mismo la odio. La odio tanto que duele respirar—. Mátame.

Cojo el arma y la aprieto contra su pecho.

Tomo aire y su perfume me recuerda cada momento juntos. Cada engaño. Cada instante en que me hizo creer que podía confiar en ella.

La odio con la misma fuerza con la que la amo.

No dejo de mirar sus ojos azules mientras aprieto el gatillo, sabiendo que en unos instantes me mirarán sin vida.

Tomo aire y sé que nada en toda mi vida me ha costado más que esto.

Un amargo te amo se quiere escapar de mi boca y odio amar a una traidora con tanta fuerza.

La odio...

No lo pienso y disparo.

Cierro los ojos y me marchó, no pudiendo soportar verla más.

Esto se acaba aquí y ahora, para siempre.

Para mí está muerta.

Capítulo 33



Salvatore

—¿La has matado?! —Gineva entra en el despacho con el rostro desencajado y las mejillas llenas de lágrimas—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¡Me prometiste cuidarla!

Su marido cierra la puerta mientras yo bebo sin decir nada.

—No la he matado..., pero, en lo que a mí respecta, está muerta.

Gineva me mira con alivio y sale corriendo. Con seguridad, irá a ver a su hermana.

A la traidora.

A mi puto talón de Aquiles.

No la he matado y eso nos condena a todos.

No pude matarla. No pude hacerlo. No pude dejar que la muerte se la llevara...

No pude, porque seguro que esta la amaba tanto como yo y soy un puto egoísta que, a pesar de todo, no quiere que sea de otro.

Pero, al mirarla, supe que entre los dos todo había muerto.

Solo pude ver a una traidora.

Desconfío de todo. De cada una de sus palabras. Hasta de la noche que creí que era virgen. Lo mismo todo era un engaño. Bien planeado, para que ella fuera nuestro caballo de Troya.

Bebo de mi copa y miro a Renzo, que espera que le explique todo.

—Hicimos el intercambio, pero porque antes de llegar cambié los planes. Mi instinto me decía que algo no iba bien. Por eso fuimos al lugar acordado, pero divididos y sin la carga. Vimos a los hombres de Marchetti escondidos. Disparamos contra ellos y nos devolvieron los disparos... Le había contado a Mirabella todos los planes.

—Planes que solo sabían nuestros hombres más fieles. Si Marchetti no sabía de esto es porque ellos no son unos traidores.

—Eso pensé. Los descartas como traidores, pero no a ella. A ella, no. Me esperaba con una pistola y vestida de punta en blanco... para que la matara. Te juro que por un segundo esperé estar equivocado y no tener que matarla por traidora.

—Pero no pudiste hacerlo.

—Gineva está embarazada y no quería que eso la afectara.

—¿Solo por eso?

—Sí, y que corra la voz. Que corra la voz de todo. Marchetti ha ido contra nosotros. Mi palabra ya se ha roto. Ya no me importa que se sepa la verdad de todo.

—Al menos, eso evitará que la gente piense que eres un blando y que no la has matado por amor...

—La odio, Renzo. Con cada fibra de mi cuerpo. Para mí, ha muerto esta noche.

—Sabes que yo desconfío de todo..., pero tal vez en toda esta historia haya más piezas de las que creemos.

—No, no las hay. Es la puta de su padre... Por eso permitió esta boda. Para que le contara todo.

—Pues devuélvesela.

—Tal vez lo haga.

Estoy frío. Sin emociones. Ahora mismo, si alguien me dispara, dudo que pueda sentir dolor. Ahora mismo no siento nada. No hay dolor, porque su traición lo ha empañado todo.

Termino la copa y me marchó de esta casa que, de repente, se me antoja demasiado pequeña sabiendo que ella está aquí.

Tal vez debería hacer eso. Devolverla a su padre. Dejarla con él para siempre.

Tiemblo y las heridas de la metralla me duelen más que nunca.

Me siento derrotado y lleno de odio donde antes circulaba el amor más puro que había experimentado en mi vida.

¡Y todo era mentira!

No puedo con esto. No voy a poder vivir con esta traición. Tengo que tomar medidas y quizás así deje de sentirme muerto en vida.

Capítulo 34



Mirabella

Duele al respirar.

Nunca podré olvidar su mirada. La mirada cargada de odio que me echó cuando apartó la pistola en el último instante y disparó a la pared.

Aunque el tiro no me dio, lo sentí perforar mi corazón.

En ese instante, todo murió entre los dos.

Lo he traicionado y ahora que veo a Gineva ante mí, me pregunto si tomé el camino del miedo en vez del correcto.

Habla, pero no la escucho.

Estoy agitada. Nerviosa y triste. Muy triste. Mi corazón sigue latiendo mientras me siento morir por dentro.

—Mirabella, por favor, dime por qué nos has traicionado. ¿Acaso no te importa lo que nos pase? Creí que éramos amigas.

Pienso contarle la verdad, pero tengo miedo. Temo que, de hacerlo, mi padre les haga algún mal.

Por eso callo. Por eso prefiero que me vean como a una traidora.

Solo si supiera quién es el verdadero traidor podría protegerlos.

Pero no tengo nada. Salvo anotaciones de todo el mundo, por si eso me da una pista. He apuntado todo lo que veo y sé hasta lo más estúpido, por si eso me conduce a algún tipo de patrón.

No tengo nada. Solo páginas de letras sin sentido que les harán creer que soy una traidora.

Por eso callo.

—Esta noche debías morir —dice con lágrimas en los ojos—, pero Salvatore no te ha matado por una promesa que me hizo.

La miro atenta y más al saber que no me ha matado por ella. No porque, a pesar de todo, yo le importe.

No digo nada. Solo espero que hable.

—Mi madre se enamoró de alguien que no era mi padre y se fugó con él. Esa es la versión que he descubierto este año. La no oficial dice que la secuestraron y la violaron, pero la verdad es que mi madre se escapó de casa por amor.

—No sé por qué debería importarme esa historia. ¿Por traidora? Gracias, ya sé que lo soy.

—No es por eso. Mi padre trajo de vuelta a mi madre y ella ya estaba embarazada. La llevó con él a una reyerta e hizo creer a todos que la mató el padre de Renzo... Pero fue mi padre quien le metió un tiro, por traidora. No quería que nadie supiera que fue porque le había puesto los cuernos. Este hizo circular la otra historia —me explica—. A una mujer solo se la puede matar con una razón de peso... A menos que muera en un «accidente». —Hace un entrecomillado con los dedos.

Asiento, porque es así. En este lugar las leyes son diferentes. Por eso, mi padre no ha matado a mi madre. Esta se guarda mucho de no darle motivos y le viene bien tenerla cerca, ya que mi madre es la que le consigue putas para su edificio.

—Sigo sin entender esta historia.

—Mi padre mandó el cuerpo sin vida de su mujer a su amante y este se quedó con la niña, que estaba viva... —Se detiene un segundo—. Esta historia no me cuadró nunca y por eso investigué. En realidad, supe que no mató a esa niña porque era la hija de su enamorada y esa pequeña se parecía a mi madre.

Saca el móvil y me pone la foto de un retrato.

Lo miro y me sube un escalofrío por el cuerpo.

—Ese hombre era tu padre. Tú eres esa niña... Mi hermana. Salvatore prometió salvarte y casarse contigo. Por eso no te ha matado.

Miro el retrato, entendiendo todo.

Mi padre siempre me dijo que no me mataba porque me parecía a mi madre. Yo nunca vi ese parecido, pero ahora sí. Ahora comprendo su obsesión conmigo. Su forma de mirarme. Es como si la viera a ella.

Mi padre no va a dejar que sea de nadie...

Tomo aire agitada. Estoy nerviosa y sé que mi vida está condenada.

La puerta se abre y veo como recogen mis cosas.

—¿Qué pasa? —pregunta Gineva.

—Hacemos la maleta —dice Erminia—. Vuelves con tu padre. Han mandado un coche para recogerte en una hora.

«No. No, joder. No...».

Imagino mi futuro. Uno en el que mi padre ya no tiene excusas para hacer de mí lo que quiera. Para no encerrarme en el ático, para él y sus amigos.

Solo de pensarlo siento que la muerte sería menos dolorosa.

No lo pienso y voy hasta la pistola.

Sin pensarlo, me disparo ante la atenta mirada de Gineva y del resto. Delante de mi recién descubierta hermana, que grita en cuanto la bala perfora mi pecho.

Caigo al suelo.

Llora con fuerza y pide ayuda mientras siento como la muerte me acaricia los dedos.

—Me ha encantado conocerte —indico a Gineva, que llora de forma desgarrada.

La puerta se abre y aparece Salvatore.

Me mira aterrado un segundo, antes de que los ojos me pesen y se cierren para siempre, sin decirle por una vez que lo amo y poder pedirle perdón.

Capítulo 35



Salvatore

Ha muerto...

Eso es lo que siento y temo cada segundo que pasa sin noticias.

Después de descubrir su traición, llamé a su padre.

Era lo mejor: entregarla. Que se fuera con él.

Mandé que lo prepararan todo, pero me arrepentí y le dije a Marchetti que, si la quería, nunca la tendría.

Mi forma de joderlo era quedarme con ella.

No podía dejarla ir... a pesar de todo.

Estaba subiendo las escaleras para cancelar la orden cuando escuché el disparo y el grito desgarrador de mi hermana.

Vi a Mirabella en el suelo llena de sangre y rogué por que su disparo hubiera errado, como siempre le sucedía.

Saber que odia tanto a su padre como para matarse antes que ir con él no cambia las cosas. A pesar de odiarlo, no confió en mí y nos puso en peligro sin importarle nuestra suerte.

Sin importarle que todo eso me matara.

No puedo perdonarle lo que ha pasado. El odio me ciega por lo tonto que me siento al haber bajado tanto la guardia con ella.

Pero incluso con eso, no le deseo la muerte. Solo de pensar que no exista en este mundo se me aparecen las puertas del infierno a lo lejos, a la espera de convertir mi vida en un sufrimiento constante.

Los minutos se me hacen eternos.

Las horas pasan lentas.

Gineva no está bien y Renzo se la ha llevado varias veces a tomar algo.

Tomé decisiones en caliente..., pero solo me cegaba la ira. He lidiado con un corazón sin emociones, pero nunca con uno roto por el amor. No sabía que podía doler tanto una emoción tan grande.

Cuando el alma llora, la sientes en cada poro de tu piel.

Cuando el médico se acerca, Gineva se levanta y va hacia él.

—¿Cómo está?

—Ha perdido mucha sangre, pero está estable dentro de la gravedad. El tiro entró y salió sin causar daños graves.

Noto como suelto el aire contenido.

Gineva sonríe feliz y Renzo le da un beso en la mejilla.

Los miro y sé que ahora mismo no puedo estar aquí. Tengo mucho en lo que pensar y procesar. Lo que siento por la traidora de mi mujer me está matando y alejando de mis objetivos.

Debo tener la mente fría. Tengo que poner distancia.

Lo dejo todo preparado para que no salga del hospital hasta que esté completamente recuperada y me marchó a casa.

No salgo del despacho, con solo una botella como compañera.

No me gusta beber hasta perder el sentido, pero ahora mismo lo necesito para no pensar en nada e intentar ser el líder de los Giordano que era antes de todo lo vivido. Tratar de buscar que nada más vuelva a distraerme de mis metas.

Se acabó.

Capítulo 36



Mirabella

Hago rehabilitación y luego Ligia viene para que ensayemos.

Me instalaron en la planta alta del hospital hasta mi total curación, según las órdenes de mi marido.

En realidad, se trata de un encierro.

No puedo salir hasta que esté del todo curada. Es su forma de castigarme y de vengarse por lo que hice.

Pero podría ser peor...

Podría estar muerta o con mi padre. Lo segundo sería lo peor de todo, sin duda.

Gineva ha venido a verme cada día. Me trae fruta y dulces del exterior. Su embarazo ya se le va notando más y se me hace raro asimilar que el pequeño que crece en su vientre es mi sobrino.

Mi mala puntería no me mató. No soy capaz ni de dar a un blanco fácil y de cerca.

Es cierto que disparé sin pensar, creyendo que, diera donde diera, acabaría muerta.

No fue así y eso me salvó.

Miro a Ligia.

Perdí la oportunidad de bailar en el teatro, pero me ha prometido que habrá más ocasiones.

El médico pasa a verme y me trae el alta.

—Ya puede regresar a su casa.

Miro el papel y sé que si vuelvo ahora es porque Salvatore ha dado permiso.

Volver... No sé si estoy preparada para ello. Para enfrentarme a un lugar donde puedo encontrármelo; donde tenga que mirar sus ojos verde azulados cargados de odio.

No he dejado de amarlo.

Todo sería más fácil si así fuera. Si cada noche no añorara su calor y su fuego. Si no me preguntara lo que está haciendo o si está bien.

Todo sería más fácil si no sintiera que lejos de él he perdido el último pedazo de mi corazón.

Recojo mis cosas y al bajar me espera Andres. Este se ha pasado casi todos los días para ver cómo estaba.

—¿Ganas de volver? —Coge mi mochila y se la cuelga al hombro.

—Las mismas ganas que de comer mierda de caballo.

Sonríe de medio lado.

—La gente ya está advertida de que no te pueden decir nada.

—Me da igual lo que me digan. Soy una traidora. Merezco todo lo malo que puedan hacerme. Si no fuera la hermana de Gineva, ya estaría muerta.

No añade nada más.

Es una realidad.

Solo estoy viva por ser su hermana.

Caminamos hasta la casa y al entrar miro el pulido suelo y sus alfombras. Soy incapaz de alzar la cabeza. No tengo el honor de ir con la cabeza alta, como si lo que pasó no fuera mi culpa.

Sigo a Andres hasta mi habitación y veo que nos alejamos de la que antes ocupaba.

Subimos a la segunda planta y abre una puerta.

—Han habilitado este lugar para ti, como si fuera un piso... La sala de baile está al fondo. —Mira al techo—. Así no podrás...

—Delataros. Lo pillo. —La cámara nos sigue conforme nos movemos—. ¿Y todo el mundo me va a ver desnuda?

—Estas grabaciones solo las revisa tu marido. Nadie tiene acceso a ellas.

—Genial.

—Tienes comida y todo aquí, para que no tengas que salir si no es necesario, y si quieres salir, alguien te acompañará por la casa.

—Al menos esta cárcel tiene luz del sol.

—Podría haber sido peor.

No le respondo.

Se despide y cierro la puerta.

Miro fijamente a la cámara, como si sintiera que mi marido me está observando.

Durante todo este tiempo, nadie me ha preguntado por qué lo hice. Se me ha juzgado y condenado sin darme la posibilidad de explicarme y, aunque lo entiendo, también me duele que nadie haya sabido ver en mí que no soy tan egoísta como para hacer eso sin una razón.

Ni siquiera Gineva me ha preguntado nada.

Me apoya sin más. Lo hace de forma incondicional y es algo bonito, pero yo necesitaba contar mi verdad. Una que a nadie le importa. Una que ya no puedo callar si me preguntan, pero hasta que llegue ese momento trataré de encontrar alguna pista que nos lleve al traidor.

Reviso el espacio y veo rejas en las ventanas. Está claro que es una cárcel, pero al menos estoy sola y es toda para mí.

Me cambio de ropa y voy a bailar.

La sala de baile no es muy grande, pero es suficiente para mí. Que, a pesar de todo, Salvatore no me quite esto me parece un respiro dentro de toda esta tormenta.

No sé qué pensar de este detalle.

Merezco lo peor y me ha regalado la música.

Si sabe que la necesito, ¿por qué no me busca para exigirme la verdad?

Quizás porque la verdad poco importa cuando ya has sido juzgada y condenada.

Lo triste es que me gustaría verlo, aunque sea para comprobar cuánto me odia. Lo echo terriblemente de menos y todo lo vivido juntos aparece en mi mente cada noche, antes de acostarme. Me pierdo en esos momentos en que lo mucho que lo amaba era mi verdad más grande.

Lástima que los recuerdos solo te calmen un instante, antes de que la certeza de que no volverán te haga infeliz.

* * *

Marta viene a por mí para dar una vuelta por el barrio con Gineva. Cuando no venga ella, lo hará Erminia.

Al salir, siento las miradas de todos y algunos escupen cerca de mí.

Marta los mira mal, pero nada más.

Al llegar hasta donde se encuentra Gineva, esta me observa con mala cara.

—¿Y si comemos algo en tu cuarto? —Trata de tapar algo, pero lo veo igualmente.

En la tienda han prohibido mi entrada.

—Su hijo era uno de los que iban esa noche —explica Marta—. Podrían haber muerto todos. ¿Qué esperabas? Los querías muertos —comenta con sencillez.

—Lo siento —dice Gineva—. Vamos a mi barrio, seguro que allí la gente te tratará mejor.

—No creo, pero gracias por intentarlo.

Corro hasta la casa y, antes de llegar, me ponen la zancadilla.

Caigo de bruces contra el suelo.

Noto dolor en la rodilla. La toco, temiendo que esté rota. Miro a la gente que hay a mi alrededor, pero todos se hacen los tontos.

Me levanto y voy hasta mi cuarto.

Cierro la puerta y me quedo sola.

Gineva llama para entrar, pero no la dejo.

Pongo la música alta y bailo sin importarme las heridas de mis manos.

Me lo merezco..., pero no por eso deja de doler.

* * *

Así pasan varios días...

Un tropiezo. Un golpe. Una puerta en las narices...

Acabo con moratones por todo el cuerpo y nadie les dice nada.
Erminia me pide que lo comprenda.

Andres no parece enterarse de nada mientras vigila que su esposa no se vaya con otro, ahora que se están dando una oportunidad.

Mi marido... A él ni lo he visto.

Pero yo he observado cómo mira Erminia a Umberto, como si compartieran mensajes en clave. Con seguridad, para quedar luego.

Lo apunto en mi libreta con mis sospechas.

Nadie ha dicho nada de ella. Está entre mis cosas de baile y, como anoto todo entre los pasos de baile, si lo han revisado quizás pensaron que eran cosas de la música.

—¿Otro cardenal bailando? —pregunta Ligia, cuando viene para ensayar.

—Sí.

No dice más y lo agradezco.

—Quiero grabarte para una prueba. ¿Puedo?

—Claro.

Saca una cámara de vídeo y la pone en una mesa.

Ligia fue la niñera de Salvatore, pero siempre quiso bailar. Era muy joven cuando lo cuidaba, con apenas catorce años. Cuando su madre pudo, la sacó de este sitio y la hizo pasar por muerta para que pudiera cumplir su sueño de ser bailarina.

Pero Salvatore siempre ha sabido que estaba con vida, porque la quería mucho, como a una madre.

Cuando le propuso regresar, no lo dudó.

Esto me lo contó Gineva sin que yo le preguntara, pero la verdad es que tenía mucha curiosidad por esta historia.

Pone una pieza de música que hemos ensayado varias veces y doy lo mejor de mí, como si estuviera en un gran escenario y no aquí, donde tanto me odian.

Al acabar, miro agitada la cámara.

Ligia sonríe y detiene la grabación.

—Tal vez pueda conseguir que te den una oportunidad.

—Ojalá. Lo estoy deseando...

—No te calles ahora —me pide.

—Nada. No iba a decir nada. Tengo lo que me merezco.

—Lo dudo. En una historia siempre hay dos versiones. Tú sabes lo que te llevó hasta ese punto.

Seguimos ensayando y reparo en que si lo hice fue por el traidor. Por la persona, o las personas, que están aquí metidas y son aliadas de mi padre.

Si le cuento a Salvatore todo, no me creerá, pero si le muestro alguna prueba, quizás sí me escuche y pueda salvarlos.

Tras darme una larga ducha, cuando Ligia se marcha empiezo a tomar notas de todo lo que he visto hoy. De cada pequeño detalle y cada cosa. Incluyo los nombres de los que más me golpean, aparentemente sin querer, y de los que no.

Apunto todo.

Hasta los gestos inocentes que se dedican unos y otros.

Por eso, cuando bajo para dar una vuelta por la casa, me fijo en todo.

—Ahora vengo —me anuncia Erminia mientras reviso las novelas de la biblioteca para coger nuevas—. No te muevas de aquí. —Algo en su voz no me gusta, pero me quedo donde me indica.

Lo cierto es que me gusta más estar con Marta. Es sincera y me fío más de ella que de Erminia. No para de mirar a Umberto y no me gusta. Me da pena Andres.

Le digo que vale y me quedo sola, revisando las sinopsis.

Gineva dejó atrás una gran selección de novelas románticas.

Estoy por decidirme entre dos cuando la puerta se abre y la cierran de golpe. Creo que es Erminia hasta que me atacan.

Me golpean hasta tirarme al suelo.

No puedo defenderme ni ver nada, porque uso las manos para cubrirme la cara. No digo que paren. Solo pienso que lo merezco, mientras lloro y rezo para que no me lesionen.

Tengo que salir de aquí, quiero bailar...

—¡Parad! —grita Erminia—. La vais a matar y ese no era el trato.

—La zorra debería estar muerta.

—Creo que ya lo sabe. Ha quedado claro el mensaje.

Miro a Erminia. No hay duda de que no está de mi parte.

—La próxima vez te mataremos. Podríamos estar muertos por tu culpa. —Se marchan.

Me levanto y salgo de la sala. Con el labio y la ceja partidos.

No emito sonido alguno hasta que llego a mi habitación.

—Si me traicionas, te mataré —me amenaza Erminia antes de salir y si antes me fiaba poco de ella, ahora menos.

Pero aquí todos me odian y ella solo es una más. Erminia es una mujer. Alguien en quien mi padre nunca confiaría.

Se marcha y voy hasta la ducha.

Miro las cámaras y por eso me hago la fuerte hasta entrar en el aseo. Solo entonces dejo salir las lágrimas, mientras me meto bajo el agua con ropa incluida.

Me hago un ovillo y lloro con fuerza al mismo tiempo que me repito que me lo merezco.

Es todo por mi culpa...

Pero duele saber que él, Salvatore, está viendo todo y disfruta de mi dolor.

Me pregunto con gran dolor si él no hubiera preferido que ese disparo me hubiera matado. Así estaría casado con otra.

Con solo imaginarlo con otra, me muero.

Solo de saber que a quien amo desea mi muerte me destroza.

Nunca le importé, aunque creí que sí.

Capítulo 37



Salvatore

Vuelvo a casa tarde.

Me paso casi todo el tiempo fuera. Saber que ella está aquí hace que la vivienda se me antoje pequeña.

En algún momento tendremos que encontrarnos.

De hecho, la necesito para los negocios en la ciudad. Tenemos que ir a varias cenas juntos. Tengo que mirarla a la cara y no sentir nada, salvo odio.

Pero no puedo...

Preparé todo para ella y la instalé en una zona de la casa sin señal de internet ni de móvil. No puede llamar a nadie y fuera está vigilada por mis hombres.

Por los informes que me llegan, todo está sin incidentes.

Tengo cámaras en su piso, pero apagadas. Solo son para que ella se sienta vigilada y no haga nada. Una forma de evitar que vuelva a pasar información a su padre.

No sé cómo lo hizo.

Registré su dormitorio y no había nada. Debió de destruir las pruebas.

La puerta de mi despacho se abre y aparece Renzo. Camina hacia mí con gesto cansado.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que atacar a los Abatio, pero necesitamos dinero. Tienes que conseguir más apoyos comerciales y Gineva no puede ir. Se queda dormida como un tronco por las tardes.

—Se lo pediré a Mirabella. No le queda otra.

—¿La has visto?

—No.

—Tienes que hacer por verla. Si tienes claro que no quieres el divorcio y no la vas a mandar con su padre..., por nuestros intereses comunes, intenta fingir que os lleváis bien.

—Lo tengo en mente.

Asiente y, tras comentar varias cosas más, se marcha a su casa.

Voy a por otra copa.

Joder..., he perdido la cuenta de todo lo que bebo últimamente.

Al final, como siempre, me quedo dormido de tanto beber.

Despierto con un fuerte dolor de cabeza y, al abrir los ojos, Ligia está delante de mí y me mira con frialdad.

—¿Se puede saber por qué tu mujer tiene tantas lesiones?

—No estoy ahora para hablar de mi mujer.

—Ha aparecido con un ojo morado y un cardenal en las costillas.

—La miro tenso—. Dice que se le cayeron los libros de la biblioteca. ¿Esperas que me lo crea? Como la estés golpeando, juro que me la llevo de este sitio.

—Me gustaría ver cómo lo intentas. —Me levanto y la miro furioso—. No te pago para darte explicaciones de mi vida.

—No, pero creí que eras diferente a tu padre. Ya veo que me equivoqué. —Saca del bolso un folleto—. Tienes que hacer que la lleven a ensayar fuera. Van a darle un papel pequeño en la obra.

—Lo prepararé todo.

—Bien. Me marcho y como, por tu culpa, ella acabe sin poder acudir, dejaré de darle clases. No te casaste con la hija de tu enemigo creyendo que todo iba a ser un camino de rosas, ¿verdad? Que te traicionara debían de esperarlo todos menos tú. Te creía más listo, muchacho. Ahora descubre si hay algo más, en vez de parecer un muerto en vida. Das pena. Y, como le vuelvas a pegar..., juro que te librarás de ella, porque me la llevaré a mi casa.

Se marcha y me pregunto de qué narices habla.

Voy hasta el ordenador y conecto las cámaras de vídeo. Busco a Mirabella, por su casa, con dedos temblorosos. No estoy preparado para verla.

La encuentro haciendo estiramientos y puedo contemplar su ojo morado. Su labio partido y los cardenales de las piernas y las costillas. ¿Pero quién narices le ha hecho eso?

Luego recuerdo que Mirabella encontraba placer en el dolor. Tal vez todo sea cosa suya.

Ligia entra y le dice que he dado mi permiso.

Los ojos de Mirabella se iluminan y parece feliz de verdad. O solo está fingiendo, porque sabe que la vigilo.

Es horrible no confiar en la persona que amas...

Aprieto los puños y, cuando se pone a bailar, la recuerdo bailando para mí.

Todo parecía tan real... y era mentira. Solo buscaba información.

Joder..., eso debería ser suficiente para dejar de amarla.

Debería ser suficiente para no echarla de menos.

Acaba de bailar y se lleva la mano al costado. Toma aire y veo sus ojos llenos de lágrimas antes se seguir como si nada.

Esos golpes no se los pudo hacer ella.

Apago las cámaras y llamo a Andres, que no tarda en entrar.

—¿Deseas algo? —Sonríe al ver la botella vacía—. Podrías buscar otras formas de dormir.

—No te llamo para eso.

—Tú dirás.

—¿Has visto algo raro en Mirabella? Tiene un ojo morado y las costillas golpeadas.

—¿La has visto?

—Por las cámaras, un momento.

—Ah, ya me extrañaba. Por lo que sé, Erminia me dijo que la encontró en la biblioteca con una estantería encima y varios pesados libros alrededor. Nada importante. Quería subirse para coger algunos y la estantería se cayó. Yo mismo fui a repararla.

Lo que dice encaja con la versión de Mirabella.

Asiento y, tras darme una ducha, me marchó de vuelta a la ciudad. Es algo que me cuesta más que otros días, porque, tras

verla, la necesidad de tenerla delante es más grande.

Es mejor así...

No confío en mí mismo si la tengo cerca.

Capítulo 38



Mirabella

Me duele todo el cuerpo y no quiero parecer una cobarde, pero no salgo de mi lado de la casa hasta estar recuperada.

Bajo con Erminia con miedo, porque supongo que, como la otra vez, me dejará sola.

Así sucede.

Vienen hacia mí, al poco, y me defienden con un cuchillo de cocina sin punta, porque me han quitado todo lo que pudiera usar para hacerme daño.

Lucho y peleo, pero acabo en el suelo herida y recibiendo patadas.

—Así hasta que mueras, ya que él no tuvo los huevos de matarte.

—Dejadla —les ordena Erminia y se marchan—. Lo siento, Mirabella, pero los traidores acaban muertos. Mi marido y mis amigos iban esa noche... Yo, por los míos, mato.

Tras decir eso, deja caer la estantería sobre mi cuerpo.

Me trago todos los gritos de dolor.

Se marcha y cierro los ojos, llenos de lágrimas. Tomo aire. Si me lesiono, no podré bailar. No podré salir de este sitio.

Me lo merezco...

Todo fue por mi culpa...

No hago el intento de luchar porque, en el fondo, sé que solo están haciendo lo que deben.

A los traidores se los mata.

Me lo repito una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? —La voz dura de Salvatore se cuela entre mi bruma y siento como me quita la estantería de encima.

No, no estoy lista para verlo. No, cuando estoy temblando de dolor.

—Te he hecho una pregunta.

—Me subí a coger un libro... Se cayó.

Me levanto y veo como la sangre cae en mis manos.

Me levanta la cabeza y, al ver el aspecto que tengo, sus ojos se oscurecen por la sed de sangre. Y esta vez no es la mía.

—Quién. Ha. Sido.

—Se me cayó la librería de nuevo... —repito lo que dijo Erminia la otra vez.

Noto su mano en mi mejilla. Su contacto me quema y me recuerda momentos que pasamos juntos.

Aparto la mirada, porque duele mirarlo y saber que de él solo me quedan los recuerdos.

—Dime nombres.

—Se cayó la estantería. Solo ha sido eso...

—¡Mientes! —Tiemblo por sus palabras—. Dime nombres.

—Se me cayó la estantería. —Alza la mano para pegarme y espero su bofetada.

No termina de pegarme, pero se aparta enfurecido.

Hago amago de levantarme, pero me cuesta andar.

«No, por favor, que no tenga nada roto».

—¡Joder! —Salvatore duda, pero me toma entre sus brazos y, aunque protesto, me dejo caer sobre su pecho.

Tomo aire y su perfume me recuerda cada instante que estuvimos juntos.

Duele tenerlo tan cerca y, a la vez, tan lejos. Me matan las ganas de besarlo. De tocarlo y de rogarle que me perdone.

Aprieto los puños para no abrazarlo. Su calor me está matando, porque quiero abrazarlo con fuerza y no soltarlo jamás.

«Perdona, por favor...», grita mi alma, ansiando su contacto.

—O me dices un nombre o los mato a todos.

Sonríó, porque hasta parece que le importo. Algo lejos de la verdad.

—No mates a los libros por lesionarme. No tienen la culpa de su crueldad.

—Mirabella...

—Ha sido mi culpa.

Sube conmigo en brazos hasta mi piso y cada segundo es una tortura por lo mucho que lo extraño. Quiero perderme de nuevo en su abrazo. Que me consuele, que me acaricie y que me diga que todo irá bien...

Pero nada irá bien.

Duele amar tanto a alguien que solo destila odio por ti.

Llegamos a mi parte de la casa y vamos al aseo.

Me deja sobre la encimera y va a buscar las cosas que necesita en el botiquín.

Cuando regresa, no tiene buena cara.

Me limpia las heridas con gesto tenso, como si quisiera matar a todos los que lo rodean. A mí, la primera.

—Dime un nombre.

—No me he aprendido los autores de los libros.

Cura mi ceja, enfurecido.

—No deberías protegerlos.

—Los libros no tienen la culpa de que me subiera a la balda a traición. —Toma aire, cansado de mis dobles sentidos—. Solo hicieron lo que debían, para protegerse.

—No quieres enfadarme.

—Con sinceridad, a estas alturas me da igual. Dudo que eso cambie algo entre los dos.

Nos miramos tensos.

—Quítate la ropa. Quiero comprobar si tienes alguna costilla rota.

—No tengo costillas rotas, porque me costaría respirar.

Me observa, dejando claro que no quiere discutir más.

Bajo del lavabo y tiro de la camiseta hacia arriba.

Su mirada se oscurece más al ver mi sujetador semitransparente.

Cuando se acerca, está demasiado tenso.

Pone las manos en mis costados. Cierro los ojos por el dolor de sentirlo tan cerca, pero tan lejos al mismo tiempo.

Me toca como si fuera un objeto. Es como si tenerme así, medio desnuda, no le removiera por dentro. Como si en este tiempo separados hubiera olvidado lo que era fundirse con mi piel y ser uno.

Duele mucho, porque yo me muero por cada una de sus caricias.

—No están rotas. No salgas de este lado de la casa. Cualquier cosa que necesites, pídelas.

—¿Ahora soy tu prisionera?

—Al menos, aquí no te usamos para que te follen otros. —El dardo va directo al pecho—. Solo es por prevención, hasta que los libros dejen de lesionarte.

Duda, pero al final se marcha.

Me quedo sola y encerrada.

Cojo la ropa y me visto sin muchas ganas de nada. Antes, al menos, tenía los libros para perderme en ellos. Ahora, solo me queda la música.

Voy hasta la sala de baile y danzo con tanto dolor en el cuerpo, que acabo llorando de rabia.

Todo es por mi culpa...

Pero eso no hace que duela menos todo.

Capítulo 39



Salvatore

Estoy que echo humo y me cuesta mucho no salir de mi despacho para liarme a tiros con todos, por haber maltratado a mi mujer.

¡Joder! La odio, pero no soporto que nadie la lastime; que nadie le ponga una sola mano encima.

Lo peor es que ella los ha encubierto y no es la primera vez que pasa. Entiende que suceda. Los defiende y los justifica. ¿Qué esconde ahora para ser tan sumisa? Sé que no habla con su padre. No tiene forma de hacerlo, pero no sé qué trama. Odio no confiar en ella.

Más aún, desearla.

Cuando la toqué, ardí por ella. Su cuerpo menudo bajo mis manos clamaba por mis caricias y mi cuerpo.

Joder..., la sigo deseando como hace semanas. Incluso más.

Habríamos podido ser felices, pero está claro que la felicidad no es para mí.

—¿Qué quieres? —me pregunta Andres, que entra con su mujer al despacho.

—¿Acaso no podéis hacer una sola cosa bien en la vida? —Los dos me miran serios—. Mirabella ha sido atacada de nuevo.

—Solo han sido los libros —dice Erminia enfadada.

—¿Te crees que soy tonto? No quiero liarme a tiros con todos. Quiero nombres en mi mesa.

—No pienso decir nada. Los libros merecen vengarse por una traidora —insiste Erminia—. Cuando decidiste no matarla, la dejaste en esa posición. A los traidores se los mata o se los repudia. No te hagas ahora el tonto, porque ya sabías que pasaría. Tienes suerte de que nadie la haya matado, porque ganas no le faltan a nadie.

Andres aparta la mirada.

—Si alguien le pone un solo dedo encima, lo mataré.

—Si haces eso, la gente irá contra ti —me avisa mi hermano—. Tenías que haberla matado. Al no hacerlo, ahora eres un jefe frágil y Mirabella es tu punto débil. Necesitas a todos los hombres para ir contra los Abatio. No hagas nada o, en vez ir a tu lado, irán contra ti.

Las advertencias de los dos quedan en el aire y sé que tienen razón, pero ahora mismo ardo de rabia.

—Los Marchetti están ofreciendo mucho dinero a la gente para que formen parte de sus filas. —Miro a Andres—. Si no quieres quedarte solo en esto, deja que ella se ocupe de sus problemas sola o lo perderás todo.

Les indico que se marchen y voy a por una botella.

Bebo un trago agitado y nervioso.

Necesito desquitarme con alguien.

Miro la mesa del despacho y recuerdo la lista de nombres de Mirabella.

Tal vez fue mentira todo, pero juré que los mataría.

Esta noche empezaré a hacer limpieza de cabrones.

Capítulo 40



Mirabella

No he salido de mi cuarto, pero al despertar al día siguiente vi una librería nueva en el pequeño salón de mi piso, llena de libros de los que solía leer, y sé que Salvatore mandó que los subieran. Que me siga cuidando, a pesar de todo, me hace sentir mariposas y odio que estén ahí, porque solo me hacen daño.

Hoy es el día del estreno.

He estado ensayando con Ligia y he ido varias veces a la ciudad, al mismo teatro, para ensayar. Se han vendido todas las localidades.

Es una obra pequeña, pero estoy emocionada y nerviosa.

Es la primera vez que hago algo así y la emoción corre por mis venas. Ojalá este momento pudiera compartirlo con alguien.

Gineva no está pasando un buen embarazo y no ha venido estos días, pero su marido me ha traído cartas de ella y ha esperado mientras las leía para darle mi respuesta.

Me gusta saber que está ahí.

Hoy me envió un ramo de flores para desearme suerte.

No la merezco, pero sé que tomé la decisión correcta esa noche. La protegí sin saber que era mi hermana y lo volvería a hacer... Nos une un lazo muy fuerte, más grande que la sangre.

Miro mi maillot. No es un ballet como tal, pero llevamos ropa con tutús y muchos brillos. Es más bien música urbana, con algunos pasos de clásica.

Es una mezcla que me ha encantado repetir una y otra vez.

—Todo irá bien —me dice Ligia.

No muy lejos se encuentra Marta con su marido. Ella come una manzana, tranquila, mientras observa todo. No se le escapa nunca nada.

Algo que me inquieta, porque si es capaz de verlo todo, ¿por qué nadie encuentra al traidor? A menos que sea ella...

Imposible. Mi padre antes se muere que confiar en una mujer, pero su marido, lo mismo...

«No, deja de pensar en traidores».

—Gracias por esto —le indico a Ligia, olvidando por un momento mi mundo.

—De nada. Solo es el principio, pequeña —que me diga eso me recuerda a Salvatore y tengo que tomar aire para contener las lágrimas.

Me encantaría que él estuviera aquí.

Nos preparan para salir y disfruto. Atesoro cada momento.

Los nervios, las risas y las miradas. Todo lo guardo para siempre en el alma. Nunca esperé que pudiera estar en un lugar como este; que yo pudiera ser algo más que la princesa del capo.

Y aquí estoy.

Nos dan la señal y la obra empieza.

Me sé de memoria cada acorde. He estado viendo los vídeos de la obra en mi casa, en la tele. Me los trajo Ligia en DVD. Eso y varias películas que ella tenía. Tomo aire y cuando salgo al escenario, noto como la magia de este momento me hace volar.

Al llegar, giro con el resto. Me muevo con la música y soy parte de algo más grande que yo misma.

Miro al público y entonces lo veo.

Salvatore...

Está en primera fila, con un folleto en la mano. Sus ojos serios están fijos en mí.

Ha venido...

Está aquí. En primera fila, como cuando me pidió hacer el amor y le entregué mi alma sin que lo supiera.

Tiemblo de emoción mientras bailo y sé que lo hago solo para él. Como aquellas veces en las que dejé el pasado en la puerta y fuimos solo uno.

Quiero volver a eso. A sentir que por mí haría cualquier cosa. Quiero regresar a cada uno de los momentos en los que me perdí con él lejos de este mundo.

Disfruto del baile y, aunque no se lo puedo decir, bailo para él.

Al final, salimos para saludar y mis ojos están fijos en los de Salvatore.

Cae el telón y me invade el miedo de no verlo después.

Hace días que no nos hemos encontrado y lo echo de menos. Cuesta dormir por las noches sin el calor de su cuerpo contra el mío.

Me cambio con el resto y salgo para buscar el coche, tras despedirme de Ligia y hacerme varias fotos con el elenco.

Quieren que vuelva y eso me emociona, pero me invade la duda de poder hacerlo, porque quieren que venga a ensayar aquí casi todos los días y no sé si eso será posible. Ellos no saben que yo vivo en un mundo diferente, lleno de venganzas y cruces de balas.

Salgo y veo el coche de mi marido en la puerta, con varios de sus hombres cerca.

Voy hasta el vehículo y se abre antes de que llegue.

Siento a Salvatore cerca. No me toca, pero mi piel vibra pidiendo su contacto.

—Gracias.

Entro en el coche y espero a que entre.

Miro hacia delante, pero no pueden vernos, por el espejo que nos separa del conductor.

Estamos solos aquí atrás, como cuando nos dejamos llevar por la pasión.

Pero parece que ha pasado una vida desde entonces.

Veo por el rabillo del ojo como Salvatore entra.

El coche se pone en marcha y él mira hacia fuera.

—Quieren que venga a ensayar...

—Bien. Lo prepararé todo para que puedas hacerlo.

No me mira, pero esto es más de lo que he conseguido en estas semanas.

—Gracias.

—No me las des. Lo mismo esto acaba por matarte. O a mí, porque uses este lugar para comunicarte con los hombres de tu padre...

—Claro, no tengo otra cosa que hacer que jugarme la vida de nuevo.

—Ya lo hiciste una vez. No veo la diferencia.

—Ni yo entiendo como puedes ser tan hipócrita.

Me mira y se acerca agitado.

—¿Soy un hipócrita?

—Sí, lo eres. —Me mira a la espera de que siga. Su dura mirada no me amilana—. Te casas con la hija de tu peor enemigo y esperas que, porque te crees el puto amo, ella sea tuya en todos los sentidos. ¡Eres un hipócrita!

—¡Y tú una traidora!

—¡Casi no te conocía! No debería haberme enamorado de un extraño...

«Mierda..., lo he dejado ir sin darme cuenta».

—¿Enamorado? No me hagas reír. Solo dices eso para conseguir algo más de mí.

«Claro, no me cree».

—Por supuesto, porque solo una idiota se enamoraría de alguien como tú —lo suelto herida por sus palabras y por su fiera mirada.

—Pues por este idiota bien que jadeabas y te corrías.

—Solo fingía —digo, sabiendo que estoy cavando mi propia tumba.

La rabia rezuma por sus poros.

Tira de mí y me sienta sobre él para devorar mi boca con furia y dolor.

No es un beso dulce, sino uno que habla de dolor. De odio, de noches sin dormir, buscando el cuerpo del otro... Es un choque de voluntades mientras nos negamos a admitir lo mucho que añoramos al otro.

Al menos yo.

Tiro de su pelo y él del mío.

Gimo en su boca y gruñe.

Sus manos tiran de mi ropa y yo de la suya.

Lo necesito. Siento el sexo arder por la necesidad de notarlo dentro. Quiero que me llene con su polla. Quiero que bese cada parte de mi cuerpo. Quiero que me ame...

Joder, quiero que me mire una sola vez como aquellas veces en las que todo parecía perfecto.

Muerdo su boca y él la mía.

—¿Así es como les gusta a las putas como tú? —Le cruzo la cara y chupa la sangre de su labio—. Y yo te creí... Qué bien se te da fingir.

Regreso a mi sitio y me pongo el cinturón.

—Acabarás muerto pronto, porque tienes la verdad delante y el orgullo te impide verla. Mandaré flores a tu tumba y me casaré con otro que me folle bien duro. —Coge mi cara con sus manos—. Una y otra vez.

Me besa de nuevo con rabia.

Lamo su sangre y gruñe.

—Intentaré vivir muchos años, solo para joderte la existencia.

—Lo estoy deseando, porque yo te jodo la tuya por no tener los huevos de preguntarme por qué lo hice. No lo haces porque te asusta la respuesta y tal vez darte cuenta de que me juzgaste demasiado pronto, sabiendo de quién era hija... Por descubrir lo desgraciado que es mi padre. No me preguntas la razón porque, de estar equivocado, odiarías cada día en que me repudiaste en vez de cuidarme...

Veo la verdad en sus ojos un segundo y eso me da esperanza.

Pero luego sonrío.

—No te pregunto la verdad porque no me importa lo que pueda decirme una zorra como tú.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos y hago lo imposible por no derramar ninguna.

Al llegar a la casa, voy hasta mi cuarto y me encierro en él. Solo entonces me permito llorar por amar a alguien así.

Capítulo 41



Salvatore

—Lo estoy deseando, porque yo te jodo la tuya por no tener los huevos de preguntarme por qué lo hice. No lo haces porque te asusta la respuesta y tal vez darte cuenta de que me juzgaste demasiado pronto, sabiendo de quién era hija... Por descubrir lo desgraciado que es mi padre. No me preguntas la razón porque, de estar equivocado, odiarías cada día en que me repudiaste en vez de cuidarme...

Vació la botella sin poder quitarme de la cabeza las palabras de Mirabella.

No lo hago porque están cerca de la verdad.

Me cegó el odio por lo mucho que la quería, pero luego no tuve el valor de saber la verdad, porque no podría perdonarme que casi muriera por mí.

Cuando la vi bailar, era tan feliz que no parecía tener dobleces. Se parecía a esa joven inocente que había vivido cosas horribles, pero luego dudé de que todo fuera un plan mayor.

Un error, ahora, lo puede cambiar todo. Puede ser la muerte de mucha gente.

Marchetti está moviendo sus cartas y yo las mías.

Cada hombre que mato de la lista de Mirabella es un mensaje para él.

Dudo que sea tonto y no sepa leer el mensaje. En eso sí que Mirabella no me mintió.

Odio desconfiar de todo y lo peor es que mi instinto me dice que la escuche, pero temo que esté empañado por lo que siento por esa mujer.

Besarla fue un error. Me recordó lo mucho que la añoro cada noche.

Por eso, bebo hasta caer muerto, porque mi cuerpo ansía el suyo para poder descansar.

* * *

Voy a buscar a Mirabella a sus ensayos.

Las cosas se han puesto complicadas por aquí y vamos a ir a por los Abatio, si conseguimos un acuerdo comercial.

Es por eso que necesito a Mirabella para asistir a una cena elegante.

No hemos hablado. Ni nos hemos visto en las dos semanas que han pasado desde su estreno en el teatro.

Pero sí ha salido del cuarto y varias veces se le han caído los libros.

He estado a punto de matar a varios de mis hombres, pero Renzo me dijo que ahora no era el momento. Además, me insistió en la idea de que Mirabella debe ganarse el respeto de todos.

Tiene razón, pero no entiendo por qué sale; por qué quiere provocarlos.

Aunque sé que tiene que hacerse fuerte si quiere vivir en esta casa.

No puedo tenerla siempre encerrada, pero he tenido que irme todos los días para no acabar yo solo con todos mis hombres, porque la miran mal o van contra ella.

Por lo que sé, ha vuelto a entrenar, pero sola.

No confía en nadie y no es para menos.

Marta va con ella, pero me dijo que desconfía de ella. Creo que ahora mismo tiene más enemigos que aliados.

En cuanto llego al teatro, alza sus ojos azules y los entrelaza con los míos.

Está jadeante y preciosa. Joder, no me canso de mirarla, aun odiándola. No dejo de pensar en sus palabras, una y otra vez.

Al acabar, baja del escenario y viene hacia mí.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos una cena. Ligia te llevará a un camerino donde te esperan para vestirte y peinarte tras darte una ducha. No tardes.

—Claro, señor.

Su forma de llamarme no hace más que excitarme.

Joder, esta mujer sabe qué hacer o qué decir para que la desee más que respirar.

Se aleja y me marchó al coche. Si esta noche todo sale bien, iremos contra los Abatio. Tendremos dinero y hombres para hacerlo.

Espero en el coche, mirando el móvil, cuando la puerta se abre y me quedo sin palabras por la belleza de Mirabella.

Mi hermana me dijo que se encargaba del vestido y ahora sé que lo eligió para joderme la vida.

—¿No había más tela en la caja? —le pregunto.

—¿No querías que sacara mi verdadera cara? Pues ahora ya tienes a tu puta.

¿A qué juega Gineva?

Miro las curvas de Mirabella, pegadas a ese vestido de color verde que le cubre lo justo. No lleva sujetador y su escote es pronunciado.

Se sienta y cruza las piernas, con esos tacones altos. La falda se sube y puedo ver sus cremosos muslos, entre los que me gustaba perderme para lamer su coño.

Joder...

Miro la hora y no tenemos tiempo para que se cambie.

Con quien nos reunimos es un cabrón y su mujer lleva ropas aún más ajustadas, por lo que no le importará la vestimenta de Mirabella. Al contrario, tal vez eso haga que firme.

Gineva sabía que nadie podría apartar los ojos de ella.

Llegamos y salgo para abrir la puerta a Mirabella.

Me mira altiva.

—¿Me vas a hacer bailar para ellos? ¿También quieres que me abra de piernas y finja que me corro? —Veo dolor en sus ojos.

—No ha sido idea mía este vestido. Si por mí fuera, no saldrías de este coche —admito, y eso parece relajarla.

Vamos hacia dentro y veo como todos los hombres la observan. Parece una diosa y sus pechos rebotan con cada paso.

Como imaginaba, no desentona en la cena, pero no me gusta cómo la miran.

Tampoco me agrada como Mirabella da un paso atrás al ver al hombre con el que tenemos la cita. Domínguez la mira y se muerde la boca con deseo.

Mi mujer se ha quedado paralizada.

—¿Todo bien? —pregunto y asiente.

—Sí.

Vamos hasta la mesa y los presento.

Odio cómo le coge la mano y cómo Mirabella se aprieta contra mí, buscando protección. Es como si, a pesar de todo, confiara en que yo pudiera defenderla.

—Vamos a esperar a mi socio —indica Domínguez, y lo miro frío.

—No hablamos de un socio.

—Yo me estoy haciendo mayor y voy a cederle todo mi dinero. —
Saluda a alguien.

Me giro y veo acercarse a un hombre de más o menos mi edad.

Nos los presenta como Armando.

Su acompañante también se presenta y habla con el resto de las mujeres.

Mirabella está cada vez más pegada a mi silla.

Está tensa, agitada y nerviosa, mientras Domínguez no deja de mirarla en toda la gala.

Veo como Mirabella trata de taparse.

No debí dejarla salir del coche así, a pesar de que necesitábamos que el resto de las mujeres la vieran como una más.

Me quito la chaqueta y se la pongo por encima.

—¿Y por qué privarnos de una belleza así? ¿Eres celoso? —
pregunta Domínguez.

—Tenía frío y sí, soy muy celoso de lo que es mío. No me gusta que nadie lo mire ni lo toque.

Domínguez se ríe y Armando lo mira, advirtiéndole. Si él va a ser el dueño, no le interesa perder este acuerdo. Ni a mí tampoco.

Domínguez tenía mucho interés en una cena con nuestras esposas antes de cerrar el trato y, por cómo mira a mi mujer, me pregunto si ya la conocía.

Una idea no deja de rondar por mi cabeza y me hace recordar todos los nombres de la lista que tenían algún mote.

—Con lo bonito que es compartir. Luego podríamos tomar algo. Mi mujer tiene mucho que enseñarte. A mí me encantaría hacerle a tu esposa una visita guiada por mi casa...

Mirabella se me aprieta y veo el miedo en sus ojos.

Ni lo pienso, porque la idea que tengo en mi cabeza sé que es cierta.

Saco la pistola y le meto un tiro entre los dos ojos.

Las mujeres gritan y Armando mira a su socio para luego observarme a mí.

—¿Han terminado ya las estupideces? Supongo que ahora todo es tuyo.

—Todo. Por favor, limpiad este desastre. —Toma de su copa y se llevan el cuerpo, como si nada—. Nunca me gustó, pero no tenía el valor de hacer lo que has hecho. Vamos a cerrar el trato. Me muero de ganas de hacer negocios contigo.

La cena sigue y luego pasamos a tomar algo.

La mujer de Domínguez se me acerca cuando voy a pedir algo.

—Ahora que no tengo un marido que me controle...

—¿Crees que, teniendo a mi mujer, estoy pensando en mirar a otras que no están a su altura?

—Se rumorea que la has repudiado. A ver si te crees que por estar aquí no sabemos lo que pasa en tu hogar... Es una traidora y hoy has dejado claro que además es tu puta.

Tiro de su pelo y pongo mi pistola en su costado.

—Por menos he matado a hombres. Mejor te largas y desapareces de mi vista. Como hables mal de mi mujer, te mataré.

Se marcha y regreso adonde están el resto.

Me marchó con Armando a firmar los diferentes acuerdos y cuando regreso, Mirabella está en el coche.

Entro y me tiende la chaqueta.

—Puedes quedártela.

—No, solo soy eso para ti. Una puta... —Voy hasta ella enfadado cuando el vehículo se pone en marcha—. ¿Eso querías de mí? Que bailara para él...

—¿Era uno de ellos?

Asiente.

—¿Por qué no estaba en tu lista?

—No sé todos los nombres. Era «el cerdo», por cómo me tocaba... Pero nunca olvido una cara. Aunque da igual. Me has traído aquí porque te lo pidió él. Me lo dijo su mujer. Él quería verme medio desnuda y así es como me has traído. Te odio... Me has hecho revivir un infierno...

—¿Y esperas que te crea?

—No, mejor sigue creyendo lo peor de mí. Es mejor que pienses que, cuando ese cerdo me tocó, gocé con sus manos y su boca. ¿Te hace sentir mejor saber que tu esposa es una puta, a la que más de un hombre tomó? Porque para ti, ni siquiera era virgen. ¿A cuántos dices que me follé antes de tener tu cara entre mis piernas?

Lo dice para provocarme y lo consigue.

Los celos me matan, porque odio imaginarla con otros.

La cojo, la traigo hasta mi regazo y la beso con ansia. Desde el último beso no dejo de añorar cualquier excusa para tenerla así de nuevo.

Tira de mi pelo y yo del suyo. Cuando rompo su vestido para liberar sus pechos, emite un pequeño grito.

—¿Por ellos también se te ponían tan duros los pezones?

—Se han puesto así por el frío. No me excitas tanto. —La miro enfadado y llevo mi boca a sus duros pezones. Me los meto en la boca y los succiono con fuerza, primero uno y luego el otro—. Sí, así me lamían.

Muerdo su carne y gruñe.

Luego, me da un bofetón y le cojo la mano.

Llevo mi propia mano hasta su sexo y lo toco sobre la tela mojada.

Mirabella se mueve sobre mi mano.

—¿Te mojabas así por ellos?

—Claro, porque todo lo que te conté era mentira. Así puedes vivir sin saber que eres un desgraciado. —Se mueve contra mis dedos—. Más fuerte... Sí, así. —Jadea y se toca los pechos—. Así... Así... Me voy a correr... —Finge y la beso para que se calle.

Luego, rompo su ropa interior y saco mi polla para metérsela dentro.

—No dejes de mirarme, porque esta noche quien te joderá seré yo.

—Siempre puedo imaginarme a otro... Como hacía con ellos. —Aprieta las paredes de mi sexo y casi me corro—. Te jode saber si todo esto no es más que fingido, ¿verdad? —Gime de nuevo, de forma falsa, mientras sube y baja—. Joder..., qué dura la tienes... Umm..., me llenas tanto. Eres tan grande. Me encanta tu polla. Está llenando mi coño...

Cojo su cara y la miro con furia.

Después, la beso para que se calle y entro y salgo de ella con fuerza, hasta que se corre y yo dentro de ella.

—Qué bien se me da fingir —dice, jadeante—. Juraste que nunca me violarías, pues que sepas que hoy lo has hecho. —Sus palabras me duelen—. Yo no quería tener sexo y solo fingí para ser la puta que quieres que sea.

Se aparta, se arregla la ropa como puede y me doy cuenta de que está llorando.

«¿Qué he hecho?».

Sus palabras me duelen como dagas. Tiemblo, por si de verdad la he violado. La miro, jodido y hecho una mierda.

El coche se detiene y ella baja casi corriendo.

Me quedo quieto. Destrozado y aterrado, por si la he forzado de alguna manera.

Tengo que hablar con ella y saber la verdad, pero no sé si estoy preparado para ello.

Capítulo 42



Mirabella

Entro en la cocina y me fijo en todo. En cómo me miran y en cómo hacen todo.

Memorizo cada detalle y lo anoto en mis libretas.

Entre estos hombres hay traidores y pienso descubrir quiénes son. Mi padre tiene un plan. Lo de Domínguez fue un mensaje, porque me niego a creer que dejara a uno de sus amigos hacer acuerdos con mi marido.

Mi marido...

A Salvatore le dije cosas horribles para hacerle daño, porque cuando me folló con rabia me di cuenta de que quería que me hiciera el amor, o que el sexo no fuera para castigarme.

Duele que no me pregunte por qué lo hice, pero luego sea capaz de matar a un hombre al intuir que fue uno de los que abusaron de mí.

No sé qué hacer con lo que siento y con el dolor de añorarlo tanto.

Tal vez cuando tenga el valor de saber la verdad ya sea tarde para nosotros y la distancia entre los dos sea insalvable. Por eso he decidido emplearme a fondo para saber quiénes son los traidores y qué trama mi padre.

Pasé mucho tiempo en la casa de mi padre mirando a sus hombres y me di cuenta de que muchos seguían un patrón. Era

como si estuvieran forjados por el mismo molde.

Salgo y alguien me pone una zancadilla. Otro me empuja, pero no me revuelvo.

No hago nada.

Pero cuando se quedan petrificados, sé que Salvatore anda cerca.

Alzo la mirada y lo veo venir hacia nosotros.

—Pídele perdón a tu señora —ordena con voz fría.

—No pienso pedir perdón a una traidora. —Salvatore enseña la pistola que lleva bajo la chaqueta—. Prefiero morir que pedir perdón a una zorra.

No pienso lo que hago y me pongo ante el hombre, porque sé que Salvatore no le va a disparar si me coloco delante de él.

La pistola de Salvatore se pone sobre mi cabeza.

Tenemos público.

Cada vez más.

—Aparta.

—No, él no hace nada que no haríamos todos. Solo soy la hija del enemigo.

—Eres mi mujer.

—¿Cómo esperas que ellos no desconfíen de mí, cuando ni tú confías? ¡A nadie le importa por qué lo hice! ¡A nadie en este lugar le ha importado nunca! Por eso es más fácil llamarme traidora que tener el valor de comprender que a veces no tenemos elección.

—Apártate. —Su mirada es fiera y se nota lo enfadado que está.

—No, mátame y acaba ya con esto. Es lo que deberías haber hecho. —Cojo la pistola y la pongo donde yo me disparé—. Seguro que tu tiro es letal. Mátame y acaba ya con todo esto. —No hace nada—. ¡Mátame y acaba con mi sufrimiento! Tal vez en otra vida no tenga la mala suerte de ser solo un peón en la vida de otros y pueda ser libre.

Nos miramos desafiantes mientras me pregunto si en otra vida mi alma encontraría la suya y podríamos amarnos sin miedo. Sin ser enemigos.

—Largo. Vete a tu habitación.

—¿Lo vas a matar?

—¡Largo!

—Si lo matas, juro que acabo con mi vida y, como fantasma, te perseguiré cada día.

—¡Ahora!

Me marchó y a medio camino escucho un tiro.

Lloro por ese hombre.

Voy hasta mi cuarto, no soportando más estar aquí. Odio este mundo.

Entro y tiro todo al suelo en un ataque de rabia y, cuando se rompe un jarrón, veo la forma de acabar ya con todo esto.

Cojo el trozo de porcelana y lo llevo a mis muñecas.

—¡Aparta! —Salvatore golpea mi mano y yo me voy contra él y lo golpeo varias veces.

—¿Por qué lo has matado?

—No lo he hecho. —Lo miro y sé que no miente—. Querías contarme tu verdad, pues aquí estoy. Cuéntame todo y acabemos con esto.

—Has venido con la clara idea de no creerme.

—No te lo preguntaré otra vez. ¿Por qué me traicionaste? ¿Por qué no confiaste en mí?

—Porque le tengo miedo, Salvatore. A ti casi no te conozco, pero he visto su crueldad. He visto su forma de actuar. ¿Esperabas que confiara en ti sin más, cuando él sabía qué decir o qué hacer para que yo cediera? ¿Acaso no te paraste a pensar que estaba aterrada? ¿Acaso no pensaste que usó a alguien para amenazarme? Pondría mi vida en tus manos..., pero no tuve elección. —Sus ojos se hacen más oscuros al darse cuenta de que tal vez ha estado en un error todo este tiempo—. Mi padre quiso que me casara contigo para saber cosas de ti. Necesitaba algo que yo pudiera darle. No quise aceptar. Me iba a dejar caer al vacío, pero me obligó a seguir viviendo y pensé que tal vez podría encontrar la forma de escapar...

»Pero no la encontré y tampoco podía escapar de ti. De lo que sentía cuando te tenía cerca. —Su respiración se agita—. Mi padre me dejó un móvil con un espía que tiene dentro... No sé quién es. Pero sé que está cerca y que debe de ser alguien de tu círculo personal, por todo lo que sabe.

—¿Y no me lo dijiste?

—Primero, no me creerías, y segundo, amenazó con matarte. A mí nunca me ha afectado que me amenacen de muerte. Lo hace con otros. Tú... Tu hermana. —Su mirada cambia al darse cuenta—. Si esa noche no le daba los datos, iría a por Gineva... Me decía cosas de ella, lo que estaba haciendo... El traidor solo tenía que alzar un arma o ponerle veneno en la comida. Me juró que solo quería la mercancía y que no te haría nada a ti ni al resto. Solo deseaba evitar que cogieras el dinero de la transacción para que no te hicieras más fuerte y si se lo decía, Gineva y el bebé estarían a salvo.

—¿Y confías en un ser así?

—¡Sí, porque no sé quién está de su parte! Te hubiera contado todo, pero ni ahora me crees ni lo hubieras hecho entonces. Porque te crees inmortal.

—¿Piensas así?

—¡Sí! Creo que eres un suicida y, para saber quién es el traidor, debemos tener la mente fría. Tenía miedo de que fueras contra todos y eso hiciera que mi padre les mandara haceros daño.

—¿Y por qué debería creerte ahora?

—Porque te amo y nunca haría nada contra ti. —Se va hacia atrás, como si mis palabras fueran un disparo a corazón abierto. Noto los ojos llenos de lágrimas—. No me crees... porque yo nunca dejaré de ser la hija de un Marchetti. Por eso yo tampoco sabía si un Giordano podría creerme, o salvarnos a todos... Vete y déjame sola, pero no cuentes esto a nadie. No sabes quién puede ser la persona que esté del lado de mi padre. Evita dar un paso en falso o acabará con todos. Mi padre siempre tiene un plan mayor. Uno más retorcido.

No dice nada y lo escucho irse.

Ahora ya sabe la verdad.

Ahora conoce que tiene un traidor entre sus filas.

Ahora ya sabe que lo amo y que, a pesar de que lo niegue, si no confiara en él no le habría contado todo esto.

Capítulo 43



Salvatore

Doy vueltas por mi despacho.

No paro de pensar en las palabras de Mirabella y, si hago caso a mi instinto, la creo.

Joder, la creo, pero ella está a salvo si todos piensan que la odio y la repudio. Lo sé porque en este tiempo su padre no se ha puesto en contacto con ella. La ha dejado libre.

Lo vi cuando me lo contó.

Sabía que podía haber traidores, pero ella lo ha confirmado y la creo.

La creo, aunque esto sea mi condena.

Pero tengo las manos atadas ahora mismo.

Lo peor es que no confío en nadie para que cuide de ella.

Podría ser cualquiera.

Doy vueltas por el despacho y me quedo aquí hasta que Renzo aparece. Le cuento todo y escucha agitado.

—Gineva siempre me dijo que debía de haber algo.

—Pero no le preguntó.

—No, porque opinaba que Mirabella debía hacerse fuerte ante la adversidad para ser tu esposa.

—Joder con mi hermana.

—Aprendió del mejor. —Sonríe—. ¿Qué vamos a hacer? Todo está listo para atacar a los Abatio. ¿Lo dejamos para más tarde?

—No, que todo siga su curso normal. Solo así, tal vez, podamos anticiparnos a lo que quiera don Marchetti.

—Lo quiere todo, Salvatore, y cuando seamos uno contra uno, el que gane lo tendrá todo.

—Ya lo he pensado. No podemos recular ahora. Hay que atacar.

—Entonces, prepara a los hombres. Atacaremos al amanecer.

Asiente y se marcha.

Salgo para prepararlo todo sin poder dejar de pensar en las palabras de Mirabella.

Lo preparamos todo y me pregunto quién narices es el traidor o los traidores. Desconfío de todo el mundo y más si tengo en cuenta cómo han tratado a Mirabella estas semanas.

Erminia no la ha tratado bien, pero sería tonta si es la traidora y se expone de esa forma.

Marta ha estado tranquila, pero eso también me hace desconfiar y odio hacerlo de personas por las que daría mi vida.

No dejo de pensar en todo sin saber quién narices está jugando a dos bandas. Solo pienso que es alguien que tiene un fin claro.

Algo dentro de mí se remueve cuando pienso esto último.

Es como si la verdad la tuviera ante mis ojos, pero no quisiera ni barajar esa posibilidad. Ya tenemos claro que quien está detrás es un allegado. Cualquiera de los nuestros, por lo que será un palo duro cuando tengamos que alzar la mano y disparar al traidor.

Estamos a punto de irnos cuando voy hasta mi cuarto.

Una vez allí, uso los pasadizos de la casa y voy hasta la habitación de Mirabella.

Entro en su cuarto y la veo tumbada en la cama, acurrucada sobre sí misma. Es como si fuera incapaz de dormir sin protegerse del mundo. Parece tan pequeña, tan perdida, que todo se rompe dentro de mí por no haber llegado antes a ella. Por haber estado tan dolido con todo y no haberme parado a pensar.

Nunca he amado y por eso, cuando supe de su traición, solo era capaz de vivir entre tinieblas, porque me aterraba que todo lo vivido fuera mentira; que estuviera enamorado de un espejismo que no existía.

Ando hasta ella y, cuando le toco la mejilla, se despierta agitada.

—¿Qué haces aquí? —Su rostro está hinchado de tanto llorar.

—Te creo. —Agranda los ojos—. En el fondo, siempre lo supe... y tienes razón, no puedo perdonarme por todo esto. ¿Acaso podrías tú? Soy un desgraciado, pequeña, pero me aterraba tanto que lo que vivimos fuera mentira, que preferí vivir entre tinieblas, aferrado a una oportunidad de estar equivocado, a preguntarte la verdad y descubrir que nunca existió tal historia entre los dos. Debí tener el valor de perderte antes, para ver si en realidad nunca te habías ido de mi lado y solo estabas asustada en medio de una guerra.

Nos miramos agitados y espero...

Espero que me grite, que me eche de su cuarto y que me diga que todo está perdido. Que lo estropeeé todo.

Pero tiene razón, éramos un par de extraños que se enamoraron antes de confiar el uno en el otro.

El amor llegó antes que la confianza.

Se levanta y viene hacia mí, andando sobre el colchón.

Cuando llega a mi lado, se tira a mis brazos y me abraza con fuerza.

Tiembla entre mis brazos de la misma forma que lo hago yo.

No dudo de su abrazo. Dejo de tener dudas, miedos y fantasmas en la cabeza que solo me hacen dudar de ella. Siempre he seguido mi instinto, pero cuando me enamoré de ella, ese sentimiento me aterraba y eso lo empañó todo. Querer a alguien a veces te hace no tener fuerzas para ver más allá. Empaña la verdad de una forma que aterra, porque no creía que yo tuviera derecho a esa felicidad. Me autosaboteé.

Mi instinto siempre me dijo que confiara en ella..., pero el miedo a que este errara me hizo dar vueltas hasta llegar a este momento.

Se arrodilla en la cama y yo hago lo mismo en el suelo.

—¿Qué haces?

—Me pongo a tus pies. Es lo menos que puedo hacer tras todo lo que has vivido por mi culpa.

Acaricia mi pelo, mis mejillas, y luego busca mi boca con lágrimas en los ojos.

Nos besamos, pero esta vez sin dolor. Nos besamos con el placer de reencontrarnos tras las tinieblas.

La acerco más a mí, queriendo de nuevo sentir su cuerpo pegado al mío, pero recuerdo que debo irme.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Vamos a por los Abatio. —Su mirada es de pánico—. Lo tenemos todo controlado.

—¿Y en esos planes entra el no ir en modo suicida tú solo?

Tenso la mandíbula.

—Te puedo jurar que no tengo ganas de que me maten. —Toco su cuerpo sobre el camisón—. Joder, no quiero irme ahora, pero...

—Querías decirme esto por si te matan. Gracias, eso me deja más tranquila.

La beso, aunque está enfadada y preocupada.

—Volveré. Esto no acaba aquí. —Acaricio su mejilla—. Es mejor que nadie sepa que nos hemos perdonado.

—Yo no he dicho que te haya perdonado —bromea, y lo sé porque ya no tengo miedo a leer su mirada.

—Entonces, tendré que esforzarme más. —Sonríe, pero hay preocupación en sus ojos—. Todo irá bien. Volveré cuando pueda.

—Ten cuidado.

—¿Puedes no salir de este cuarto? No me fío de nadie ahora mismo. No sé a quién poner a tu cuidado.

—Voy a salir, tengo una misión: encontrar a los espías de mi padre.

—Eso es peligroso.

—No hago nada. Solo me siento y miro. Tengo muy buena memoria y luego anoto todo lo que he visto. Detalles sin importancia, pero que pueden decir mucho. Al final, algo nos mostrará quiénes son los traidores.

La miro asombrado y más porque, a pesar de todo, haya hecho esto. No la merezco, pero no pienso dejarla escapar.

La beso con lentitud antes de apoyar mi frente en la de ella y mirarnos con el miedo bailando en nuestros ojos.

—Regresa a mí.

Asiento y me aparto de ella. Viene hasta la puerta y ve el código.

—Este túnel va directo a mi dormitorio, pero si alguien viene a buscarte y no estás, sospecharán. —La beso—. Nos vemos luego.

—Eso espero.

Dudo en marcharme, porque no quiero dejarla aquí para irme a una guerra incierta de la que tal vez no regrese.

La beso en la frente, porque, si lo hago en esos labios que me vuelven loco, dudo que pueda encontrar las fuerzas para irme, y me marchó sin mirar atrás, agitado. Me recuerdo que lo nuestro es un secreto, porque, mientras siga así, ella estará bien.

* * *

Llego tarde y Andres me mira, dejándolo claro.

—Solo han sido cinco putos minutos —le digo, y aparta la mirada.

Pienso contarle la verdad, pero no lo hago y odio desconfiar de mi hermano mayor.

Algo que no hice con Renzo.

No quiero pensar ahora por qué.

—Vamos. No hay tiempo que perder.

Entro al coche y Andres conduce hasta la zona donde nos esperan el resto.

—Todo está demasiado tranquilo —me dice Renzo al bajar—. Es lo que me dicen.

Miro el pasadizo secreto, tras unas malezas, que nos llevará hasta los Abatio. La puerta de hierro se nota que ha sido usada varias veces.

—Bien, ahora os diré qué pasa.

—No deberías ir solo. Mi instinto me dice que algo va mal —me dice Renzo, solo a mí.

—El mío también, por eso tengo que hacer esto solo. —Voy hasta la puerta—. Si me pasa algo..., llévate lejos a Mirabella y a Gineva.

Asiente y, tras mirarnos con cientos de cosas que dejamos ancladas en la mirada, me marchó.

Saco mi pistola y la llevo en alto mientras me ilumino con la linterna.

Pienso disparar primero y preguntar después.

Avanzo por los pasadizos, que me sé de memoria.

A punto de llegar, Renzo me habla por el transmisor de mi oído.

—Las calles están vacías. No hay nadie en las casas. Es una trampa. Sal de ahí.

—No, pienso llegar hasta el final.

—¡Vas a conseguir que te maten!

Guardo el micro en el bolsillo y llego hasta los pasadizos de la casa.

Sé que debería regresar, pero necesito saber lo que está pasando. Siento que aquí está la respuesta.

Ando por los pasadizos hasta la sala secreta de los Abatio.

Al entrar, veo varios muertos. Está claro que alguien sabía de nuestras intenciones y se ha adelantado.

En la espalda de uno de los cadáveres hay un mensaje:

Llegas tarde.

Firmado, Marchetti.

Mierda, se ha hecho con todo.

Ahora esto es una guerra entre los dos.

Una guerra que, teniendo espías entre mis filas, va a ser complicado ganar.

Busco el transmisor y veo otra nota en la mesa.

La próxima vez, nada te salvará.

Escucho una explosión que rebota por este sitio. Estoy seguro porque, al tratarse de un búnker, no puede explotar.

«¡Mierda! ¡Lo tiene todo planeado! Pero no sé el qué».

Por una vez, mi instinto no me dice nada y, si ha hecho explotar este sitio aquí, ahora, es porque el traidor lo ha informado de todo.

«¿Quién está jugando a dos bandas? Puede ser cualquiera, porque ahora mismo no descarto a nadie. Salvo a Renzo, Gineva y Mirabella..., y tal vez eso me mate».

Capítulo 44



Salvatore

Salgo por mis propios medios hacia el túnel tras la explosión. Los pasadizos están recubiertos para proteger en caso de ataque a las personas que los usen, por lo que no he tenido problemas para hacerlo.

La explosión de la casa solo era un aviso.

Sabían que yo estaría dentro del búnker de los Abatio y que no moriría.

Solo es la forma de Marchetti de dejar claro que si nos quisieran muertos ahora, lo haría, pero tiene un plan más grande. Uno que, al parecer, le estamos sirviendo en bandeja.

Cuando llego hasta donde está Renzo, me mira enfadado.

—¿Para qué mierda somos un equipo si vas por libre?

—Había un mensaje y, bueno, luego le dio por hacer efectos especiales para darle un poco de dramatismo. —Sonrío y me mira enfadado—. No te contaré nada más aquí.

Nos observamos a los ojos y sé que sabe entender que esto es lo suficientemente serio para no confiar en nadie más que en nosotros mismo.

Renzo se marcha para dar órdenes y yo hago lo mismo.

El barrio de los Abatio ya está siendo dominado por los Marchetti y solo nos han dejado pasar para leer el mensaje. Ahora han

empezado a disparar y tenemos que salir de este sitio, que se ha convertido en parte de los dominios de Marchetti.

Por eso vamos a buscar a los nuestros, que entraron antes, para sacarlos de este lugar.

Llegamos a la casa de Renzo tarde.

Nos encerramos en su despacho y pienso en Mirabella, en si estará bien. Quiero creer que los cabrones que la acosan, si le hacen algo grave, me avisarán.

Odio no fiarme de nadie. No confiar en los hombres y mujeres por los que daría la vida.

No lo hago desde la explosión, porque desde entonces siento que alguien muy cercano quiso que eso sucediera y eso conlleva que pueda ser cualquiera de ellos.

En el fondo, siempre he sabido que tenía un traidor entre mis filas, jugando a ser amigo, y por eso cuando pasó lo de Mirabella la pagué con ella, por el tiempo que llevo sin saber quién narices está detrás de todo y por qué razón.

Le cuento a Renzo todo lo que pienso.

—Lo que está claro es que Marchetti quería que te casaras con su hija por alguna razón y deseaba que nos deshiciéramos de los Vani.

—Para tener el control de todo. Si nosotros caemos, él será el que gobierne todo esto. Cuando digo todo, es todo. El centro de este lugar también está infectado. —Saco la lista de nombres que me dio Mirabella—. Puso algunos que no conocía con motes. Con seguridad, es como los llama su padre.

»Tras matar a uno, supe que así era como le llamaban sus putas. Entonces empecé a tirar del hilo, para descubrir cómo llamaban al resto. Tuve que investigar.

»Los jueces de este sitio están en esta lista y si es así es porque hacen negocios con Marchetti desde hace tiempo. Los que velan por que se cumplan las normas están en esta lista. —Los señalo uno a uno—. Voy a matarlos a todos por violarla. Son un atajo de corruptos que han jugado a ir de una cosa que no son. La ley nunca debió ser de nadie, porque eso les dio demasiado poder y si Marchetti está de su parte, el poder de todo lo tiene él.

Renzo me mira impasible, pero por dentro sé que no deja de dar vueltas a esto.

—Si lo haces, tal vez acabemos en la cárcel... Siempre hemos sabido que son corruptos. ¿Qué cabrón viviría en este lugar si no saca algo a cambio? Nadie, pero ir contra ellos...

—Hice una promesa y pienso cumplirla. Entiendo que no estés conmigo en esto..., pero yo voy a ir a muerte contra todos los cerdos que la violaron.

Nos miramos fijamente.

Renzo está pensando en todas las opciones y en todas las salidas. Está analizando todos los pormenores.

—Estoy contigo a muerte —indica—. Eres como mi hermano. Más que eso, porque a ti te elegí entre cientos de personas para ser de mi equipo. Vamos con todo. Tú, yo y ellas.

—Con todo.

—Pero nada de hacer esto solo. Si voy contigo es para que me lo cuentes todo.

—Bien, me parece justo, cuando quizás estamos mandando todo por lo que hemos luchado a la mierda.

—Bien.

—Siéntate, que tenemos mucho de lo que hablar.

Lo hago y comentamos cada cosa, cada pequeño detalle que pueda ser importante si queremos dar con el plan de Marchetti. Un plan que con seguridad irá vinculado a Mirabella, porque la desea de forma enfermiza.

No saber qué planes tiene para ella me angustia. No pienso dejar que ese cerdo le ponga las manos encima. Tenemos que adelantarnos a sus planes, pero lo que no sabemos es cómo hacerlo.

* * *

—¿Dónde está mi mujer? —pregunto a Andres tras un día intenso en casa de Renzo.

—Tomando un chocolate caliente en la zona de entrenamiento... ¿Acaso está loca? Así solo los provoca.

Andres parece preocupado por ella. Quiero descartarlo más que a nada.

Lo miro a los ojos y espero de verdad que esté de mi lado. Ha estado siempre aquí, en mi vida. Deseo contarle la verdad, pero no puedo.

—Que haga lo que quiera —indico, como si no me importara, fingiendo ante alguien a quien siempre he querido.

Me duele que esta situación me haya llevado a desconfiar de todos.

«De todos, no...», me recuerda una voz en mi cabeza.

—Bien, ella verá... No sé para qué me preocupo por esa loca. — Está claro que Andres vela por Mirabella y por eso casi siempre lo pongo a su cuidado.

«No me falles».

De su mujer ya no me fío tanto y tampoco de Umberto.

Los dos ocultan algo, pero no sé el qué. Se miran como si escondieran secretos. De hecho, ahora mismo Marta está comiendo una manzana cerca de Mirabella y los observa como si quisiera sacarles los ojos. Pero ¿y si Marta es la traidora? Es una de las personas más cercanas a nosotros. En casa de Gineva tiene acceso a todo.

Me va a explotar la cabeza.

Voy hasta mi despacho y Andres me pone al tanto de todo lo que pasa en este sitio.

Es tarde cuando puedo subir a mi dormitorio.

Tras darme una ducha, voy al cuarto de Mirabella.

Abro la puerta y baja el libro que tiene entre las manos para dejarlo en la mesita de noche.

Su respiración se agita cuando me acerco a ella y veo como el tirante del camisón se ha bajado, mostrando una gran porción de sus pechos.

—Veo que sigues vivo.

—Soy difícil de matar. —Me quito la camiseta y los zapatos.

Voy hasta ella con el pantalón medio abierto.

—Vas a conseguir que te maten —me dice enfadada.

—¿Podemos discutir eso luego? Ahora mismo me muero por follar con mi esposa... O, mejor, hacerle el amor.

Cojo su cara entre mis manos y la beso con hambre.

Joder..., cómo echaba de menos esto.

Nos besamos sin prisas, como si el reloj dejara de correr cuando nos tocamos o nos diera igual lo que pase tras estas paredes.

Cuando me separo de ella, está jadeante y sus labios rojos por mis besos.

Tiro de ellos con mis dedos.

Es preciosa... Tanto, que mirarla me duele por no poder llevarla bajo mi piel a cada instante.

Bajo los besos por su cuello y lamo la curva de su garganta hasta morder su hombro.

Jadea al sentir los dientes en su piel.

Bajo el camisón y veo los pezones asomarse por la tela. Los chupo llevándome parte de la tela.

—Estoy deseando tocarte y ver lo mojadas que están tus bragas por mí.

—Lo siento, pero no llevo ropa interior. —Subo mi mano por el interior de sus muslos y toco su perlado sexo—. Te estaba esperando.

—Joder..., sí sabes cómo hacerme perder la cabeza.

Meto los dedos dentro de su sexo y acaricio su clítoris con mi pulgar.

La beso de nuevo mientras la follo con mis dedos.

Noto mi polla apretarse contra el pantalón, ansiando estar dentro de ella.

«Joder..., no puedo esperar».

Saco los dedos y me quito el pantalón para entrar en ella.

Su cuerpo me acoge y se abre caliente a mí. Es tan estrecha que me cuesta mucho no correrme al sentir como su interior palpita en torno a mi pene.

Salgo y entro con fuerza.

La beso de nuevo mientras su cuerpo me hace sentir mil emociones.

—Estás tan apretada.

—Dudo que eso te moleste. —Lame mi boca y luego aprieta el sexo para que la sienta más.

—¡Joder! Vas a matarme. —Sonríe y me pierdo en ese gesto.

Salgo de ella y entro más fuerte.

La alzo para poder meterme sus duros pezones en la boca. Los lamo y siento como su orgasmo está cerca.

—No te corras.

—¿Qué? —Me mira enfadada.

—Tengo más planes para ti... en la ducha.

Salgo y entro en ella con fuerza.

Mis palabras la han calentado y siento como su cuerpo se prepara para el ansiado orgasmo.

Salgo de su cuerpo cuando estoy a punto y derramo mi semen caliente sobre sus duros pezones.

«Joder..., la imagen me pone mucho».

Cierra los ojos para no correrse y junta las piernas.

Lloriquea porque la he dejado a medias. La veo con la ropa a medio quitar y el pelo castaño extendido sobre la cama. Parece una ninfa y es toda mía.

Toco mi esencia y la restriego por sus senos. Luego, la bajo hasta su sexo.

Meto los dedos dentro y los hundo en su apretado coño hasta que casi se corre.

—Salva...

—Siento que alguien quiere correrse.

—Y yo que alguien quiere morir joven.

Me río y salgo de la cama para quitarme la ropa y cogerla en brazos.

—Vamos a la ducha. Tengo planes para ti.

Capítulo 45



Mirabella

Me deja bajo el chorro de la ducha y la abre.

El agua fría cae sobre mi cuerpo antes de ponerse caliente.

Tengo la piel tan sensible, que todo me excita ahora mismo.

Sonríe, porque lo sabe y lo siente.

Tira de mi ropa y me deja desnuda ante él.

Nos miramos jadeantes.

Nos besamos sin saber quién ha ido al encuentro del otro.

Amo a este hombre con cada fibra de mi ser.

—Que sepas que, como te maten..., iré a por la muerte misma para vengarme.

—Con la puntería que tienes, no le das ni de cerca. —Tira de mi labio cuando gruño—. Me encanta tu mala puntería. —Toca mi cicatriz—. Doy gracias por ella cada día.

Coge el jabón que uso para lavarme y enjabona mi cuerpo minuciosamente.

Me gira, pegando su cuerpo al mío por detrás, y noto su polla dura entre mi trasero. Luego, pasa el jabón por mis pezones. Se mueve contra mí, frotando su sexo.

Echo la cabeza hacia atrás mientras sus manos bajan por mis caderas hasta mi sexo.

Pasa el jabón por mis resbaladizos pliegues.

Noto la dureza de sus dedos y la pieza de jabón frotarse contra mi sexo.

Jadeo, me retuerzo y le suplico que deje que me corra.

Se detiene cada vez que estoy a punto.

Lleva el jabón a mi culo y lo frota contra mis nalgas antes de moverlo hasta mi sexo y restregarlo por toda la raja, hasta el culo.

«Joder..., voy a correrme».

—Por favor... —Me da un azote que solo me calienta más—. Otro —suplico, y lo repite mientras sus dedos entran en mi sexo con fuerza.

Tira el jabón mientras me folla con los dedos y el agua de la ducha limpia mi cuerpo.

Me inclina hacia delante y noto el frío de las baldosas en mis duros pezones.

Golpea de nuevo mi trasero.

—Me encanta verte así, sonrojada y abierta para mí. —Pasa los dedos por mi sexo—. Esto tengo que probarlo.

Se arrodilla ante mí y mete su cabeza entre mi sexo para lamirme de arriba a abajo.

Grito de placer mientras su lengua lame cada parte de mi coño.

Tira de mi clitoris con sus dientes. Me muevo adelante y atrás.

Va a matarme...

Siento su lengua entrar en mi sexo y follarme con ella. Luego, la pasa por mi sexo y me acaricia con fuerza.

«Joder..., no puedo más».

—Por favor... —suplico.

No me da tregua y me devora el sexo mientras mis gemidos se los llevan los ecos del aseo.

Cuando estoy ya a punto, se levanta y mete la dura polla.

Lo siento llenarme.

Su mano busca mis pechos y los toca mientras entra y sale de mí con ímpetu.

—Más fuerte —pido, y no duda en hacerlo.

Da un azote en una de mis nalgas y luego en la otra.

Sale y entra de mí con fuerza.

—No sabes cómo me pones, peque. —Lleva la mano a mi sexo—. ¿Quieres correrte?

—Por favor... —le ruego.

Aumenta las embestidas y lloro por contener el placer.

—Córrete para mí —susurra en mi oído.

Se mueve más fuerte dentro de mí y me corro en torno a su polla.

Grito su nombre de puro éxtasis y siento como me sigue. Se derrama dentro de mí con energía.

Caemos al suelo de la ducha sin poder movernos.

Lo abrazo con fuerza mientras me acuna entre sus brazos.

—He vuelto a ti —me dice, y siento los ojos llenos de lágrimas—. Aunque en verdad nunca me fui. Yo también estoy enamorado de ti.

Sus palabras me hacen vibrar.

Nunca esperé que nadie me amara... y ahora lo espero todo con él.

Al fin estamos de vuelta. Juntos.

* * *

Despierto agitada hasta que Salvatore me besa en la frente y me acerca más a él.

Está aquí. No es un sueño.

Lo abrazo con fuerza y aspiro su aroma, su calor y su fuerza.

—Me costaba dormir sin ti cerca —admito, pasando los dedos por su torso desnudo—. Odié ser una traidora al hombre del que estaba enamorada, pero lo haría mil veces si así te salvaba la vida. Porque, aunque me odieras, al menos no tenía que vivir una vida sin ti en este mundo.

Coge mi cara entre sus manos y me besa con dulzura.

—Cuando te metiste el tiro, subía las escaleras para cancelar mi orden de llevarte con tu padre. No podía dejarte con él. —Saber eso me alivia—. A pesar de todo, te quería cerca. Cuando escuché el disparo, me sentí morir. Creo que en ese momento vi la verdad, pero me aterraba estar equivocado.

—No nos hemos criado en un mundo fácil. Hemos vivido con la traición y el dolor de la mano. Confiar a ciegas en tu enemigo no es

fácil. Hacerlo puede significar la muerte de todos los que tienes bajo tu cargo. Yo, en tu lugar, habría hecho lo mismo.

—Pero no por eso duele menos. —Lo beso y me acurruco contra él—. No sé qué pasará en el futuro, pequeña, pero sí sé que nada en este mundo evitará que te deje de amar. Estaba enamorado de ti hasta cuando juraba odiarte con toda mi alma.

Lo beso enamorada de este hombre letal, que abre y expone su corazón ante mí, dejando claro que, a pesar de lo mucho que nos ha costado llegar hasta aquí, hemos salvado todos y cada uno de los obstáculos.

—Ojalá tengamos toda una vida para amarnos en cada una de nuestras etapas —le digo rota, porque no tenemos esa certeza.

—Ojalá —afirma firme, y me abraza.

No quiero perderlo de nuevo. No puedo perderlo...

¿Qué plan tiene mi padre para nosotros? Temo que sea su mayor obra de arte para una vez más arrebatarme lo que me hace feliz antes de condenarme a una vida a su lado, siendo su esclava en el ático.

Capítulo 46



Mirabella

Para todos, menos para Renzo y Gineva, Salvatore y yo estamos distanciados.

Nada ha cambiado para el resto, pero cada noche se cuela en mi habitación y dormimos juntos.

Ahora mismo lo estoy esperando para darle todos los apuntes que he hecho estas semanas.

La puerta se abre y Salvatore viene hacia mí.

Le tiendo las libretas tras besarlo.

—Espero que esto te ayude en algo.

—Tu padre está extrañamente tranquilo.

Han pasado dos semanas desde que cayeron los Abatio.

—Lo descubrirás.

Asiente distraído y me fijo en que va todo de negro.

—¿Vas a salir? —Deja en la mesa la lista de nombres que le di.

Todos los nombres están tachados menos el de mi padre, los de mis hermanos y dos nombres más.

—Sé los nombres tras esos motes. —Los toca—. Voy a ir contra el sistema.

Lo asimilo y niego con la cabeza.

—No, eso te podría hacer acabar en la cárcel. Ellos tienen contactos fuera. Por eso la justicia no se mete. Si los matas... —Pone

su dedo en mis labios—. Si vas contra ellos, puedes acabar preso. Te libero de tu promesa.

—Te amo —me dice, y eso me rompe.

—No me digas eso justo ahora, porque suena a despedida.

—Te amo más que a nada y no podré vivir en este mundo mientras uno de esos cabrones que te lastimaron siga con vida.

—¿Y cómo podré yo vivir sin ti? Lo he intentado y no puedo. No puedo...

—Todo irá bien. Confía en mí.

Tiemblo de miedo y me abraza.

Lo golpeo porque me deje aquí.

Cuando se marcha, recuerdo que no le dije que también lo amaba.

La angustia se instala en mi pecho una vez más por esta venganza que ya dura demasiado tiempo.

Salvatore

Me preparo para irme y, antes de hacerlo, leo todos los apuntes de Mirabella.

Se ha fijado en tonterías, sí, pero siento que ese patrón puede decirnos algo.

Escondo las libretas y voy hasta donde he quedado con Renzo.

No dejo de repetir las notas de Mirabella en mi mente. Tengo capacidad para memorizarlo todo con solo leerlo una vez.

Mi mente empieza a analizar patrones y algo no me cuadra.

—Tengo un mal presentimiento —me indica mi cuñado.

Voy a decirle que yo no, pero también lo tengo.

Carga su pistola y monta en el coche. Vamos juntos. Si algo nos pasa, hay indicaciones para que protejan a nuestras mujeres.

Doy vueltas a todo. A cada señal, a cada pequeña cosa...

Lo hago como si de un puzle se tratara.

Espero tener tiempo para desentrañar todo esto.

* * *

Entramos en la mansión central tras dejar el coche cerca e ir andando.

Vemos luz en la sala de baile. En el lugar donde Mirabella y yo nos conocimos.

La luz es tenue, lo que provoca un aspecto tenebroso.

Me parece ver algo y apunto con el arma.

—¿Qué narices?! —suelto al ver los cadáveres de los hombres que yo venía a matar.

—No lo agradezcas. Es un regalo de bodas.

Alzo la mirada y veo a Marchetti encendiéndose un cigarrillo.

Voy a disparar, pero las luces se encienden y nos rodean varios de sus hombres, que nos apuntan con sus armas.

Nadie sabía que haríamos esto.

Salvo Mirabella...

No, no puedo creer que ella me haya traicionado de nuevo.

No, creo en ella.

Alguien ha debido de seguirnos o está lo suficientemente cerca para saber de nuestros planes.

Confío en mi esposa.

—El joven de los Giordano no confía en nadie —canturrea Marchetti, pero se equivoca. Confío en su hija— y por eso siempre hace todo solo. Con su mejor amigo. —Mira a Renzo.

—¿Esperas que esto me sorprenda? —Renzo va de chulo.

Eso es que está acojonado, por si no salimos de aquí, y teme lo que pasará con su mujer.

Si está aquí es porque Marchetti conoce todos nuestros pasos y, por lo tanto, sabía cómo llegar hasta nuestras esposas.

—Ve al grano —le pido, mirando mi pistola de forma distraída—. Tu hija está desnuda en mi cama deseando que la folle duro.

No se sorprende. Sabe que hemos hecho las paces. Lo esperaba.

Todas las piezas empiezan a encajar.

No solo tiene un topo, sino que con seguridad este se ha metido en las cámaras que vigilan el piso de Mirabella para saber todo lo

que ha pasado allí.

Yo tengo las claves, pero alguien las ha descubierto y me ha traicionado.

Joder, debí desinstalarlas una vez hicimos las paces, pero no lo hice por si así podía protegerla.

Solo una persona sabría cómo entrar en ellas.

Solo quien nunca he querido aceptar que sea un traidor.

Tengo la verdad ante mis ojos, pero aceptarla duele. Duele, porque solo una persona sacaría algo de esto si todo se restaura y cambian las leyes.

Solo una persona que sabe todo de mí, hasta las claves secretas, y conoce dónde guardo todo. Así podría colarse en mi despacho y en las dos casas sin levantar sospechas.

Solo alguien a quien queremos...

Noto la bilis atascada en la garganta, pero solo puede ser una persona y ahora entiendo por qué no confié en él.

Mi instinto me estaba avisando, pero no quería creer que fuera cierto.

Deseaba estar equivocado.

Miro a Renzo, porque si mis sospechas son ciertas, esto nos va a destrozar a todos.

Espero hasta el último instante estar equivocado.

—Sinceramente, lo dudo —dice, y uno de sus hijos se ríe al ver mi sorpresa.

El otro mira todo aburrido, con su cara de idiota.

La gente se hace a un lado y aparece Andres con Mirabella del brazo.

Tras él están Umberto y Erminia. Los amantes... o el trío.

Renzo solo se mueve un ápice, pero esto le duele tanto como a mí, por su esposa. Por cómo llevará la muerte de este traidor, porque esta noche va a caer. De eso no tengo dudas.

Pienso en mi infancia. Siempre ha estado cerca. Siempre ha estado ahí. Sabía todo de mí.

Seguíamos en contacto cuando estaba fuera.

Le contaba todo, porque era mis ojos y mis manos en este sitio.

Lo sabía todo... y por eso sabía cómo matarme con esa explosión en la misión.

Pero tal vez dudó y por eso me salvaron.

Tenía planes mayores.

Ya no tengo dudas de que le dio esa información a mi padre y de que, si no siguió adelante, fue por algo mayor.

Deseaba conseguir algo mejor.

Lo tenía delante de mí, pero saber la verdad dolía. Es como cuando me pasó lo de Mirabella y creí que era una traidora.

Cuando quieres a alguien, te cuesta ver las señales que, desde fuera, pueden estar más claras, porque no esperas que alguien que te importa sea capaz de hacerte tanto daño.

Miro a mi mujer, sintiendo que le he fallado por no aceptar que hasta quien llamas hermano pueda sostener una pistola ante ti y matarte.

Mirabella me mira asustada y yo a ella.

Tengo que medir cada segundo.

Estamos jodidos. Muy jodidos.

Su padre la acerca a él y le toca el costado.

Odio su mano en ella. Quiero matarlo, pero eso nos mataría.

Renzo me mira y sé que me pide calma.

Ahora mismo estoy ardiendo de rabia, de dolor y traición. Solo mi frialdad y la de Renzo podrán salvarnos.

Asiento de forma imperceptible.

Renzo es ese hermano que no tiene mi sangre, pero que siempre elegí para todo.

A veces encontramos hermanos de vida que son más importantes que aquellos que llevan tu sangre.

—Creo que os tengo que contar por qué Andres está aquí.

—Con sinceridad, me importa una mierda —indico—. Pienso matarlo y no llorar por un traidor así.

Marchetti mira a Andres.

Este, al fin, muestra su cara y me observa con odio, con rabia y envidia.

—Le prometí vuestros barrios si me ayudaba y, para un bastardo, ser algo más que eso es un mundo. Su madre ya ayudó hace años a

la de Mirabella, para verse conmigo... Es por eso que sabía que podría contar con él. Al fin y al cabo, siempre ha odiado ser el mayor y no tener nada.

»Le pedí paciencia y aquí estamos.

»Cuando supe que te vendió a tu padre —mira a Erminia, dejando claro que lo supo por ella—, le hice una oferta mayor. No sabía si en un futuro un traidor así, en casa de los Giordano, me serviría de algo. ¡Y mira, sí que me ha servido! La suerte siempre ha estado de mi lado.

»Él avisó diciendo que era una trampa y que te salvaran. Gracias a él, no moriste en la explosión que él mismo organizó, porque te odiaba por tener todo lo que le pertenecía.

—Qué historia más entrañable, pero me está aburriendo un poco. —Mirabella me mira rogando que no diga nada que pueda alterar a su padre—. ¿Qué quieres a cambio? —Ando hasta ellos y Renzo me sigue—. Porque supongo que si seguimos con vida todos es porque quieres algo de nosotros y por eso estamos aquí.

—Habla y dinos tus términos —lo apremia Renzo.

—A cambio de no mataros, iréis a la cárcel. Habéis matado a gente importante. —Mira a los hombres del suelo—. Yo me quedaré con todo. Junto con Andres, claro.

Mi hermano me mira con rabia. Toda esa rabia contenida que lleva años guardando dentro de él.

Nunca sentí nada malo por él..., porque me cuidó, pero todo era parte de su plan para este momento.

Sopeso todo.

Sé que solo un milagro nos sacaría de aquí.

No hemos avisado a nadie de nuestros planes. Solo lo sabía Andres, porque ha visto los vídeos. No tengo duda de eso, pero no hay nadie más.

—Bien, es justo —dice Renzo—. ¿A cambio de qué? ¿Puedo? —Renzo le quita un puro del bolsillo y se lo enciende como si nada. Luego me lo tiende y le doy una calada.

—Es bueno, pero los nuestros son mejores —indico a mi cuñado como si nada.

En realidad, tratamos de ganar tiempo.

Mirabella está cerca. Podría cogerla si tuviera una oportunidad. Me muero por ponerla a salvo y cuesta tener la mente fría cuando la mujer que amas está cerca de un cerdo como su padre.

Marchetti nos mira sin entender nada.

—En verdad, es una mierda de puro —afirmo y lo estrello contra el suelo.

—La verdad es que sí. Ahora, dinos qué esperas de nosotros —le dice Renzo, echándole a la cara el humo que le quedaba, lo que hace toser a Marchetti.

—A cambio de no mataros y no matarla...

—¿Eso incluye no violarla? —pregunto, y Mirabella me mira como si quisiera sacarme los ojos.

—Lo que yo haga con mi hija no es asunto tuyo.

Acerca más a Mirabella a él y miro a Renzo, porque si los miro a ellos no podremos salir de aquí.

—Es mi esposa...

—Vas a estar encerrado de por vida —sentencia, y Andres le da unos papeles.

Los reconozco y todo se esclarece.

Quiere nuestros negocios fuera de aquí. Nos hemos abierto mercados y tenemos poder fuera, ya que hemos cerrado un acuerdo internacional. Si Marchetti se queda con todo, llevará su imperio lejos de aquí.

—Que ella viva, a cambio de vuestras empresas. —Lo miro—. Reconozco el amor y el odio en cuanto lo veo. Cuando vosotros os mirasteis en el baile, supe que podrías amarla y un hombre enamorado es capaz de cualquier cosa por su mujer. Yo lo hubiera dado todo por su madre... —La toca de nuevo—. Tuve que probar si la amabas y por eso la obligué a traicionarte. Para saber si te dolía. Y, joder, dabas pena. ¿Verdad, Andres?

Hemos estado jugando sus cartas todo el rato.

Nos ha manipulado hasta llegar a este momento.

Hemos sido sus juguetes.

Miro a Mirabella mientras sopeso todo. Tenemos que salir de aquí con vida.

Estoy a unos pasos de ella. Solo unos pasos nos separan, porque Marchetti no espera que estemos tan locos de ir contra él.

Miro los papeles y los cojo para leerlos.

Se los paso a Renzo.

En ellos habla de la cesión de todo.

—Cuidaré de Gineva. En verdad, la quiero —dice Andres—. Es lo justo. Soy el heredero... Yo merecía todo y no ser solo el bastardo de la puta de padre. Siempre fui mejor que tú. Papá lo sabía y por eso odiaba no poder dejarme nada..., pero ahora tendré todo y honraré su nombre.

Lo miro, pero no digo nada.

Tomo aire y espero. Espero ardiendo de rabia. La pistola me quema en la chaqueta.

Renzo repasa todo mientras analiza todas las opciones y salidas de este sitio y debe de ver algo, porque me mira y sé que tenemos una salida.

A continuación, rompe los papeles.

—No hay acuerdo.

—Entonces, ella morirá. —Pone una pistola en la cabeza de Mirabella.

—¿Y no la vas a mirar mientras la matas? —digo—. Será como ver matar a su madre...

Duda y se la tira a Andres.

—Mátala tú.

—Tengo otra copia. Esperaba esto, los conozco a los dos muy bien. —Andres lanza la nueva copia y Renzo la coge al vuelo.

Nos miramos a los ojos.

Sé lo que me quiere decir. Es una puta locura, pero hay que hacerlo.

Sin que lo esperen, Renzo le lanza la carpeta con la documentación a Marchetti a la cara y yo disparo a Andres en la cabeza.

No lo pienso. No puedo hacerlo. Nunca pensé que sería yo quien lo matara y duele.

A pesar de todo, duele.

Mirabella grita y voy hacia ella cuando los disparos vuelan, pero no son de los hombres de Marchetti.

Son de los nuestros.

Renzo los vio.

Alguien debió de hacerle señas y estoy casi seguro de que fue Marta.

En los apuntes de Mirabella decía que Marta observaba todo como si desconfiara de todo el mundo. Siempre lo hace y por eso es la mejor, pero nunca actúa hasta que lo tiene todo claro.

Marta debió de ver algo raro.

Algo que no le cuadraba y siguió a Andres.

Solo eso explica que esté aquí. Es la mejor. Siempre fue mi mayor aliada y la de Renzo.

Protejo a Mirabella con mi cuerpo mientras disparo a los hombres de Marchetti, rodeados por nuestros hombres.

Renzo va hasta Erminia y Umberto.

Ella cae de un tiro en la cabeza antes de que pueda pedir clemencia y Umberto lo hace a manos de Renzo.

—A los traidores se los mata —dice este, que mira a la pareja en el suelo. Juntos.

Andres no se casó con Erminia por amor, sino que lo hizo para alcanzar sus planes.

Y ella por los suyos.

Por eso no le importaba que ella tuviera algo con Umberto. No la amaba.

La cara de Marchetti es un poema.

Esto no lo esperaba.

Mato a uno de sus hijos.

—Solo quedan dos —digo a Mirabella y disparo al otro—. Solo queda uno.

Su padre se escabulle entre sus hombres y la miro.

—No vayas...

—Tengo que matarlo. Matarlo por todo lo que te hizo. —La lanzo contra Marta, que se ha acercado a nosotros—. Cuídala con tu vida.

—¿No es eso lo que he estado haciendo hasta ahora? Alguien debía salvaros el culo a vosotros dos. Por suerte, me tenéis a mí.

Miro a Mirabella antes de irme.
En sus ojos hay terror. Teme que no vuelva con ella.
Corro tras Marchetti.
Todo acabará esta noche.

* * *

En los apuntes de Mirabella hablaba de las miradas entre Andres y Erminia, y con Umberto.

Supuestamente ella no lo quería, pero seguían juntos.

Vio en su mirada complicidad y amor. Una historia. Una historia a tres.

O para ella era solo una tapadera, mientras Andres iba de víctima.

Andres lo sabía todo.

Joder, era mi hermano y se lo había contado casi todo.

Lo he matado sin dudarlo, pero no por eso duele menos.

Subo por las escaleras y sigo de cerca a Marchetti.

Llegamos a la azotea y me espera para golpearme.

Le cojo la mano para que no me dispare y le doy una patada para alejar la pistola.

Saca una navaja y la esquivo.

—Ella nunca debió enamorarse de ti. Me pertenece.

—Ella nunca fue tuya. Nació libre y morirá libre de ti.

Viene hacia mí y noto la cuchilla cortarme el brazo.

Le golpeo la mano.

La navaja sale por los aires.

Nos enzarzamos en una pelea. Como siempre supimos, es jodidamente fuerte, pero yo también y mi sed de venganza es mayor.

Este desgraciado ha abusado de su hija y ha dejado que otros también lo hagan.

No pude matar a mi padre por hacerme lo mismo, pero pienso matarlo a él y disfrutar de cada segundo por hacer tanto daño a la mujer que amo.

Golpeo su cara y disfruto del crujido de su mandíbula.

Le sale sangre. ¡Que se joda! No debería gustarme tanto hacerle daño, pero lo estoy disfrutando.

Viene hacia mí y trata de golpearme.

Saca una pistola y le golpeo, lanzando el arma lejos.

Está acabado. Es fuerte, pero yo lo soy más. Además, mi odio y mi deseo de venganza me mueven como nada en este mundo.

—Estás acabado.

Voy hasta él y lo acorralo contra la pared, poniendo mi mano en su cuello.

Entonces, saca un dispositivo.

—No pienso morir solo. —Da al botón, pero no pasa nada.

Su cara es de asombro mientras le clavo un cuchillo en su podrido corazón.

—Dijiste que la próxima vez no podría escapar de la explosión... No hago esto solo. Tengo gente que no es tan rastrera como tú y han debido de imaginar tus planes. Seguro que han desactivado tus bombas. Marta está siempre en todo. Hay mucha gente que me apoya. Hoy, gracias ti, nos hemos desprendido de la mierda. Ahora solo tengo soldados leales.

—¿Estás seguro? Porque te puedo jurar que, aunque muera, mi legado seguirá en mi hija. Y nunca sabrás si un hijo tuyo será como yo. —Giro el cuchillo y se retuerce de dolor—. O se parece a mí...

Lo pienso y sonrío.

—No me importa. Será mi hijo y lo cuidaré.

La puerta se abre y aparece Mirabella, seguida de Marta.

Nos ve y viene hacia mí.

Coge la pistola que ha caído al suelo y apunta a su padre con lágrimas en los ojos.

Me aparto y le doy ese honor, aun sabiendo que seguramente no acierte.

—Te odio —dice, apretando el gatillo—. Has hecho de mi vida un infierno. Ni soy ella ni nunca te amaré.

—Hija..., él ya está muerto. Solo te quedo yo.

Mirabella apunta y da de lleno en la cabeza de su padre.

Nunca me he alegrado tanto de que, por una vez, haya tenido puntería.

Su padre cae.
Tiro de ella y la abrazo con fuerza.
—Tenía mucho miedo... No podía irme sin ti y ella lo sabía.
Miro a Marta y le doy las gracias por todo con la mirada.
Empiezo a encontrarme mal y pienso que es por el estrés, o por la metralla, que se ha movido.
Algo no va bien.
—Lo sé. —Empiezo a toser.
Mirabella me mira preocupada.
—Dime que no te hirió —pregunta y toca mi brazo—. ¿Te lastimó?
—No me siento las piernas—. ¡No! No, por favor...
Llora y dice algo más, pero no tengo fuerzas.
—Con esto no contaba. Veneno en la hoja... ¡Qué cabrón!
—¡No! —Mirabella grita algo que no entiendo y me coge la cara entre las manos—. Por favor, no me dejes. Te amo. Te amo, mi salvador..., por favor.
Acaricio su mejilla con las pocas fuerzas que me quedan.
—Te hubiera dado todo por verte sonreír cada día.
Tomo la que tal vez sea mi última bocanada de aire y luego todo se torna negro. Solo la veo a ella, porque mi alma y la suya están unidas. En esta vida y en las siguientes...
Volveré a ti.

Capítulo 47



Mirabella

Gineva acaricia mis manos.

No deja de llorar.

A mí ya no me quedan lágrimas.

Renzo viene a por su mujer y la abraza con fuerza.

Todos estamos conmocionados por lo sucedido.

Los minutos pasan y siento que no hay vida. Que estoy muerta y que ya no existe nada sin él...

La puerta se abre y el médico mira a Renzo.

—Hemos conseguido neutralizar el veneno, pero no sabemos si sobrevivirá.

Gineva respira feliz, pero yo tengo el miedo metido en el cuerpo. Vi como Salvatore se moría entre mis manos. Mi padre siempre usa veneno, pero, por si se corta él mismo, siempre lleva el antídoto encima. Lo sé porque me he fijado en esto en su club. Cuando ha matado a alguien, luego, temiendo que tuviera veneno en las manos, se ha tomado el antídoto.

Por eso sabía que el antídoto no me mataría.

Salvatore no era capaz de tomarlo, pero lo besé y reaccionó a mi caricia.

Me dijo en otra vida... En otra vida, mi amor.

Tomé el antídoto de la botella y lo besé.

Me dio su último beso y esperé que eso fuera suficiente para salvarlo.

Luego, se quedó inerte. Sin vida. Y lo trajimos al hospital sin saber si habíamos llegado a tiempo.

Llevo temblando desde ese momento y sintiéndome más muerta que viva.

Cuando nos dejan entrar a verlo, parece que la muerte se ha enamorado de su belleza y ha pintado su cuerpo de gris.

Cojo su mano y la aprieto con fuerza.

No me separo de él y por eso no veo que mejore.

Todo va bien, dicen..., pero sigue sin volver a mí.

Duele el pecho de pensar que por fin éramos libres.

Mi padre me dijo esas últimas palabras porque sabía que el veneno lo mataría y, como tantas otras veces, me quitaría lo que amaba de entre los dedos cuando yo era más feliz.

Despierto agitada y miro a Salvatore.

Sonríe, me mira... Está vivo.

Lloro y me tiende una mano.

Voy hasta él y lo abrazo con fuerza.

—Cuidado, que estoy muy débil...

—Casi te mató... Casi te pierdo... —Pongo mi frente en la de él—. Has vuelto a mí.

—Siempre. Ya no estás sola, pequeña. Yo estoy contigo, para siempre. Te lo juro.

Lo beso con dulzura y lo creo, porque me ha demostrado que sus promesas las lleva hasta el final.

Él fue mi tentación y mi salvación.

Él es mi paz.

* * *

Salgo de la habitación y veo a Gineva.

Voy hacia ella y me abraza con fuerza.

—Ha despertado —le anuncio y noto que se calma.

Le permito que me abraze con fuerza.

Cuando se enteró de lo de Andres, se puso muy triste.

No paraba de decir que no podía perder a otro hermano tan pronto.

Lo peor es que Andres jugó muy bien sus cartas y les hizo creer que estaba de nuestra parte.

Cuando hemos sabido que desde siempre ha estado del lado de Giordano, su padre, y de Marchetti, el mundo casi se hundió bajo nuestros pies. Andres informaba de todo a Giordano y a Marchetti y gracias a esos datos jugó muy bien sus cartas.

Siguió traicionándonos cuando Marchetti le prometió que le daría todo lo que le pertenecía por nacimiento y que le habían arrebatado por culpa de unas estúpidas leyes que apartan a los bastardos de lo que debería ser suyo.

Erminia se casó con él para obtener más poder.

Marta dijo que siempre sospechó de esa unión, porque Erminia estaba liada con Umberto y, de golpe, se casó con Andres.

Por eso no terminaba de creérsela del todo.

Estaba claro que Erminia quería poder y si se casaba con Andres, existía la posibilidad de que este acabara siendo el capo de los Giordano. Así sería la señora de todo y Umberto continuaría como su amante.

A Andres no parecía importarle esto, porque él solo tenía un gran amor: el poder.

Marta sabía que yo estaba haciendo una lista. De hecho, entró varias veces en la casa para estudiar todos mis apuntes.

No dejó la libreta por casualidad, sino que la dejó entre mis cosas de ballet, tras revisarla, para ver hasta dónde me llevaba la información que recababa.

Ella, como yo, sabía que un movimiento en falso arruinaría todo. Por eso, dejó que todo pasara como ellos creían. Aunque odiaba cada paliza que me daban, pero sabía que eso solo me daría poder y a ellos la creencia de que tenían la sartén por el mango.

Erminia no permitía los golpes por apoyar a sus compañeros. Lo hacía para conseguir aliados y que la gente los apoyara cuando todo fuera suyo.

Si creían que ellos eran más justos, los seguirían a ciegas.

Al final, todo se trataba de un juego de poder.

Marta vio algo raro cuando Salvatore se fue y Andres entró al despacho.

Después, salió y sacó el móvil para llamar a Marchetti. Fue cuando le contó lo que iban a hacer.

Dejó que me sacaran de la casa con el engaño de que Salvatore estaba en peligro. Lo seguí sin pensar.

¿Cómo no hacerlo si sabía que Salvatore se iba a jugar la vida?

Entonces, Marta lo preparó todo con sus hombres más leales y siguieron a Andres.

Este nunca sospechó de ella, porque, como le pasaba a mi padre, creía que las mujeres no son importantes en este juego.

Pero gracias a Marta pudimos todos salir de allí con vida.

—¿Cómo estás? —me pregunta Gineva.

—Ahora mejor, pero tengo el miedo anclado en el pecho. —Asiente y veo la tristeza en sus ojos—. Quédate con la mentira de lo vivido con Andres...

—No sé si podré, pero ahora sé que, si nos hubieras contado la verdad, seguramente eso les habría dado la victoria, porque Andres estaba muy metido en las dos casas.

—Lo sé. Tenía miedo de decir nada, porque mi padre sabía que si me amenazaba a mí no conseguiría nada, pero si lo hacía contigo... le daría todo.

—Me alegra tenerte en mi vida. El dolor se irá un día, porque, al fin y al cabo, Andres en verdad solo era un peón más en el juego de la ambición.

—Sí, al final el poder ciega.

La abrazo y Renzo nos mira desde la puerta.

A mi hermana le costará un poco aceptar la traición de Andres, pero estaremos a su lado para apoyarla.

De golpe, siento algo en mi estómago.

—Es una patada —dice alegre—. Ha debido de sentir a su tía.

—Eso parece. Va a ser tan fuerte como sus padres. —Sonríe y Renzo se acerca para acariciarle el pelo.

Entran a ver a su amigo y veo a Marta cerca. Siempre vigilando. Siempre atenta y buscando la verdad.

—Gracias por todo.

—Yo siempre creí en ti —admite—. Pero, como tú, sabía que la verdad solo vencería si se tenía paciencia.

—Supongo que gracias. —Me tiende la mano y le doy un abrazo—. Nos has salvado la vida.

—Ellos salvaron la mía y me dieron un hogar. Son lo más parecido a una familia que he tenido nunca y no pienso dejar que nadie me quite eso.

—Tenemos suerte de tenerte cerca.

—Mucha, porque alguien tiene que salvar el apretado culo de esos dos.

—Te he escuchado —dice Renzo, que se acerca con Gineva—. Tenemos trabajo que hacer.

—Mucho. Hay que poner en orden un lugar lleno de mierda. Me metéis en cada lío...

Renzo y Marta se marchan para poner orden y crear un nuevo hogar.

Gineva se queda conmigo y, cuando entramos a ver a Salvatore, este nos mira a los dos, medio dormido, pero feliz. Sobre todo, cuando su hermana lo abraza.

—Un día dejará de doler lo de Andres —le dice y Gineva llora.

Salvatore me tiende una mano y voy hasta ellos para abrazar a los hermanos y consolarlos.

Esta es mi familia ahora. Una que no pedí, pero que siempre soñé. Que siempre deseé y que siempre, a pesar de todo, esperé.

Al fin tengo un hogar.

Capítulo 48



Salvatore

Poco a poco me hago con mi cuerpo.

El imperio Marchetti ha caído. Ahora solo mandamos nosotros y se acabó toda la opresión. Un lugar con tanta gente al mando está destinado al fracaso. Tristemente, solo se puede ser uno en un mundo tan dividido.

Renzo se ha hecho cargo de todo mientras me recuperaba, pero ahora estoy de vuelta en la casa.

Mirabella va a mi lado.

Es raro estar aquí tras todo lo vivido. Este lugar me trae malos y buenos recuerdos, pero sobre todo me recuerda a Andres. A una traición que cocinó a fuego lento desde que era pequeño. Por eso, cuando su madre se fue de la casa, no se marchó con ella, porque mi padre lo quería cerca para que practicara su juego de buen hermano y sacarnos información.

No vimos su verdadera cara hasta el final.

—Esta casa tiene demasiados recuerdos que ahora mismo quiero olvidar. ¿Y si la destruimos y empezamos de cero?

Se ríe.

—Nada de bombas por un tiempo. Además, tengo una sorpresa para ti.

Subimos hasta la planta de arriba. Al ático, que antes se usaba como trastero.

Abre la puerta, que antes no estaba, y veo un lugar diferente. Con techos altos y una nueva vida. Pasillos donde antes no habitaba nada. Una sala de baile, un salón y nuestro dormitorio.

—¿Qué es esto?

—Nuestro nuevo hogar. No podemos evitar el pasado, pero sí usarlo para hacernos más fuertes.

La miro emocionado y cojo su cara para besarla.

—Nadie me conoce como tú... Nadie.

—Ni nadie me conoce como tú —indica y se quita la camiseta—. Quiero bailar para mi marido.

La sigo, ansiando perderme en ella.

Llego hasta ella y la beso con deseo.

No me aparto hasta que necesito el aire.

Jadeantes, nos miramos perdidos en el otro.

La cojo en brazos para dejarla sobre una mesa y tiro de su ropa interior hasta quitársela. Necesito entrar dentro de ella. Por eso aparto mi ropa hasta que puedo colarme en su interior.

Jadea de placer y la beso con lentitud, perdido en ella y en la sensación de sentirme completo a su lado. Es como si, a su lado, todo tuviera un color diferente, que llena de luz mis días grises.

—No sé si tendré suficiente con una vida para amarte.

Sus ojos relucen llenos de amor.

—Nos encontraremos también en la siguiente.

Salgo y entro de ella con fuerza y no dejo de hacerlo hasta que nos corremos juntos.

A continuación, nos abrazamos jadeantes y felices de poder estar aquí.

Los dos.

Temí no poder estar a su lado. Irme de esta vida sin decirle que la quiero. Sin vivir con ella mil cosas.

No, sin duda con una vida no tendré suficiente para estar con ella.

* * *

Mirabella baila sola en el escenario.

La gente aguanta la respiración ante sus movimientos. Entonces, aparece su pareja y, cuando cae herido, grita de dolor.

Mi hermana Gineva llora.

—Odio esta parte —indica.

—Has visto esta obra cientos de veces —le recuerdo.

Ligia escribió una obra que contaba nuestra historia y le encantó al dueño del teatro, pero dijo que solo la pondría en escena si Mirabella era la protagonista.

Gineva sonríe y me da en el brazo.

Su marido sonríe y coge su mano.

La obra no acaba con el protagonista vivo. Ligia dijo que, de alguna forma, eso representaba que todo había muerto y que era un nuevo comienzo para todos.

No me gustó, pero lo entendí.

El drama vende más.

La obra acaba y voy al camerino de mi mujer con un ramo de flores.

Cada función hago lo mismo.

Al verme, salta y me besa cuando la cojo en brazos.

—¿Puedes venir a tomar algo?

—No, tenemos un intercambio..., pero Gineva se muere por salir, ahora que su hijo está con la niñera. Así puede disfrutar de una noche de chicas. Id con Marta.

Sonríe, porque Marta siempre anda cerca, cuidándola.

No solo Mirabella necesitaba una familia. También Marta fue siempre parte de la nuestra y quiere a mi esposa, y a Gineva, tanto como a nosotros.

—¿Volverás a mí? —pregunta.

—Siempre.

La beso y me marcho.

Gineva se me cruza y su marido me aguarda fuera.

—Nos esperan —dice y me tiende una pistola.

—Vamos. El mal nunca muere. —Se ríe.

—Nunca.

* * *

Mirabella sujeta a su sobrino en brazos. Quiere ser madre, pero me dijo que todavía no lo deseaba.

Su carrera está despegando y quiere volar.

Lo entiendo y, si quiere unas putas alas, las construiré para ella.

Deja al pequeño en el carrito y se sienta sobre mí.

—¿En qué piensas? Y como sea en tener uno de esos, me marchó.

Acaricio su mejilla.

—Tengo algo para ti. —Saco un sobre del bolsillo.

Se fija en el dibujo de las alas.

Lo abre y lo lee.

—¿Esto es real?

—Sí, Ligia ha vendido la obra a otros países y te quiere a ti en la gira. —Me mira emocionada—. Querías viajar, ver mundo... Ahora puedes.

—¿Y nosotros?

—Tengo un avión privado. Estaré ahí en cada estreno. Alguien tiene que llevarte las mejores flores. —Me mira feliz—. Siempre lo supe: que un día tu arte te llevaría lejos de aquí.

—Contigo.

—Siempre. Eso siempre, a pesar de la distancia. No pienso quitarte nada más en la vida, pequeña. Te daré todo lo que te haga sonreír, cada día de mi vida.

Se acerca y me besa, y sé que es cierto. Por ella haría cualquier cosa menos arder en el infierno, porque si muero solo quiero ir hasta donde ella vaya... Aunque sea a un aburrido paraíso.

Por ella sé lo que es ser feliz.

Mirabella me dio el sueño de creer que hasta alguien tan roto como yo podía encontrar un amor tan grande que uniera todos y cada uno de mis pedazos.

Epílogo



Mirabella

Corro tras mis sobrinos y cuando los pillo, me dicen que lo haga bailando.

Eso hago.

Danzo y corro por el teatro.

Al final, mi marido compró la compañía de teatro y el mismo edificio. Ligia le vendió los derechos de su obra y lleva diez años haciendo lo imposible por hacerme feliz.

Me pongo en el centro del teatro y bailo con la música que suena en mi cabeza.

Soy feliz. Desde hace diez años, lo soy mucho. He viajado por medio mundo. He visto cosas increíbles y en cada ciudad lo veía a él. Fuera donde fuera, siempre tenía claro a dónde quería regresar.

A mi Salvatore.

Los barrios han desaparecido.

Mucha gente se fue y otros se quedaron, pero ya sin muros.

Siguen pasando cosas; sigue habiendo mafiosos, pero ya no tan definidos.

Ahora, hasta parecen legales... No, no lo son, pero su vida está más allá de los muros. Además, nadie fuerza a nadie a ser lo que no quiera ser. Ni a usar su cuerpo como si tuvieran derecho sobre ellos.

Mataron a todos los traidores y a todos los aliados de Andres.

Él estaba detrás de todo. De cada revuelta. Todo para conducirnos al punto final.

Quiso matar a Salvatore esa noche en la explosión porque su padre le prometió que todo sería suyo si le contaba lo que sabía. Se hizo amigo de los enemigos de Salvatore, para tenderle una trampa y que pudieran matarlo.

Fue él mismo, pero Marchetti, al enterarse de su traición, le ofreció algo mayor y por eso salvó a Salvatore en el último momento.

Todo por dinero y poder.

Andres era el informador de Marchetti antes de que su padre cayera. Le informaba de todo lo que podía interesarle.

Andres sabía que Salvatore estaba vivo, pero esperaba que nunca recuperara la memoria. Así no regresaría y podría convencer a su padre de ser el heredero.

Pero su padre tenía otros planes: casarse con la hija de Marchetti y, una vez lo hiciera, Marchetti tendría en la casa a alguien que le informaría de todo. A Andres.

Marchetti tenía sus planes y por eso de nuevo no le dejó matar a Salvatore.

Pero, al final, los pequeños detalles que yo anoté y la capacidad de Marta para atarlo todo marcaron la diferencia.

Ahora entiendo sus caras cuando la tenía cerca. Además, su marido la ayudó. Lo suyo sí era amor de verdad, no como lo de Erminia y Andres.

Abro los ojos y Salvatore se me acerca.

Su mirada está tan cargada de amor que es como si siguiera girando en mi propia burbuja. Parece mentira que hayan pasado tantos años desde el primer te amo y que cada día quiera más a este hombre.

—He decidido instalarme aquí... Dejar de viajar por un tiempo.

—Me parece bien. Me gusta tenerte cerca.

—Gracias por regalarme todo esto.

—A ti, por salvarme de las tinieblas. —Me besa y me aparto—. ¿Qué pasa?

—Hay algo más. —Me mira a la espera—. Quiero ser madre... Estoy lista y hay muchas chicas que pueden sustituirme mientras estoy de baja.

No dice nada. No hablamos de esto desde hace años. Le dije que no estaba preparada para serlo y no me ha presionado nunca.

Se acerca y me besa. Luego, me coge en brazos y corre conmigo hasta mi camerino.

—¡Estás loco!

—Por ti.

* * *

Gineva viene con Renzo a por sus hijos.

Los tres están en mi despacho.

Salvatore les está contando su última aventura.

—¡Papá! —grita el más pequeño.

Se tira a los brazos de su padre. Su hija le enseña su nuevo tutú y el mayor sigue atento lo que les cuenta su tío.

—¿Y si vamos a cenar hamburguesas? —pregunta Gineva, y todos gritan felices.

Los miro. Son mi familia. Una diferente, con su gran parte de oscuridad y miles de taras, pero, aparte de familia, son personas a las que confiaría mi vida.

Gineva tardó en superar lo de Andres, pero no la dejamos sola. Poco a poco, y gracias a su hijo, le hicimos olvidarse del dolor de la traición.

Es una madre estupenda y la mejor hermana que podía tener.

Marta también es como una hermana para nosotras. De hecho, los hijos de Gineva la llaman tía, porque la quieren mucho, y yo siempre le deberé mi vida y la de mi marido.

Los lazos del alma son mucho más fuertes que los de la sangre.

Recojo todo y Salvatore me da un beso dulce.

—Eres feliz —afirma.

—Lo soy. Lo tengo todo. Gracias a ti.

—Y lo que te queda. Tenemos mil aventuras que vivir juntos.

—Juntos.

Toca mi estómago, donde espera que un nuevo comienzo esté creciendo en mis entrañas. Tal vez sea así, o tal vez no. Quizás no tengamos hijos, pero él es mi familia, mi amor. Mi todo. El resto, ya vendrá mientras cada día sueño con ser feliz y lo consigo.

* * *

Miro a Salvatore tras un sueño inquieto. A veces tengo pesadillas. Se da cuenta y se gira con nuestro pequeño recién nacido en sus brazos.

Es tan pequeño, comparado con él, que cuesta creer que un día será tan grande y fuerte como su padre.

Deja a Salva en la cuna y se sienta a mi lado.

—¿Todo bien?

—Sí, solo fue un mal sueño.

—Por suerte, tienes un marido mafioso que mataría por ti y por nuestro hijo.

—Y yo por ellos.

—Lo malo es tu puntería —bromea.

Voy hacia él y me coge en sus brazos. Me hace cosquillas y caemos en la cama. Su mirada es intensa. Salvaje, hambrienta y cargada de amor.

Acaricio su mejilla, perdida en él.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme. Por ser mi salvador.

Sonríe y me besa.

—Gracias por salvarme tú a mí, a pesar de que nacimos para ser enemigos.

—Al final, siempre fuiste mi mayor tentación.

—La tentación de Mirabella.

—No lo sabes tú bien.

Nos besamos hasta que nuestro hijo nos reclama y nos dedicamos a él.

Ver a mi marido con el pequeño me llena de amor. No merecía esta vida, pero el destino me demostró que las flores más bellas

crecen a pesar de la maleza.

Si algo está destinado a ser, será.

Salvatore

Camino hasta el lugar donde Renzo y yo nos hicimos amigos.

En ese sitio hay ahora un parque de juegos.

Renzo está sentado en un banco, mirando el móvil y a sus hijos mientras juegan. Dentro de un año, o poco más, mi hijo recién nacido estará por aquí, andando y tratando de imitar a sus primos.

—Para lo que hemos quedado: para vigilar a mocosos para que no se maten. —Lo miro y parece tenso mientras su hija quiere hacer saltos mortales—. Te juro que nunca imaginé que un parque de juegos fuera tan peligroso. —Me río y me observa como si quisiera sacarme los ojos—. En nada de tiempo estarás igual. ¡Que yo me crie entre pistolas cargadas!

Lo miro tenso y dejo de reír cuando mi sobrino se cae de morros y se pone a llorar como un loco.

Renzo se levanta y va a ver si está bien. Luego, le da un abrazo y un beso.

Nuestros padres nos habrían gritado por llorar, por mostrar debilidad...

Todo ha cambiado.

Renzo regresa a mi lado. Nos miramos. Cuando le planteé que me siguiera, no esperaba encontrar en él a alguien a quien llamar hermano. Nos hicimos amigos a pesar de tener todo en contra. A pesar de que, desde niños, nos obligaron a vernos como enemigos. Sin saber que esa amistad sellaría nuestros caminos.

—¿En qué piensas?

—En quién será el próximo al que uno de los dos salve el culo.

—Seguro que tú. Tienes instintos suicidas. —Me río, porque a veces lo parece—. Por suerte para ti, soy tu mejor amigo y cuñado.

—No sé si es una suerte o una desgracia —bromeo.

Mi hermana se acerca y sus hijos corren hacia ella.

Los besa a todos y llega a nuestro lado, con esa dulce sonrisa y esa personalidad que arrasa con todo.

—Tú me salvaste la vida al obligarme a hacerte esa promesa y ella... —dice, mirando a Gineva—, te la salvó a ti.

—Cómo lo sabes.

Gineva se sienta entre los dos y besa a su marido, feliz, mientras sus hijos corren ajenos, de momento, a nuestra vida real. Un día lo sabrán y les dejaremos elegir.

Nuestro legado no será pasarles el relevo. Será pasarles nuestra felicidad, para que nunca se conformen con menos.

* * *

Regreso a casa y escucho la música.

Marta anda cerca y al verme me pone al tanto de todo. Luego, le digo que la espero en la cena del sábado. Nos solemos juntar todos, los más allegados, para celebrar la vida, y porque muchos de ellos no tienen familia.

Es por eso que nosotros lo somos para ellos.

Es bonito sentir que eres parte de algo más grande que tú mismo.

Mi mujer está ensayando, a pesar de que aún le faltan meses para volver a bailar.

Nuestro pequeño tiene ya seis meses y, cuando entro en la sala de baile, lo veo mover las manos, feliz de ver a su madre bailar.

Le encanta la música. La lleva en la sangre, como ella.

Le doy un beso en la cabeza y me echa los brazos para que lo coja.

Mirabella gira y me ve. Sus ojos relucen, llenos de amor y promesas que cumpliremos juntos.

No la merecía. Juraba no necesitar a nadie... hasta que la vi por primera vez y puso mi mundo patas arriba.

—¿Vienes de misión?

—Del parque con mis sobrinos. —Se ríe—. No es gracioso. El parque es un campo de minas y está lleno de peligros.

—Miedo me da cuando este sea más grande.

—Creo que no estoy preparado para que empiece a andar.

—Por suerte, será algo que haremos juntos.

Se alza para besarme y tira de los dos para bailar.

No me gusta bailar, pero por ella sería capaz de caminar entre las brasas y Mirabella lo sabe.

No me importa.

Un día aprendí que los secretos son solo para los enemigos. Para tu gran amor, el alma no tiene puertas para que ella pueda pasearse por cada rincón y marcar a fuego su presencia en ese lugar tan suyo. Tan mío. Tan nuestro.

Biografía



Moruena Estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación, pero debido a su problema de dislexia no podía escribir bien a mano. Por eso solo escribía pequeñas poesías o frases en sus libretas mientras su mente no dejaba de viajar a otros mundos. Dio vida a esos mundos con dieciocho años, cuando su padre le dejó usar un ordenador por primera vez y encontró en él un aliado para dar vida a todas esas novelas que estaban deseando ser tecleadas.

Empezó a escribir su primera novela antes de haber acabado de leer un solo libro, ya que hasta los diecisiete años no supo que si antes le daba ansiedad leer era porque tenía un problema: la dislexia. De hecho, escribía porque cuando leía sus letras no sentía esa angustia y disfrutaba por primera vez de la lectura. Sus primeros libros salieron de su mente sin comprender siquiera cómo debían ser las novelas, ya que no fue hasta los veinte años cuando cogió un libro que deseaba leer y empezó a amar la lectura sin que su problema la apartara de ese mundo. Desde los dieciocho años no ha dejado de escribir.

El 3 de abril de 2009 se publicó su primer libro en papel, *El círculo perfecto*, y desde entonces no ha dejado de luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran y demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como sueñen.

Actualmente tiene más de cien textos publicados, ha sido número uno de iTunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz.

Su libro *Me enamoré mientras mentías* fue nominado a Mejor Novela Romántica Juvenil en los premios DAMA 2014, y *Por siempre tú* a Mejor Novela Contemporánea en los premios DAMA 2015. Con esta obra obtuvo los premios Avenida 2015 a la Mejor Novela Romántica y a la Mejor Autora de Romántica.

Su web personal, moruenaestringana.com, donde cuenta sus novedades y curiosidades, ya cuenta con más de un millón de visitas.

 [MoruenaEstringana-Escritora](#)

 [@MoruenaE](#)

 [@moruenae](#)

La tentación de Mirabella
Sangre y paraíso 2
Moruena Estríngana

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© Moruena Estríngana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-29841-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<https://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94>

Otros títulos de Click Ediciones

[Tú a Chicago, yo a Nueva York](#)

Moruená Estríngana

[Destinados a encontrarse](#)

Amando a la bestia 1

Moruená Estríngana

[Los Richardson 1](#)

Moruená Estríngana

[Entre bocazas anda el juego](#)

Moruená Estríngana

[Club Omega](#)

Moruena Estríngana

Pack Trilogía Los Bianchi
Moruena Estríngana

 Cubierta

Table of Contents

Portadilla
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Epílogo](#)
[Biografía](#)
[Créditos](#)
[Click Ediciones](#)